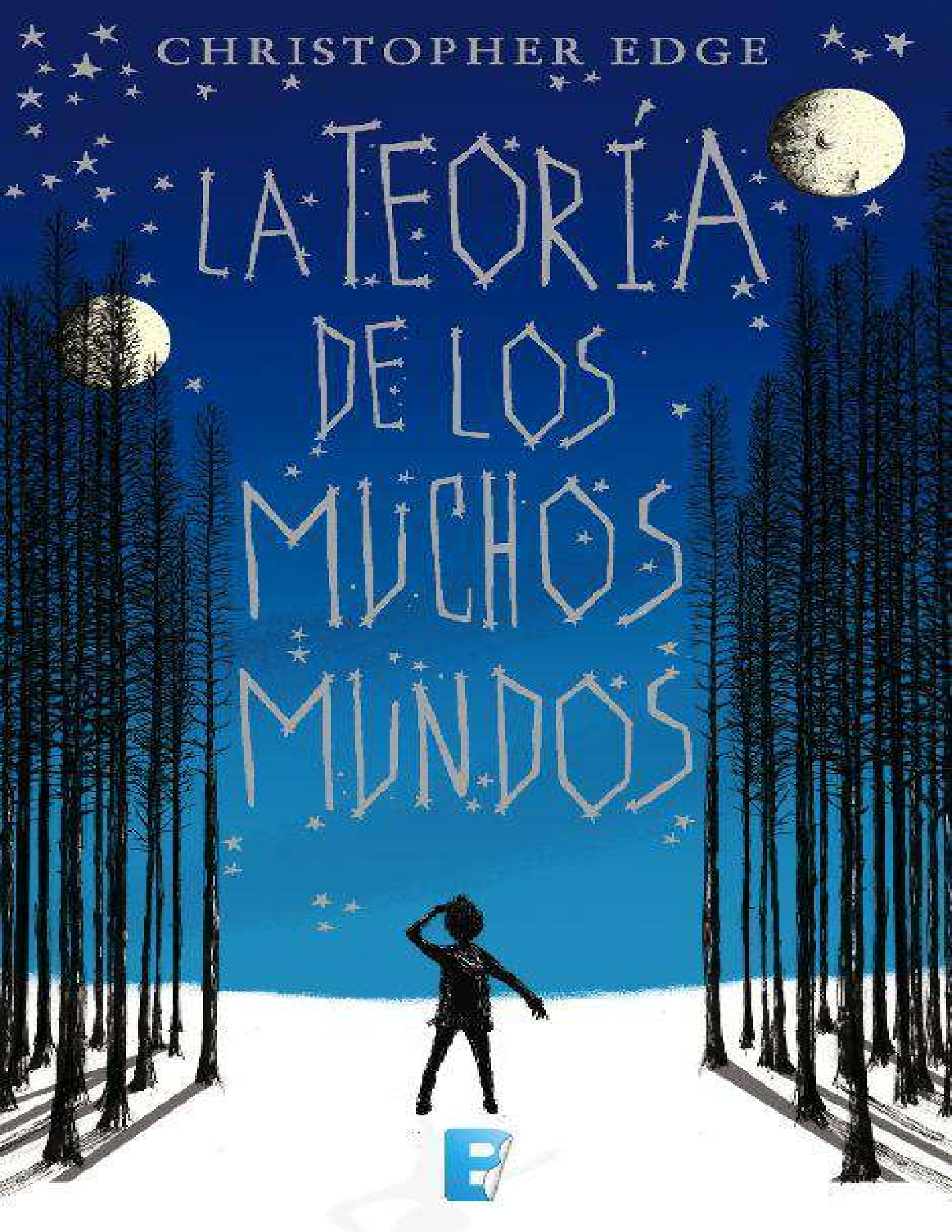
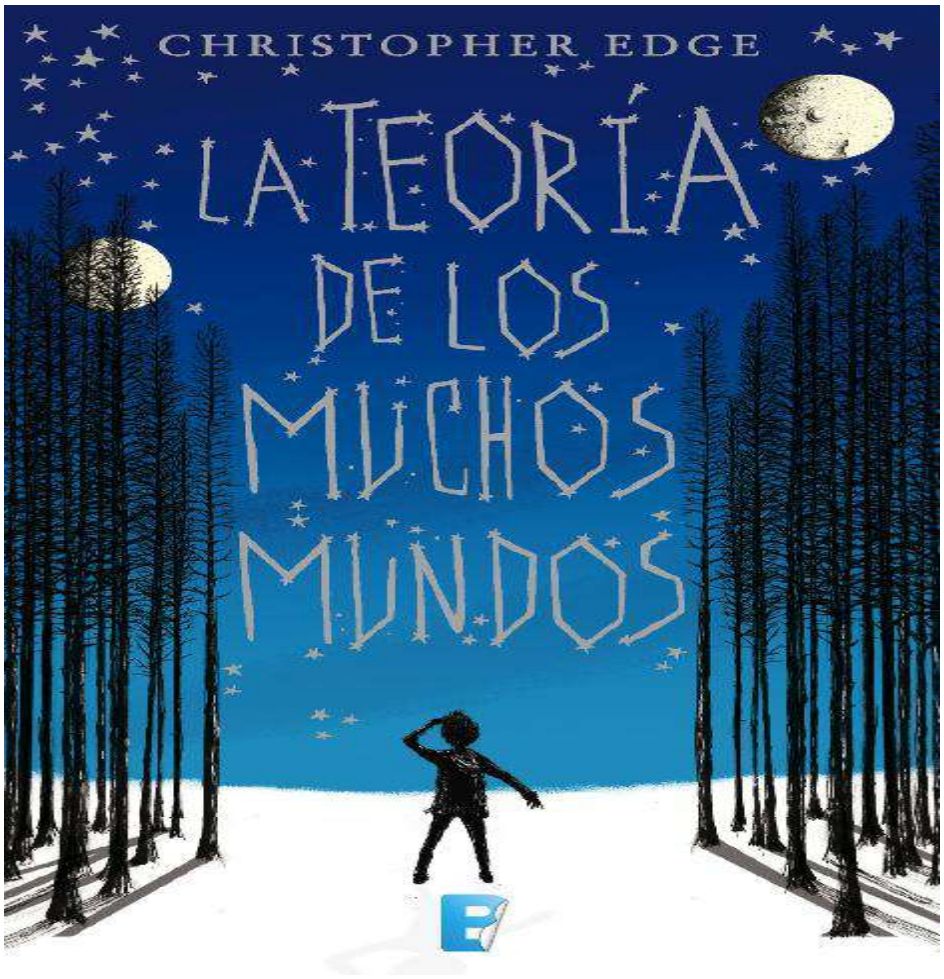
CHRISTOPHER EDGE

LA TEORÍA DE LOS MUCHOS MUNDOS




CHRISTOPHER EDGE
LA TEORÍA DE LOS MUCHOS MUNDOS

CHRISTOPHER EDGE

LA TEORÍA DE LOS MUCHOS MUNDOS

DE BOOKS
EXCLUSIVAMENTE DIGITAL

Título original: *The Many Worlds of Albie Bright*

Traducción: Luis Noriega

1.ª edición: mayo, 2017

© Christopher Edge, 2016

Ilustraciones de cubierta e inicio de capítulo: © Matt Saunders, 2016

Ilustraciiones de interior: © Spike Gerrell, 2016

© Ediciones B, S. A., 2017

para el sello B de Blok

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

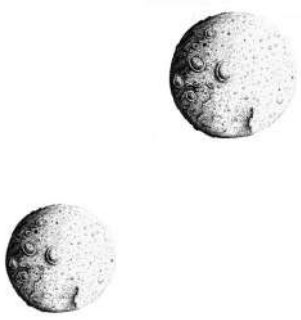
Edición de *The Many Worlds of Albie Bright* publicada por acuerdo con Nosy Crow Limited.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-720-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidasen el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita bibliográfica
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Agradecimientos

Para Chrissie, Alex y Josie
en todos los universos



—Pero, señor —dijo Peter—, ¿de verdad cree que podría haber otros mundos por todas partes, así, a la vuelta de la esquina?

—Nada es más probable —contestó el profesor, que se quitó los anteojos y empezó a limpiarlos al tiempo que murmuraba para sí mismo—: ¿Qué será lo que les enseñan en la escuela?

C. S. Lewis,
El león, la bruja y el armario

1

Fue papá el que me dio la idea de usar la física cuántica para encontrar a mamá.

Mamá murió hace dos semanas. El funeral fue un martes. Se celebró en el pueblo, en la iglesia de Santo Tomás. Al principio papá dijo que deseaba que fuera algo llamado «funeral humanista», sin «monsergas religiosas», pero el abuelo Joe lo rechazó de plano. Cuando papá trató de explicárselo, casi escupe el té:

—Ella no era una *humanista* —dijo—. Ella era mi hija.

Mamá había sido bautizada en la iglesia de Santo Tomás siendo un bebé y él quería que sus cenizas reposaran allí, junto a las de la abuela Joyce, mirando a las turbinas eólicas y la mina, en el límite del páramo.

Allí era donde mamá solía trabajar, abajo, en el fondo del foso. No porque fuera minera sino porque era *científica*. La mina de Clackthorpe es una de las minas más profundas de Gran Bretaña, y cuando el carbón se acabó y los mineros se fueron la ocuparon los científicos en busca de los secretos del universo. En el fondo de la mina podía usar todos sus equipos de alta tecnología sin que los rayos cósmicos interfirieran con los experimentos.

Los rayos cósmicos son radiación proveniente del espacio exterior. Cada segundo del día decenas de esos rayos atraviesan tu cuerpo sin que te des cuenta. No debes preocuparte por ello. La radiación cósmica no hará que te

conviertas en un mutante con ojos de insecto. Sin embargo, sí afecta gravemente al tipo de experimentos que mamá y papá hacían, y esa es la razón por la que tenían que realizarlos a escondidas en las entrañas de la tierra.

Mamá y papá solían bromear diciendo que su primera cita había sido a mil metros bajo el páramo. Habían bajado a la mina en busca de la materia oscura, el pegamento invisible que une el universo, y en lugar de ello se encontraron el uno al otro. Se casaron y, saltándonos la embarazosa intervención de la biología, ocho meses después aparecí yo. Albert Stephen Bright. Mamá y papá me pusieron ese nombre en honor de sus científicos preferidos: Albert Einstein y Stephen Hawking, pero todo el mundo me llama Albie para abreviar.

Según mamá, mi llegada prematura fue un poco como el Big Bang: una sorpresa total. Y, además, bastante angustiosa, porque tuve que quedarme en el hospital hasta que tuve casi cuatro meses. Cuando por fin mejoré, viajé con mamá y papá a Suiza, donde iban a trabajar en el CERN.

El CERN es como una Disneylandia para científicos. Fue allí donde se inventó la World Wide Web, la red informática mundial, y es donde se encuentra el Gran Colisionador de Hadrones o LHC, por sus siglas en inglés. En caso de que no lo hayas visto en la tele, el Gran Colisionador de Hadrones es la máquina más grande del mundo. Tiene veintisiete kilómetros de largo y pesa treinta y ocho mil toneladas. Es descomunal. Por eso se llama el GRAN Colisionador de Hadrones. Los científicos construyeron el LHC para mirar dentro de las cosas más pequeñas del universo: los átomos.

Todo en el universo está hecho de átomos: tú, yo, este trozo de papel, incluso el sol. Y la característica de los átomos es que son pequeños, muy pequeños. Para que te hagas una idea de cuán increíblemente minúsculos son, mira con atención el punto con el que termina esta frase. ¿Lo has visto bien? Pues resulta que ese punto contiene ocho billones de átomos. Esto es: 8.000.000.000.000 átomos. Cuenta esos ceros. Hay más átomos en ese punto que personas vivas en el mundo en la actualidad. Eso es algo realmente asombroso, ¿no te parece? Y cada átomo se compone de partículas todavía más pequeñas llamadas protones, neutrones y electrones.

Cuando le pregunté a mamá por qué necesitaba una máquina tan grande para mirar dentro de algo tan pequeño, ella me dijo que el Gran Colisionador de Hadrones era como una pista de carreras subterránea para átomos en la que el ganador es el que tiene el mayor choque. En el Colisionador, esas partículas diminutas corren en círculos, dan vueltas y vueltas, cada vez más rápido, hasta que se estrellan unas contra otras casi a la velocidad de la luz. Mamá decía que eso creaba un mini Big Bang, un poco como el que creó el universo, y que ella y papá lo estudiaban con la esperanza de descubrir exactamente cómo había empezado todo.

Solo había un problema. Resulta que además de producir mini Big Bangs, el choque de átomos a velocidades cercanas a las de la luz también podía crear miniagujeros negros. Un agujero negro es una especie de aspiradora invisible en el espacio que absorbe todo lo que se acerca demasiado. En el libro que escribió mi padre se dice que dentro de un agujero negro la gravedad es tan fuerte que ni siquiera la luz puede escapar. Si tuvieras una nave espacial y pasaras cerca para echar un vistazo, el agujero negro te aspiraría y te convertiría en espagueti.

Como es obvio, la idea de que el Gran Colisionador de Hadrones permitiría crear un agujero negro aquí en la Tierra no era tan atractiva. De repente, aparecieron en el CERN montones de periodistas y cámaras de televisión para acusar a mamá, papá y el resto de científicos que trabajaban allí de estar conjurados para ¡DESTRUIR EL MUNDO! Al final, fue mi padre el que terminó enfrentándose a los micrófonos y las cámaras para explicar que la acusación era absolutamente ridícula, y que cualquier agujero negro que pudiera crearse dentro del Colisionador se evaporaría al instante sin haber absorbido a la Tierra en su interior.

Fue entonces cuando los cazadores de talentos se fijaron en él. Una compañía de televisión le ofreció a papá la oportunidad de hacer su propia serie: *La guía del universo de Ben Bright: Todo lo que siempre quiso saber acerca del espacio (para las personas que en la escuela odiaban la ciencia)*. Y resultó que la gente que odiaba la ciencia en la escuela era muchísima: la serie fue vista por unos ocho millones de espectadores. Un crítico de televisión incluso apodó a papá «El hombre que puede explicarlo todo», aunque, para ser francos, en casa no era de gran ayuda con los

deberes. De hecho, la mayor parte del tiempo ni siquiera estaba en casa, pues se la pasaba viajando alrededor del mundo filmando cosas guais para su próxima serie de ciencias.

Y cuando papá sí aparecía para recogerme en la escuela, lo usual era que yo terminara esperando por ahí mientras mis profesores se hacían *selfies* con él. Era bochornoso, pero a mamá no parecía importarle. Solía bromear con que gracias al tiempo que papá dedicaba a ser una estrella de la tele, ella tenía más tiempo para dedicarse a la ciencia de verdad, y que ganaría el Premio Nobel antes que él.

Eso, por supuesto, era antes de que mamá recibiera la noticia que lo cambió todo.

Fue a hacerse uno de los reconocimientos médicos que deben hacerse todos los científicos del LHC y, en uno de los exámenes, apareció una sombra. Cáncer. Y con esa palabra mamá y papá hicieron las maletas y regresamos a Gran Bretaña y al Servicio Nacional de Salud del Reino Unido (NHS por sus siglas en inglés).

De regreso en nuestra vieja casa de Clackthorpe, vi a papá llevar y traer a mamá del hospital, donde probó tratamiento tras tratamiento hasta que los médicos dijeron que ya no tenía sentido intentar nada más. Vi a mamá perder el pelo, la sonrisa y, por último, toda esperanza. Apenas tuve tiempo para enojarme, y un instante después mamá se había ido dejando detrás un agujero negro supermasivo.

Así fue como terminé en la iglesia de Santo Tomás, con la mirada clavada en su féretro. Los familiares y amigos de mamá y papá llenaban la iglesia: estaban el abuelo Joe, la tía Sophie y los gemelos, científicos procedentes del Gran Colisionador de Hadrones y de la mina de las afueras del pueblo. Había gente de la televisión y viejos compañeros de escuela de mamá. Todos habían acudido a decirle adiós.

Cuando el pastor empezó a hablar, papá me tomó la mano, la apretó con fuerza y no la soltó. Era como si quisiera asegurarse de que yo no iba a desaparecer también, pero solo sirvió para hacerme sentir un niño pequeño. El abuelo Joe me tomaba de la otra mano, de modo que ahí estaba, obligado a sentarme entre los dos cuando lo único que deseaba era taparme los oídos

con los dedos. No quería oírlo, pero tuve que hacerlo, y recuerdo cada una de sus palabras.

—Nos hemos reunido hoy para recordar a Charlotte Elizabeth Bright, que se marchó de este mundo a la edad de treinta y nueve años dejando a su marido Ben y a su hijo Albie. Charlotte no solo era una esposa devota, una madre amorosa y una hija querida, sino también una científica de renombre mundial. Con su labor en el Gran Colisionador de Hadrones, Charlotte arrojó luz sobre los rincones inexplorados del cosmos y nos ayudó a todos a conocer un poco más acerca de la maravilla de la creación. Los átomos y las estrellas, la velocidad de la luz y los latidos del corazón humano: todo ello proviene de un poder muchísimo más grande que cualquier máquina jamás construida por la mano del hombre.

»Y ahora Charlotte se encuentra en un lugar en el que tales maravillas resultan normales y corrientes. Un lugar de belleza y esplendor infinitos, en el que no existen la enfermedad, el dolor, la tristeza o la desesperanza, sino la dicha eterna. Me refiero, por supuesto, al cielo, donde Charlotte encontrará las respuestas a todas las preguntas que se haya planteado acerca de la creación de Dios.

Yo quería levantar la mano para plantearle al pastor mi propia pregunta, pero papá y el abuelo Joe no me soltaban, de modo que tuve que permanecer sentado oyendo la perorata. Fue solo después del funeral, cuando todos los demás se habían marchado, cuando por fin tuve la oportunidad de hacerle a papá la pregunta que no me dejaba tranquilo.

—¿Cómo *sabe* el pastor que mamá está en el cielo?

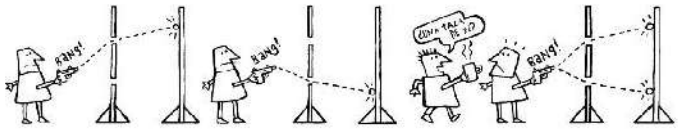
Papá, que se había sentado en el sofá, parpadeó con gesto sorprendido. Mientras yo esperaba la respuesta lo vi abrir y cerrar la boca unas cuantas veces, sin que una sola palabra saliera de ella.

—Quiero decir: ¿*tú* crees en el cielo?

Y fue entonces cuando papá empezó a hablarme de la física cuántica.

—Los átomos y las partículas pueden comportarse de forma bastante extraña —empezó—. Hay un experimento famoso, conocido como el experimento de la doble rendija, en el que los científicos disparan un único átomo a dos pequeños agujeros en un muro.

Tomó papel y lápiz y comenzó a dibujar un diagrama para explicármelo.



—En este experimento, el átomo pasa en ocasiones por el agujero de la izquierda, en ocasiones por el agujero de la derecha, pero cuando nadie está mirando, el átomo parece atravesar ambos agujeros a la vez.

Eso es típico de él. Le hago una pregunta sencilla a mi padre y él intenta convertirla en un episodio de su programa de televisión.

—Los científicos han propuesto diversas teorías para explicar cómo puede el mismo átomo estar en dos lugares a la vez —continuó papá—. Pero algunos expertos en física cuántica creen que se trata de una prueba de la existencia de un universo paralelo. Según dicen, este universo, el mundo en el que vivimos, es solo uno de un número infinito de otros universos. Cada vez que nuestro mundo se topa con una disyuntiva (en nuestro ejemplo, si el átomo pasa por el agujero de la izquierda o por el agujero de la derecha) se divide en nuevos universos paralelos en los que cada posibilidad se hace realidad de verdad.

—¿Qué quieres decir con «nuevos universos paralelos»? —le pregunté, esforzándome por entender por qué papá estaba diciéndome todo eso.

—Imagina una hilera de planetas que se extiende por el espacio —dijo —, uno detrás de otro, como la fila para subir al bus de la escuela. Cada uno de esos mundos paralelos es igual a nuestro planeta salvo por una pequeña diferencia. En uno de esos mundos paralelos tú has ganado la lotería, mientras que en otro, por el contrario, te ha comido un tiburón. Todo cuanto puede ocurrir realmente ocurre en otra parte.

Papá puso la cara de aspecto serio que usa en la tele cada vez que explica alguna cuestión científica realmente complicada.

—Piensa en ello, Albie. Si lo que digo es válido para un único átomo cuando atraviesa ambos agujeros en la pared, entonces también lo es para ti y para mí. Todos estamos hechos de átomos. El cáncer de tu madre lo causó una única célula defectuosa en su cuerpo, pero según la física cuántica hay un universo paralelo en el que eso nunca ocurrió, tu madre nunca tuvo

cáncer y sigue viviendo con nosotros hoy —dijo, e intentó obligarse a sonreír—. Eso es bueno, ¿no te parece?

La cabeza me daba vueltas mientras, lentamente, iba comprendiendo las implicaciones de lo que papá me estaba contando.

En una ocasión, le pregunté a mamá por qué había querido dedicarse a la ciencia. Ella me dijo que lo que le gustaba de los científicos era que no se limitaban a aceptar las cosas tal como son. Los científicos formulan preguntas, realizan descubrimientos y en ocasiones terminan cambiando el mundo. El único modo de averiguar qué es posible, dijo, es intentando hacer lo imposible.

Si la física cuántica decía que mi madre todavía estaba viva en algún universo paralelo, entonces la física cuántica podía ayudarme a encontrarla.

2

Pero antes de que pudiera averiguar más acerca de la física cuántica, tenía que regresar a la escuela.

Seguramente pensarás que si tienes que asistir al funeral de tu madre el martes, no tienes que volver a la escuela por el resto de la semana, pero mi padre no pensaba así.

—Necesitamos volver a la normalidad —me dice cuando intento protestar—. Eso es lo que mamá quería y eso es lo que voy a asegurarme de que pase. Es por eso que voy a volver a trabajar en el laboratorio de la mina para ver cómo marchan los experimentos, y tú tienes que empezar a ponerte al día con las clases que has perdido.

—Pero yo quería preguntarte acerca de la física cuánti...

—Podemos hablar por la noche —me corta con firmeza—. Ahora tengo que irme, Albie. Sé bueno con el abuelo y no llegues tarde a la escuela.

Las mismas excusas de siempre. El mismo padre de siempre: más interesado en su trabajo que en mí. Si mamá estuviera aquí, me ayudaría a averiguar lo que necesito saber acerca de la física cuántica. Lo que resulta bastante irónico si te detienes a pensarlo.

A mamá podía preguntarle cualquier cosa. ¿Por qué los emparedados de queso se ponen fibrosos? ¿Qué sucedió con los dinosaurios? ¿Por qué las personas tienen dos agujeros en la nariz pero solo uno en la boca? No importa qué le preguntara, ella no se limitaba a darme la respuesta correcta

en el acto. En lugar de ello, solía preguntarme primero qué pensaba yo y luego investigábamos juntos. Preparábamos emparedados de queso, salíamos a buscar fósiles o disparábamos mocos por la nariz hasta que hallábamos la respuesta por nuestra cuenta.

Ahora yo me había quedado con «El hombre que puede explicarlo todo», pero que nunca tenía tiempo para hablar conmigo.

Así que mientras papá va camino del subsuelo, yo me presento en el cole, tarde, por supuesto, y encuentro mi aula de clases convertida en el laboratorio de un científico loco. Todas las mesas están cubiertas con tubos de cartón, globos de helio y botellas plásticas chorreantes de pegote. En la mesa más cercana, Victoria Barnes está construyendo una montaña con puré de patata, al tiempo que detrás de ella Kiran Ahmed le pone un paracaídas a un muñeco de Buzz Lightyear. Todos hablan a la vez y el volumen se aproxima con rapidez al nivel crítico, aquel que pone a la señorita Benjamin al borde del colapso.

La señorita Benjamin es una profesora en prácticas. Eso significa que, en realidad, no es exactamente una profesora. No todavía. Lo bueno de eso es que con ella podemos hacer cosas divertidas como esta Feria de la Ciencia que ha organizado y en la que cada quien ha de inventarse su propio experimento asombroso. La señorita Benjamin incluso invitó a mi padre a acompañarnos la próxima semana y evaluar los experimentos, pero él ya ha dicho que probablemente esté demasiado ocupado con su trabajo en el laboratorio.

Pero, a diferencia de los profesores de verdad, aquellos que ya no están en prácticas, a la señorita Benjamin se le da fatal mantenernos bajo control. El punto de ebullición del agua son los cien grados centígrados. El punto de ebullición de la señorita Benjamin son los cien decibelios. Ese es el ruido que hace el motor de una motocicleta Harley Davidson al acelerar, un avión jumbo al despegar y, según la señorita Benjamin, los de sexto, esto es, mi clase, cuando estamos «un poco demasiado excitados». Wesley MacNamara dice que ella es como un volcán. Cuando su ojo izquierdo empieza a crisparse, sabes que está a punto de estallar.

Por el momento, sin embargo, la señorita Benjamin mantiene el ojo izquierdo bajo control y me hace sentarme junto a su mesa.

—Me alegra verte de nuevo en clase, Albie —dice—. Todos te extrañamos los días que no viniste y creo que eres muy valiente al haber regresado a la escuela tan ponto.

No le digo que mi padre prácticamente me ha obligado a regresar a la escuela. En lugar de ello me limito a mantener la mirada fija en los zapatos. Papá me los lustró antes del funeral, pero es como si los hubiera pintado con materia oscura. Nunca los había visto tan negros y brillantes. Se me ocurre que si continúo mirándolos el tiempo suficiente, quizá surja un agujero negro que me absorba y me saque de este lugar.

—Estoy segura de que vas a estar bien —prosigue la señorita Benjamin —, pero si en algún momento crees que necesitas estar a solas, le he pedido a la señora Forest que te reserve un rincón tranquilo en la biblioteca de la escuela. Si en algún momento te sientes agobiado o simplemente quieres pensar en silencio, solo tienes que decírmelo y podrás irte allí de inmediato. No voy a hacerte preguntas.

Al fondo de la clase un globo de helio estalla con un súbito pum. Levanto la mirada para comprobar si el ojo izquierdo de la señorita Benjamin ha empezado a crisparse.

—Solo quiero ponerme a trabajar, señorita.

—Por supuesto —replica ella con el párpado vibrando de forma casi imperceptible—. Bueno, como puedes oír, todos están dedicados a tener sus experimentos a punto para la Feria de la Ciencia de la próxima semana, pero tú todavía tienes tiempo para comenzar tu propio proyecto, Albie. ¿Por qué no le echas un vistazo a lo que Victoria y algunos de los demás están haciendo? Eso podría darte algunas ideas para tu propio experimento científico.

Así que mientras yo me dirijo a ver por qué Victoria Barnes está haciendo una montaña de puré de patata, la señorita Benjamin corre al fondo de la clase para impedir que Wesley MacNamara recree el Big Bang con la ayuda de su compás.

Victoria Barnes es la chica más popular de nuestra escuela. Lo sé porque fue lo que me dijo cuando llegué a la escuela de primaria de Clackthorpe hace seis meses.

—Yo soy la chica más popular de la escuela. Tu papá sale en la tele. Deberíamos ser amigos.

Nuestra «amistad» duró hasta el primer descanso, cuando Victoria se enteró de que papá no tenía ninguna celebridad en su lista de contactos y yo le dije que la única forma de que ella pudiera aparecer en su programa de televisión era que fuera posible filmarla cayendo en una supernova.

Una supernova es el resultado de la explosión de una estrella gigante en el espacio. Imagínate el espectáculo de fuegos artificiales más grande que hayas visto y multiplícalo por un billón. Ese es el aspecto que tiene una supernova. Yo no pretendía molestar a Victoria al decirle eso. Sencillamente me confundió un poco cuando me dijo que quería ser una estrella y salir en la tele.

Veo a Victoria echar otra capa de su bazofia sobre las laderas de la montaña. Lleva el pelo rubio recogido en una cola de caballo y, como está concentrada, la punta de la lengua le sale por la comisura de la boca.

—¿Por qué estás haciendo una montaña de puré de patata? —le pregunto.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—No es puré de patata, Lerdo Baboso. Es papel maché —dice mientras pone una última capa de la mezcla pringosa alrededor del gran agujero que hay en la cima de la montaña—. Y este el Vesubio.

Victoria sabe que me llamo Albie, pero al final de ese primer día de escuela había conseguido convencer a la mayoría de la Clase 6 de que me decían Albie por las iniciales L.B., no por llamarme Albert, y le propuso a mis compañeros adivinar qué significaban. Lerdo Baboso fue la propuesta que más le gustó y se aseguró de que pegara. Ahora me limito a ignorarla. Como solía decirme mamá, hay cosas mucho peores que el que alguien te insulte.

Victoria retrocede un paso para inspeccionar su creación. Justo entonces me doy cuenta de que lo que parecía una montaña de puré de patata es, en realidad, un montón de tiras de papel empapadas en cola y moldeadas para formar un pico. En la base de la montaña hay una serie de animales de granja de plástico y una hilera de casas hechas con bloques Lego y vigiladas

por soldados romanos Lego. Victoria apunta con la brocha a la construcción.

—Esto es Pompeya. Los soldados los tomé prestados de mi hermano menor; las vacas y ovejas de juguete son de preescolar. La señorita Benjamin dice que es uno de los mejores proyectos de ciencias que ha visto en la vida. Será mejor que tu padre me declare ganadora la próxima semana.

No tengo ganas de provocar a Victoria de nuevo, así que decido no mencionar siquiera el hecho de que lo más probable es que papá no sea el jurado de la Feria de la Ciencia. En lugar de eso lo que hago es preguntarle por qué su montaña tiene un agujero.

—No es una montaña, Lerdo Baboso. Es un volcán. El Vesubio hizo erupción hace casi dos mil años. Cuando estalló, sepultó a la ciudad de Pompeya bajo una capa de cenizas y rocas volcánicas. Nadie pudo escapar del mortífero río de lava y miles de personas fueron enterradas vivas o ardieron hasta chamuscarse. —Los ojos de Victoria relucen a medida que describe la destrucción—. Y cuando eche vinagre y bicarbonato de soda en el cráter de *mi* volcán... ¡CATAPLÚN! Será el momento de los fuegos artificiales.

Bajo la cabeza y veo a uno de los soldados de juguete, la diminuta lanza apuntada hacia una vaca de plástico del doble de su tamaño. Imagino el volcán de Victoria sepultando la casa del pobre romano bajo una marea de lava ardiente.

—¿Por qué la gente no intentó escapar?

—Nadie sabía que el Vesubio iba a hacer erupción —replica Victoria engreída—. En un momento estaban sentados al sol comiendo pizza y un instante después ¡CATAPLÚN! Aniquilación total.

Mamá solía decirme que me preocupaba demasiado por cosas como el calentamiento global, la posibilidad de que un asteroide chocara contra la Tierra o la capacidad de sus experimentos para crear un agujero negro que destruyera el universo conocido. Si hubiera vivido en Pompeya, la erupción del Vesubio no me habría pillado por ahí comiendo pizza de salami picante.

—La señorita Benjamin nos contó lo de tu mamá —dice Victoria—. Nos dijo que teníamos que ser supermajos contigo cuando volvieras a la escuela.

Es evidente que la definición de «supermajo» de Victoria no incluye no llamarme Lerdo Baboso. Sin embargo, es lo que dice a continuación lo que de verdad me sorprende:

—¿Quieres venir a mi fiesta de cumpleaños el viernes? Empieza a las siete en punto en el salón de fiestas. Habrá DJ, fotomatón, concurso de baile (¡voy a ganar sin duda!) y montones de gente guay. Y mi madre dice que también debería invitarte. Para animarte, ya sabes.

En la escala de lo completamente abatido a completamente animado, la idea de asistir a la fiesta de cumpleaños de Victoria puntúa muy bajo. No me gusta que me tomen fotos y soy incapaz de bailar incluso si mi vida depende de ello. Pero papá dijo que teníamos que intentar volver a la normalidad, de modo que quizá también deba darle a Victoria una segunda oportunidad.

—Gracias —le digo—. Le preguntaré a mi padre si puedo ir.

Victoria coge un soldado de Lego y lo vuelve en dirección al volcán.

—No olvides traerme un regalo —dice por encima del hombro.

—¿Victoria Barnes te acaba de invitar a su fiesta de cumpleaños? —Detrás de mí oigo silbar a Kiran con sorpresa—. Guau: lo que me faltaba por ver.

Kiran Ahmed es mi mejor amigo en la clase. De hecho, es probable que sea mi único amigo en la clase. Es complicado hacer amigos cuando empiezas a ir a una nueva escuela a mitad de sexto grado. Todos los demás llevan conociéndose seis años o más, han aprendido juntos las tablas de multiplicar y jugado a fútbol en el patio y todos y cada uno recuerdan cuando Wesley MacNamara llevó a cabo la gran masacre de insectos palo en segundo. Cada quien tiene todos los amigos que necesita y nadie va a perder el tiempo intentando que el chico nuevo se sienta bienvenido. Kiran fue la excepción.

Al principio pensé que, al igual que Victoria, solo quería ser mi amigo porque papá salía en la tele, pero luego descubrí que a Kiran le obsesionaba el espacio. Su plan es ser el primer hombre en poner el pie en Marte, pero dice que si eso le resulta imposible, se conformará con ser el primer astronauta británico de origen asiático. Toma lecciones de buceo en la

piscina para prepararse para la ingravidez y se sabe los nombres de todas las lunas del sistema solar.

—Mira —dice, coge el miniparacaídas y deja al Buzz Lightyear colgando—. Voy a enviar a este chico malo ¡al infinito y más allá!

Atado a la esquina de la mesa de Kiran hay un globo de helio en forma de Mi Pequeño Pony. El extremo de la cuerda que impide que se marche volando está enrollado alrededor del cinturón multiusos del Buzz Lightyear.

—¿Con un globo de Mi Pequeño Pony? —pregunto.

Kiran niega con la cabeza.

—Tengo muchos más, muchísimos. Mi papá compró un lote por eBay: solo 9,99 libras más gastos de envío por cien globos. Los compró para la fiesta de cumpleaños de mi hermana, pero a ella lo que le mola ahora es Spiderman, así que me los dio a mí. La señorita Benjamin guardó el resto en el armario del material escolar hasta el día de la Feria de la Ciencia. ¿Has visto *Up*, la película? Pues bien, yo voy a usar los globos de helio para enviar a Buzz Lightyear al espacio. Será el primer muñeco en órbita.

Si Kiran consigue enviar a Buzz Lightyear al espacio utilizando únicamente un montón de globos de Mi Pequeño Pony, seguro que ganará el primer premio de la Feria de la Ciencia. Su plan para llevar al espacio el primer muñeco astronauta solo tiene un pequeño problema.

—El transbordador espacial *Discovery* puso un Buzz Lightyear en órbita en 2008 —le digo—. Mi padre mostró un vídeo del juguete flotando en la Estación Espacial Internacional en su programa cuando hizo una lista de los cinco astronautas más extraños de la historia. Buzz estaba en el puesto tres por detrás de una medusa y una perra rusa llamada *Laika*.

Por desgracia, Kiran no se toma la noticia muy bien que digamos. Devuelve el Buzz Lightyear a la mesa con tanta fuerza que las alas del muñeco se despliegan.

—¡Hasta el infinito y más allá! —grazna la voz electrónica del muñeco.

—Pues no irás si ya has ido allí antes —replica Kiran al Buzz—. Yo quiero ser el primero. Tiene que haber algo especial que pueda enviar al espacio. Algo que nunca haya estado allí antes.

—¿Qué me dices de un astronauta de Lego? —propongo, echando un vistazo al volcán de Victoria: tal vez los globos de Kiran puedan rescatar a

las figuras Lego de Pompeya y ponerlas a salvo antes de que el Vesubio haga erupción.

Kiran niega con la cabeza de nuevo.

—Nop. Dos chicos canadienses enviaron un hombre Lego al espacio en 2012. Vi su vídeo en YouTube. De allí fue que saqué la idea de los globos —añade, y comienza a desatar la cuerda del cinturón multiusos de Buzz—. ¿Harás un proyecto para la Feria de la Ciencia? Podrías ayudarme con el mío si no tienes tiempo para hacer tu propio proyecto. Ya sabes, por lo de tu mamá.

Por el momento la única ciencia que me interesa es la física cuántica. Sin embargo, antes de que pueda explicarle eso a Kiran, un fuerte chillido se oye al fondo del salón.

—¡Señorita! —grita Lucy Webster—. ¡Wesley ha dejado al *Señor Mocos* fuera de su jaula!

El *Señor Mocos* es el hámster de la clase. Chillidos y gritos acompañan su ruta de escape a través de las mesas, una mancha marrón zigzagueando entre tubos de ensayo y botes de plastilina, al tiempo que la señorita Benjamin lucha por hacerse oír.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡SILENCIO!

Tras atrapar al *Señor Mocos* antes de que se lance por una ventana abierta, la señorita Benjamin gira y se queda mirando a la clase. Tiene la cara de un rojo volcánico y el párpado izquierdo se contrae a toda marcha.

—¡Chicos, este comportamiento es por completo inaceptable! ¡No voy a tolerar semejante caos en el aula! Si no podéis trabajar en vuestros experimentos para la Feria de la Ciencia sin molestar al resto de la escuela, entonces tendremos que cambiar la Feria por un examen.

Todo el mundo emite gemidos de protesta.

—¡Silencio! —grita de nuevo la señorita Benjamin, que recorre a grandes zancadas el salón para devolver al *Señor Mocos* a la seguridad de su jaula.

—No quería dejarlo salir —dice Wesley MacNamara, que sostiene una bandeja plástica llena de pequeñas hojitas verdes—. Solo pensé que quizá le gustaría probar mis berros.

La señorita Benjamin no presta atención a Wesley; su ojo izquierdo sigue emitiendo un SOS.

—Todos, ya, guardad vuestros experimentos y sacad el boli. ¡Silencio! No quiero oír hablar a nadie hasta que suene la campana del descanso.

Estupendo: regreso a la escuela para hacer un examen de ciencias. Y a menos que todas las preguntas sean acerca de la física cuántica, eso no va a ayudarme a encontrar a mi mamá en absoluto.

Entonces recuerdo que la señorita Benjamin me ha dado ya la excusa que necesito para librarme del examen. Mientras el resto de la clase guarda sus experimentos refunfuñando, yo levanto la mano.

—Señorita, ¿puedo salir un momento, por favor? Quisiera ir a la biblioteca.

3

—¿Que buscas un libro sobre qué?

La señora Forest me mira por encima de sus anteojos, la mano detenida con el sello de la biblioteca flotando sobre una pila de *Historias horripilantes*.

—Física cuántica. Es para mi proyecto de ciencias.

A la señora Forest no le gusta describirse a sí misma como bibliotecaria. Según dice, ella es una doctora de los libros: alguien capaz de recetarle a cada quien la lectura que necesita. El último libro que me dio se titulaba *Danny, el campeón del mundo* y trataba de un chico llamado Danny que vive en una caravana con su padre. Su padre pasa la mayor parte del tiempo inventando cosas, cosas de las que molan como cometas, karts y faroles chinos, para compensar el hecho de que la madre de Danny está muerta. Para ser sincero, en cuanto leí los primeros capítulos dejé de leerlo porque solo servía para recordarme que mi padre era desastroso. Todo el mundo piensa que es superguay tener un papá que sale en la tele y sabe cómo funciona el universo, pero con gusto lo cambiaría un día por un padre ordinario que supiera hacer volar una cometa.

La última vez que visité la biblioteca con mi clase, la señora Forest nos dijo que tenía libros que podían llevarnos a cualquier parte. Países nuevos, lugares inolvidables, tierras fantásticas. Fue entonces cuando Wesley MacNamara levantó la mano para decirle que estaba confundiendo los

libros con Ryanair. Todos los demás se rieron, pero en este preciso momento mi esperanza es que ella pueda encontrar un libro capaz de llevarme a un universo paralelo.

La señora Forest deja el sello en la mesa y me conduce a la sección de no ficción, que está escondida justo a la vuelta. Echa un vistazo a la parte media del anaquel y frunce el ceño mientras revisa con rapidez una hilera de libros con pegatinas azules en los lomos.

—Aquí están todos los libros de ciencias, Albie, pero no creo que encuentres ninguno sobre física cuántica. No es un tema que entre en el currículo de primaria, ya sabes. ¿No podrías preguntarle a tu padre? Probablemente sepa más de ciencias que todos los autores que tengo aquí.

—Está demasiado ocupado con su trabajo —me apresuro a responder—. Yo solo quería un libro que explique lo básico.

—Ajá —asiente la señora Forest, sacando un libro de la mitad del estante—. Al final puede que tu padre nos eche una mano.

Cuando me entrega el libro, me topo con la cara de mi padre mirándome desde la cubierta. *La guía del universo de Ben Bright: de los agujeros negros a los rayos X y todo lo que hay en el medio.* Después de que la serie de televisión tuviera tanto éxito, le habían pedido que escribiera ese libro, una especie de versión del programa para niños, y él se encerró en su despacho hasta tenerlo terminado. Fue el último verano que pasamos como una familia antes de que todo se fuera al traste y él sencillamente lo desperdició.

En esa época mamá había intentado hacerme sentir mejor.

—Tu papá quiere que te sientas orgulloso de él, Albie. Está escribiendo ese libro para ti.

Entonces no le había creído, pero ahora esperaba que tuviera razón.

Sentado en el rincón de lectura, voy directamente al índice alfabético. Agujeros negros, asteroides, átomos, el Big Bang, Einstein, materia oscura, radiación cósmica... El libro de verdad trata de todo e incluye montones de palabras que ni siquiera entiendo. Por suerte hacia la mitad de la página se encuentra la entrada que estoy buscando.

«Física cuántica 108-109.»

Voy deprisa hasta la página 108 y esto es lo primero que leo:

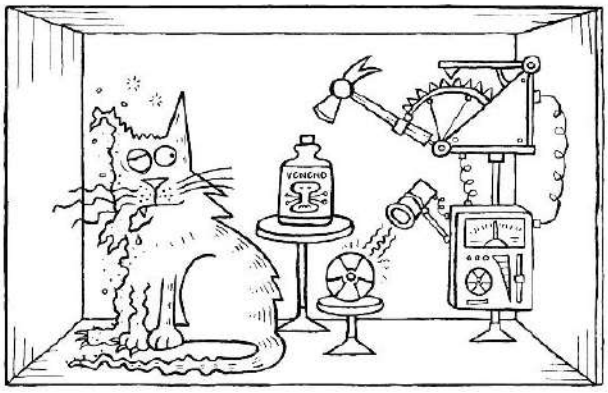
Si crees que entiendes la física cuántica es que, en realidad, no entiendes la física cuántica.

Una forma estupenda de empezar una explicación, papá.

La física cuántica es ciencia verdaderamente rara. Intenta explicar el extraño comportamiento de los átomos y las partículas. Pensad en esto: dentro del minúsculo mundo cuántico, un átomo o una partícula puede estar en más de un lugar al mismo tiempo e incluso encontrarse en dos estados diferentes a la vez. Según la física cuántica, todo es posible hasta que le echas un vistazo.

Me rasco la cabeza. Papá ya me ha confundido. ¿Cómo es posible que algo esté en dos lugares a la vez o ser dos cosas diferentes al mismo tiempo? Eso es sencillamente absurdo.

Para darle un descanso a mi cerebro, decido mirar la caricatura que hay hacia la mitad de la página. En ella aparece lo que puede ser un gato zombi, atrapado dentro de una caja junto a un martillo que pende sobre una botella de veneno, un contador Geiger y una masa resplandeciente de material radioactivo. El texto que la acompaña explica la horripilante imagen.



Para mostrar los extraños efectos de la física cuántica, un científico llamado Erwin Schrödinger inventó un experimento. Se pone un gato dentro de una caja con un trozo de uranio radiactivo que tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de desintegrarse. Eso significa que en cualquier momento hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que se emita una partícula radiactiva. Si el contador Geiger detecta una partícula radiactiva, activará el martillo y este romperá la botella de

veneno, lo que a su vez matará al gato. Sin embargo, la física cuántica sostiene que hasta que no abramos la caja para mirar qué ha pasado, la partícula estará en los dos estados posibles (estable y en desintegración) a la vez. ¡Esto significa que el gato dentro de la caja está vivo y muerto al mismo tiempo!

Niego con la cabeza mientras trato de entender este experimento desquiciado ideado por quien, desde el punto de vista del gato, seguramente era el Peor Amo de la Historia. ¿Cómo puede ser que un gato esté vivo y muerto al mismo tiempo? Por desgracia, antes de que pueda leer el resto de la explicación Wesley MacNamara me arrebata el libro y se deja caer a mi lado en el sofá.

—Venga, Lerdo Baboso —dice, mirando la caricatura en el libro de papá—: ¿esto es lo que quieres hacer como proyecto de ciencias? La señorita Benjamin no te dejará crear un gato zombi radiactivo ni de coña. A mí ni siquiera me dejó diseccionar un ornitorrinco.

El ojo izquierdo de Wesley comienza a parpadear de forma exagerada en un intento de imitar a la señorita Benjamin.

—Los ornitorrincos son una especie protegida, Wesley, y no permitiré que descuartices adorables animalitos australianos en mi aula —dice. Luego suelta un bufido—: Fenómenos peludos, eso es lo que son. Tienen aletas de nutria, cola de castor y un pico de pato mutante que detecta campos eléctricos. Yo creo que, en realidad, son alienígenas de aspecto estrafalario que han venido a invadir nuestro planeta. Por eso es que ella no quiere que despedace uno en clase: no quiere que descubra la verdad.

Una locura, obvio, pero lo cierto es que no es la cosa más bestia que le he oído decir a Wesley. En mi primera semana en la escuela de primaria de Clackthorpe me dijo que todos los maestros de la escuela eran, en realidad, reptiles extraterrestres que podían cambiar de forma y se mantenían con vida bebiendo la sangre de los alumnos. Cuando la señorita Benjamin le oyó decir eso le dijo que si ella fuera un reptil extraterrestre capaz de cambiar de forma, sin duda, no estaría trabajando como maestra en prácticas. Después de lo cual le advirtió que si volvía a oírle decir eso, pasaría el resto de la semana castigado después de clase. Desde entonces

Wesley no había dicho prácticamente una sola palabra acerca de los maestros alienígenas vampiros.

—¿Y entonces cuál será tu proyecto para la Feria de la Ciencia? —le pregunto para cambiar de tema.

Wesley frunce el ceño.

—Me he puesto a cultivar berro en un armario... otra vez. Es el mismo proyecto que he hecho desde primero. Pero esta vez tengo un plan —dice. Y se inclina hacia delante con un brillo amenazador en el ojo—: Mañana haremos una salida con la clase de ciencias naturales y pienso aprovecharla para averiguar la verdad sobre los ornitorrincos, y voy a hacerlo con tu ayuda.

No me gusta nada como suena eso. Mañana la señorita Benjamin nos llevará al Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe. Según Kiran, han hecho la misma salida los cinco años anteriores. Dice que aunque lo llaman «museo», en realidad, no es más que una casa grande repleta de antiguallas. Perteneció a un explorador de la época victoriana llamado Montague Wilkes, que se marchó de Clackthorpe para explorar el mundo y envió de vuelta a casa todo lo que fue encontrando hasta que estiró la pata en medio de Australia. Yo ya había visitado la página web del museo: todo indicaba que lo que encontró fue en su mayoría animales embalsamados. Durante esa visita había divisado lo que parecía un ornitorrinco en un frasco de vidrio y eso me hizo tener el horrible presentimiento de que formaba parte del plan de Wesley.

—Eeeh... no creo que pueda ir al museo mañana. Ayer fue el funeral de mi madre...

Casi tan rápido como un átomo corriendo por el Gran Colisionador de Hadrones, el puño de Wesley sale disparado contra mi hombro. El golpe es tan potente y preciso que me deja entumecido el brazo.

—¡Ay!

—Más te conviene que me ayudes mañana —me advierte Wesley—. O te vas a enterar. Además, no creo que puedas usar a tu madre de excusa. Hay montones de personas que no tienen madre, pero nunca me verás llorando por eso.

Wesley vive con sus abuelos. Kiran me contó que la madre de Wesley se fue de vacaciones a la Costa del Sol cuando él estaba en tercero y nunca regresó. Con todo, él al menos ve a su madre en las vacaciones de verano.

De repente la señora Forest sale como un ninja bibliotecario de detrás de los anaqueles de Geografía e Historia.

—¿Qué sucede aquí? —dice, mirándonos con suspicacia—. Wesley, ¿qué estás haciendo fuera de clase?

—La señorita Benjamin me mandó hace un instante para que comprobara que Albie estaba bien. —Wesley deja caer el libro de mi padre sobre mi regazo al tiempo que se pone en pie—. Ya sabe, por lo de su madre y tal.

—¿Estás bien, Albie? —me pregunta la señora Forest, y baja la mirada hacia el libro abierto en mis manos—. ¿Encontraste lo que estabas buscando?

Con el brazo todavía dolorido, bajo la cabeza hacia la ilustración del gato: la mascota zombi sigue estando medio viva y medio muerta. No tengo la más remota idea de cómo ese loco experimento de Schrödinger puede ayudarme a encontrar a mi madre de nuevo. La física cuántica es realmente confusa. Necesito tiempo para pensar, pero no hay posibilidades de que lo consiga en la escuela. En especial no con Wesley MacNamara durmiéndome los brazos para obligarme a participar en su último plan demente. Casi puedo sentir mi cerebro apagándose para llevarse el dolor y dejarme vacío por dentro. Tengo que salir de aquí.

—No estoy seguro, señora Forest —me sorbo los mocos y me seco la lágrima que está a punto de escapárseme por la comisura del ojo—. Solo quiero irme a casa.

Mientras la señora Forest se afana en llevarme a la dirección de la escuela para que llame al abuelo Joe y le pida que me recoja, oigo a Wesley gritar a mis espaldas:

—¡Nos vemos mañana!

Vuelvo la cabeza justo a tiempo de ver a Wesley blandiendo un puño. «O te vas a enterar», dicen sus labios.

4

Después de recogerme en la escuela y traerme a casa, el abuelo Joe me sienta en la cocina para que coma.

—Necesitas mantenerte fuerte, Albie.

Del fondo de la cacerola el abuelo rasca lo que parece una suela de zapato frita y me la sirve en el plato.

—Con esto pronto estarás fresco como una lechuga —dice.

Clavo la vista en el plato que tengo delante. Parece una colección de muestras obtenidas por un equipo de CSI en una carnicería incendiada. Había visto al abuelo Joe sacar salchichas, beicon y morcillas de la nevera, pero aparte de un lago grasiento de alubias en tomate, todo lo que hay en mi plato se ha quemado al punto de ser irreconocible. Tomo el tenedor y le doy un toquecito experimental a lo que parece un dedo asado. Los dientes del tenedor rebotan, incapaces de penetrar en la piel negro azabache del embutido, que a estas alturas debe de ser más teflón que salchicha.

La comida quemada es carcinógena. Eso significa que puede causar cáncer. Si me como esa salchicha, una de las células de mi cuerpo podría mutar y luego otra y otra más y yo no sabría que tengo cáncer hasta que sea demasiado tarde. Justo como le pasó a mamá.

Aparto el plato. No vale la pena correr el riesgo.

—Vamos, Albie. Come un poco, chico.

Puedo advertir la preocupación en la voz del abuelo, pero ello no impide que niegue con la cabeza.

—Mamá solía hacerme un bocadillo —le digo.

El abuelo Joe suspira y se hunde en la silla que está al lado de la mía.

—Condenada cadera —murmura, y hace un gesto de dolor al tiempo que intenta meter la pierna debajo de la mesa—. Lo siento, Albie. Si eso es lo que quieres, te haré un bocadillo: pero dame un minuto.

Ahora ha hecho que me sienta culpable, de modo que me apresuro a negar con la cabeza.

—Está bien así, abuelo. Me comeré las judías. Es bueno cambiar.

El abuelo vuelve a suspirar.

—Ha habido muchos cambios por aquí últimamente y ninguno para mejor.

Cuando mamá murió, el pastor vino a casa para hablar acerca del funeral. Como de costumbre, papá y el abuelo terminaron discutiendo por todo: las flores, los himnos, la música. Papá quería que se cantara «Across the Universe», la canción de los Beatles, pero el abuelo dijo que no sería un funeral de verdad a menos que incluyera «All Things Bright and Beautiful», el himno anglicano. El pastor dijo que empezaría la ceremonia con «All Things Bright and Beautiful» y al final tocaría «Across the Universe». Eso era algo que a mí me traía sin cuidado: la única canción que me recordaba a mamá era la que solíamos bailar juntos en la cocina, y yo no quería oírla en el funeral. Solo hubiera servido para recordarme que ella ya no estaría más.

Antes de marcharse, el pastor intentó entregarme un pequeño folleto con un conejo de aspecto triste en la portada. Se titulaba *Cuando Conejita perdió a su mami*. Yo le dije que era bastante mayor para libros ilustrados, así que en lugar de ese me dio el folleto para adultos. Se titulaba *Superar el duelo* y se ocupaba de los sentimientos que tienes cuando alguien cercano fallece. El folleto decía que la mayoría de las personas atraviesan cinco etapas del duelo.

1. NEGACIÓN. Esta es la etapa en la que papá sigue atascado. Su opción es desaparecer en el laboratorio del fondo de la mina y fingir que todo está

bien. Pues no, no lo está, y yo solo desearía que él me ayudara a resolver el problema en lugar de fingir que no existe.

2. IRA. Esta es la etapa en la que se encuentra el abuelo Joe: esa es la razón por la que constantemente está discutiendo con mi padre. Ayer oí que le decía a papá que la enfermedad de mamá debía de haber sido consecuencia de su trabajo en el Gran Colisionador de Hadrones. Según él, todo ese tiempo trasteando con átomos había hecho que le diera cáncer. Papá le dijo que eso era una ridiculez, y el abuelo lo insultó. Yo nunca había oído al abuelo Joe decir palabrotas antes, de modo que eso demuestra cuán furioso está.

3. NEGOCIACIÓN. Esto fue lo que yo hice cuando mamá me dijo que tenía cáncer. Si no pisaba ninguna línea de camino a la escuela, entonces mamá estaría bien. Si veía una estrella fugaz, entonces el cáncer desaparecería. Me volví loco intentando hacer realidad esos desafíos, pero ninguno funcionó.

4. DEPRESIÓN. Esta es la forma en la que todos en la escuela piensan que debería sentirme ahora, pero yo no he llorado desde que mamá murió. La cuestión es sencilla: me he dado cuenta de que sentirme triste no es más que desperdiciar el tiempo y que lo que tengo que hacer, en cambio, es concentrarme en arreglar las cosas.

5. ACEPTACIÓN. El folleto decía que esta última etapa implica enfrentar el hecho de que la persona que ha muerto nunca volverá. Pero desde que papá me contó que existe un universo paralelo en el que mamá sigue viva, lo único en lo que puedo pensar es en cómo poder viajar allí para verla de nuevo.

Tras probar un bocado de alubias aparto el plato con una mueca. El abuelo no solo chamuscó las salchichas y el beicon, sino que olvidó calentar las alubias en tomate.

—En realidad, no tengo mucha hambre.

—Deja que te prepare un bocadillo —dice el abuelo, echando un vistazo al reloj colgado en la pared de la cocina—. En un rato empieza una película en la tele: *Regreso al futuro*. Es buena. Solía ser una de las favoritas de tu madre. Podríamos verla juntos.

Cada vez que papá pasaba el fin de semana lejos de casa en filmaciones para su programa de televisión, mamá y yo solíamos tener maratones de cine los sábados por la noche. Veíamos pelis hasta que los ojos se nos quedaban cuadrados: todos los episodios de *Star Wars*, temporadas del *Doctor Who*, *Regreso al futuro 1*, *2* y *3*. Mamá decía que *Regreso al futuro* fue la película que la impulsó a convertirse en científica, pero que el hecho de no haber conseguido inventar una máquina del tiempo aún la hacía sentirse un poco decepcionada.

En esa época yo me reía, pero ahora recuerdo lo que el abuelo dijo ayer y me pregunto si mamá todavía estaría aquí con nosotros si no se hubiera dedicado a la ciencia.

—Abuelo, ¿de verdad crees que fue el trabajo de mamá lo que la hizo enfermar?

Ahora es el turno del abuelo Joe de parecer culpable.

—Lo siento, Albie —dice, y se quita las gafas para frotarse los ojos—. No quería que oyeras eso.

Hace una pausa para suspirar de nuevo, y es como si en un único aliento se le escapara toda la energía.

—No —continúa—, no creo que enfermara por eso. Yo solo estaba buscando a alguien a quien culpar. Cuando tu madre me dijo que iba a ser científica, me sentí orgullosísimo. Era la primera persona de esta familia que iría a la universidad. Y no a cualquier universidad sino a la Universidad de Cambridge. Obvio: yo no entendía nada de todo eso que iba a estudiar, física de partículas, átomos, protones y demás chismes, pero cuando tu abuela Joyce murió ella intentó explicármelo. Habíamos sacado el telescopio al patio de atrás para mirar las estrellas, justo como solíamos hacer cuando tu madre era pequeña; pero esta vez ella me hablaba de cómo todo lo que estábamos viendo, todas esas miles de estrellas en el cielo, en otro tiempo cabían en una burbuja diminuta, mil veces más pequeña que la cabeza de un alfiler. Me contó que el Big Bang había creado todo eso y que

sus experimentos buscaban entender cómo surgió el universo. Todo eso me parecía increíble, como le dije a tu madre, pero si era cierto, el Big Bang seguía necesitando a alguien que lo pusiera en marcha.

—¿De modo que crees que mamá está en el cielo?

—Por supuesto que está en el cielo —replica con seguridad, y vuelve a ponerse las gafas—. Mientras hablamos tu abuela la estará ayudando con las alas.

Se levanta de la silla con una mueca de dolor.

—¿Y entonces? ¿Me pongo a hacer palomitas?

Niego con la cabeza. Ver *Regreso al futuro* de nuevo no va a ayudarme a encontrar a mi madre.

—Creo que pasaré de la peli, abuelo. Tengo deberes.

5

Mi habitación se encuentra en la última planta de la casa. Allí es donde tengo todas mis cosas. En realidad, es donde están también la mayoría de cosas de mamá y papá. Cuando regresamos a Inglaterra no hubo tiempo para desempacarlo todo, y con papá llevando a mamá a sus citas en el hospital, muchas de las cajas en las que estaban sus cosas del trabajo terminaron amontonadas en mi dormitorio.

—Es solo una solución de almacenamiento temporal —me dijo papá cuando me quejé de que en mi habitación no cabía ni un alfiler—. Cuando mamá se sienta mejor, nos ocuparemos de ello.

De modo que la mitad de la habitación todavía está repleta de cajas de cartón, cajas sobre las que tengo que trepar todas las mañanas cuando me levanto. En Ginebra mi dormitorio tenía el doble del tamaño de este ático y lo tenía justo como quería. Había una librería de suelo a techo para todos mis libros y tebeos, un escritorio enorme en el que podía trabajar en los proyectos de la escuela, y en la pared, junto a la cama, un mapa estelar gigante en el que aparecían todas las constelaciones de la Vía Láctea.

Me siento en el borde de la cama. Ahora no tengo librería y hay pilas de libros y tebeos por doquier, el escritorio es tan pequeño que ni siquiera puedo hacer allí los deberes y en las paredes no hay espacio para mi mapa estelar. El único póster que he puesto es un mapa del sistema solar, pero solo lo hice para disfrazar el pésimo trabajo de decoración que llevó a cabo

el abuelo Joe cuando se enteró de que regresábamos. Esta habitación solía ser mi cuarto de bebé, y si entornas los ojos todavía es posible ver el viejo papel pintado del oso Paddington bajo la apresurada capa de pintura del abuelo.

En medio de la habitación está mi telescopio, apuntando hacia la claraboya del ático. Mamá y papá me lo compraron por mi último cumpleaños para que estuviera atento a los asteroides potencialmente peligrosos que se aproximaran a la Tierra. En Twitter sigo la cuenta de @AsteroidWatch para mantenerme al tanto de cualquier alerta temprana. Es una cuestión en la que es imposible ser demasiado cuidadoso. Mamá decía que fue el impacto de un megasteroide lo que acabó con los dinosaurios, y ahí fuera, en el espacio, hay miles de asteroides. En este preciso momento, puede haber uno dirigiéndose hacia nosotros, así que no dejo de vigilar los cielos.

Eso es algo bueno de habernos mudado a Clackthorpe. El pueblo se encuentra justo en medio de un parque con certificación de cielo oscuro que abarca la mayor parte del páramo. Eso significa que aquí no hay farolas en la calle u otras formas de polución lumínica y nada te impide ver miles de estrellas en el cielo.

Para tener un mejor resultado, lo más adecuado habría sido montar el telescopio fuera, pero el aire frío hacía que mamá tuviera unos ataques de tos tremendos, de modo que ambos tuvimos que acostumbrarnos a ver las estrellas desde mi habitación.

Cierro los ojos y recuerdo a mamá acurrucada al borde de la cama, envuelta en la bata acolchada que le compré la Navidad pasada y que luego, después de todos los tratamientos que recibía en el hospital, le quedaba dos tallas más grande. A medida que recorríamos el cielo con mi nuevo telescopio, mamá me hablaba de las maravillas que podíamos ver. Cometas y meteoros, la nebulosa de Orión y la galaxia de Andrómeda, los anillos de hielo de Saturno y la Gran Mancha Roja de Júpiter. Una de mis vistas favoritas es Omega Centauri, un cúmulo de diez millones de estrellas que orbita alrededor de la Vía Láctea. Visto a través de la lente del telescopio, el cúmulo parece un enjambre de luciérnagas espacial.

Mamá me contó que cuando vemos el cielo por la noche, en realidad estamos mirando el pasado. Omega Centauri está a más de quince mil años luz de distancia. Eso significa que cuando lo veo a través del telescopio estoy viendo las estrellas como eran hace más de quince mil años. Algunas de esas estrellas posiblemente hayan muerto hace miles de años, pero su luz sigue viajando hacia nosotros. Incluso la estrella de Barnard, que es una de las estrellas más cercanas a la Tierra, se encuentra a seis años luz de distancia. Eso significa que si quiero saber qué aspecto tiene esa estrella «ahora», exactamente en este momento, tendré que esperar a terminar la secundaria para que su luz llegue hasta mí. Mamá decía que los experimentos que realizaba en el Gran Colisionador de Hadrones eran como remontarse miles de millones de años en el pasado para tomar una foto del mismísimo comienzo del universo.

Si justo ahora un extraterrestre de la nube de Oort, en el límite del sistema solar, estuviera mirando la Tierra mediante un telescopio superpotente, tan potente que pudiera mirar a través de mi claraboya, ¿podría vernos a mamá y a mí sentados en la cama?

Abro los ojos y miro el dormitorio vacío. Lo único que ese extraterrestre vería hoy es el agujero negro que ella dejó con su partida y que nada podrá llenar nunca.

Esto va a sonar horrible, pero en ocasiones desearía que hubiera sido papá el que hubiera muerto en lugar de mamá. Hay montones de vídeos de él en YouTube e incluso tengo los deuvedés de su programa de televisión, pero no tengo ningún vídeo de mamá. No puedo hacer clic en un clip para ver su cara u oír su voz.

Abro la mochila que llevo a la escuela. Los únicos deberes que importan ahora son encontrar a mi madre. Dejo sobre la cama la merienda que había llevado, saco el libro de papá y paso las páginas con rapidez hasta llegar a la que muestra al gato zombi, todavía atrapado medio muerto y medio vivo dentro de la caja. Si quiero entender cómo funciona la física cuántica, tengo que leerme el resto de la explicación.

Pero no todos los científicos creen que el gato de Schrödinger pueda estar muerto y vivo al mismo tiempo. Un científico llamado Hugh Everett tenía una explicación para la extraña forma en que se comportan los

átomos en el mundo cuántico, la conocida como «interpretación de los muchos mundos». Su teoría sostenía que cuando la caja se abre, el universo se divide en dos. En un universo el gato está muerto mientras que en otro universo el gato está vivo. Esos dos universos paralelos son reales y podrían incluso ocupar el mismo lugar del espacio, pero estarían separados en dimensiones diferentes.

Universos paralelos, dimensiones diferentes: la física cuántica se parece más a la ciencia ficción que a los hechos científicos.

Según la interpretación de los muchos mundos hay un número infinito de esos universos paralelos y en cada uno una copia de ti mismo, con una vida idéntica a la tuya salvo por un cambio pequeñito allí donde se tomó una decisión diferente. Los científicos que trabajan actualmente en el Gran Colisionador de Hadrones piensan que con sus experimentos quizá sea posible determinar si esos universos paralelos existen mediante la creación de nano agujeros negros.

¡Espera un momento! Mamá nunca me habló de esto. Creía que sus experimentos en el Gran Colisionador de Hadrones iban todos de intentar averiguar cómo nació el universo, no de descubrir universos paralelos. Miro las cajas de cartón que atiborran mi dormitorio, en su mayoría llenas de cosas de la época en que mamá trabajaba en el CERN. Quizá la clave para encontrar uno de esos mundos paralelos esté escondida en una de estas cajas...

Abro la caja que tengo más cerca y empiezo a vaciarla. Lo primero que encuentro son pilas de publicaciones de aspecto soporífero con títulos como *Revista internacional de física teórica*, *Instrumentos y métodos nucleares* y *Anales de física.* Ojeo la última de estas, pero no encuentro en ella las páginas de problemas interesantes que tienen otras de las revistas de mamá, y para ser sinceros no entiendo una sola palabra de lo que leo.

Debajo de las revistas hay un montón de cosas que mamá tenía en su escritorio en el CERN. Saco esos objetos de la caja uno por uno. Hay un contador Geiger digital con cable USB para la detección de radiactividad, un péndulo de Newton con los cables enredados, un tapete para ratón de Albert Einstein, un soporte para ordenador portátil y una vieja amonita fósil.

Mamá y yo encontramos este fósil mientras caminábamos por el páramo en uno de nuestros viajes para visitar al abuelo Joe. Mide unos tres centímetros de ancho, es de color dorado y tiene forma de espiral. Cuando lo encontramos, mamá me contó que fósiles como ese eran todo lo que quedaba de una criatura marina extinta que vivió hace cien millones de años. Papá dijo que haría un collar con el fósil para mamá, pero nunca encontró el tiempo. Me guardo la amonita en el bolsillo del pantalón.

En la caja encuentro más pilas de papel: páginas impresas por ordenador con una sucesión interminable de mensajes extraños que no tienen ningún sentido para mí. DESINTEGRACIÓN ACTIVADA EN BEAMPIPE Y NIVEL 1. IONIZACIÓN ACTIVA EN VOLUMEN PRINCIPAL 2. No sé qué significa nada de eso. No sé qué es lo que estoy buscando. No soy un experto en física cuántica. Apenas estoy en sexto grado.

La explosión de esperanza con la que empecé comienza a desvanecerse. Si mamá no pudo encontrar un universo paralelo, entones: ¿qué posibilidades tengo de hacerlo yo? Sin embargo, al sacar el último de los documentos veo en el fondo de la caja la respuesta a mis oraciones. Es una cartera de cuero, la que mamá llevaba al trabajo todos los días.

Abro la cremallera y saco el portátil de mamá. Se lo había traído del CERN pensando que podría continuar trabajando desde casa, esto es, antes de que la primera tanda de radioterapia la dejara demasiado débil para comer y más aún para trabajar.

Mamá me contó que su portátil era un prototipo de ordenador cuántico, millones de veces más poderoso que los ordenadores normales y corrientes que puedes comprar en las tiendas. El portátil de mamá está conectado a la Grid, una red de ordenadores inmensa esparcida por todo el mundo. La Grid analiza los miles de millones de datos que el Gran Colisionador de Hadrones produce en masa cada vez que hace chocar átomos. La mayoría de los ordenadores corrientes tardarían años en analizar cada colisión, pero el superordenador cuántico de mamá puede hacer eso en segundos. Incluso tiene su propio miniacelerador de partículas en un chip que lleva en su interior (un micro Gran Colisionador de Hadrones) que puede prácticamente repetir los resultados de los experimentos. Nanotecnología,

dijo mamá, e incluso papá parecía bastante impresionado cuando lo vio por primera vez.

Abro el portátil y la pantalla parpadea cobrando vida casi antes de que presione el botón de encendido. Una ristra de números recorre la pantalla, los ceros y unos pasan titilando con tanta rapidez que se funden en un único torrente. Es el flujo de datos procedente del Gran Colisionador de Hadrones. Si el libro de papá está en lo cierto, la prueba de que los universos paralelos son reales se encuentra escondida en medio de toda esa información.

Es entonces que tengo mi momento eureka.

Los científicos dicen «¡eureka!» cuando conciben una teoría nueva y sorprendente. La costumbre se remonta a un científico llamado Arquímedes que vivió hace más de dos mil años, en la Antigua Grecia. Según cuentan, Arquímedes tuvo una idea brillante cuando estaba en la bañera y salió corriendo de ella y, desnudo, se paseó gritando: «¡eureka!», que creo que es una palabra griega para decir: «lo encontré» o, quizá: «me estoy congelando».

En cualquier caso, yo no comienzo a correr desnudo por Clackthorpe, pero sí que tengo una idea brillante mientras veo la caja vacía y la pantalla titilante del portátil.

En su programa papá dijo en una ocasión que los descubrimientos científicos más grandes de la historia se consiguieron porque alguien miró algo y pensó: «¿Qué pasaría si cambio esto un poco?»

En eso consiste un experimento.

Por tanto, si es posible enviar al gato de Schrödinger a un universo paralelo cuando se lo pone en una caja con un trozo de uranio radiactivo, un contador Geiger y una botella de veneno, ¿qué pasaría si el que se mete en la caja soy yo? Como es obvio, yo no quiero aparecer en un universo paralelo tan muerto como los dinosaurios, así que decido descartar la botella de veneno. Y cuento ya con el contador Geiger digital de mi madre. Sin embargo, al mirar alrededor de mi habitación, no encuentro ningún trozo de uranio radiactivo. Lo que sí veo es mi merienda.

Un bocadillo de queso y pepinillos, un paquete de patatas y un plátano.

¿Sabías que los plátanos son radiactivos? Ve a tu cocina y echa un vistazo al frutero. Si hay algún plátano allí, lo más probable es que te haya dado una dosis de radiactividad. Eso no quiere decir que vayas a volverte verde brillante si le das un mordisco. No hay por qué preocuparse: tendrías que comer unos cinco millones de plátanos para convertirte en un zombi mutante. Es radiactivo porque, además, de todas las vitaminas que encuentras en las frutas normales como las manzanas y las peras, el plátano posee un ingrediente secreto llamado potasio-40. Eso significa que en cualquier momento hay un diez por ciento de posibilidades de que un plátano te envíe una ráfaga de rayos gamma debido a la desintegración de un átomo en su interior.

De modo que tomo el plátano que estaba sobre la cama y lo pongo en el suelo, junto al portátil, el contador Geiger digital y la caja de cartón. Si hay un diez por ciento de posibilidades de que el plátano se torne radiactivo, entonces según el libro de papá esto debería dividir el universo en dos. En un universo el plátano seguirá siendo inofensivo, mientras que en otro emitirá radiación en forma de rayos gamma. Si conecto el contador Geiger al ordenador cuántico de mamá, entonces quizá pueda hallar un atajo hacia el universo paralelo en el que eso ocurre. Decido llamar a mi idea la «teoría del plátano cuántico».

Pongo la caja de costado para que sea más fácil meterme dentro y conecto el contador Geiger al puerto USB del portátil. Dejo ambas cosas dentro de la caja y luego meto también el plátano.

Al asomarme al interior de la caja, veo que el indicador digital en la pantalla del contador Geiger muestra un gran cero CPM. CPM significa «cuentas por minuto»: cuanto más elevado el nivel de radiación, más cuentas por minuto recoge el contador Geiger. Por tanto, no hay ninguna señal de que el plátano vaya a desintegrarse. Es hora de empezar el experimento.

Estoy a punto de meterme en la caja cuando una ligera inquietud me detiene. Gracias a haber visto el programa de mi padre, sé que ha habido montones de científicos que han experimentado consigo mismos, y que eso no siempre ha salido bien. Para probar su teoría de que los rayos y la electricidad eran lo mismo, un científico llamado Benjamin Franklin voló

una cometa en medio de una tormenta. Demostró que estaba en lo cierto cuando un rayo alcanzó la cometa ¡y él recibió una descarga eléctrica tremenda! Luego estaba el tío que quería averiguar qué le ocurría al ser humano al viajar más rápido que la velocidad del sonido y se ató a un trineo propulsado por cohetes y casi pierde los ojos.

Experimentar con uno mismo puede ser un asunto arriesgado. ¿Cómo puedo saber con exactitud qué me ocurrirá cuando cierre la tapa de la caja? Necesito encontrar una forma segura de poner a prueba la teoría del plátano cuántico.

Es entonces cuando tengo mi segundo momento eureka del día. Al final, se me ocurre, Schrödinger estaba en lo cierto. Antes de meterme en una caja de cartón con un plátano radiactivo, necesito encontrar un gato con el que pueda probar lo que ocurre.

6

La única mascota que he tenido fue un hámster llamado *Hawking*. Mamá y papá me lo regalaron cuando cumplí diez años para intentar compensar el hecho de que hubiéramos tenido que regresar a Clackthorpe. Fue papá el que sugirió el nombre. Sin embargo, en ocasiones me gustaba llamarlo *Hawkeye*, «ojo de halcón», pues creía que sonaba más guay.

Por desgracia *Dylan*, el gato de la casa vecina, debió de pensar que se llamaba *Hamburguesa*, pues el día que le organicé a *Hawking* un recorrido en el patio trasero por el que pudiera correr, *Dylan* saltó la cerca y se lo comió. Yo solo le había dado la espalda un segundo, pero cuando me di la vuelta de nuevo *Dylan* estaba ya relamiéndose con mi hámster. Al oírme gritar, mamá llegó corriendo e intentó que *Dylan* lo dejara, pero ya era demasiado tarde.

Es gracioso: creo que lloré más cuando *Hawking* murió que cuando lo hizo mamá. No es que quisiera más al hámster que a mi madre. Para ser sincero, *Hawking* era un poco molesto a veces; por ejemplo, cuando le daba por correr en su chirriante rueda mientras yo intentaba dormirme. Creo que si lloré más cuando lo vi tirado en la hierba después de que *Dylan* hubiera salido espantado, fue porque entonces me di cuenta de que no había nada que yo pudiera hacer para arreglar las cosas. Ahora, en cambio, es diferente.

Dylan pertenece a la señora Carrington, la anciana loca que vive en la casa de al lado. Los pájaros ya nunca se dejan ver en nuestro patio trasero

debido al temor de que *Dylan* pueda estar acechando en algún lugar entre los arbustos, listo para saltar sobre ellos. Y cualquier gorrión que sea lo bastante tonto como para no leer el cartel de «CUIDADO CON EL GATO» que la señora Carrington tiene en la verja trasera termina como una mancha de kétchup junto a *Dylan*.

Dylan incluso se ganó una orden por conducta antisocial del consejo municipal. La orden dice que debe quedarse encerrado en casa los martes por la mañana, cuando pasa el camión de basura. La razón fue que *Dylan* le arrancó la cabellera a un basurero con las garras después de que este lo despertara de su siesta sobre el contenedor de reciclaje. La señora Carrington vino a quejarse de lo ocurrido y con una petición para que *Dylan* pudiera recuperar su libertad, pero papá estaba a punto de llevar a mamá al hospital y le dijo a la mujer que en ese momento tenía cosas más importantes que hacer.

Cuando la NASA decidió viajar a la Luna, eligió a los pilotos de pruebas más fuertes, los que más posibilidades tenían de sobrevivir al viaje. Si yo buscaba un gato para comprobar la teoría del plátano cuántico, entonces no tenía mejor candidato que *Dylan*. El único problema era cómo iba a conseguir meterlo en la caja.

En la cima de la pila de libros que tengo junto a la cama se encuentra uno de mis libros favoritos: *La guía de supervivencia de Snake Mason*. Es una publicación inspirada en mi programa de televisión favorito: *Supervivencia*. Snake Mason es un aventurero que recorre el mundo mostrándoles a los famosos cómo sobrevivir en la naturaleza. En su programa les ha enseñado a estrellas del pop cómo se lucha con cocodrilos, ha atrapado serpientes venenosas con jugadores de primera división y rescató a los protagonistas de un *reality* de tigres que hubieran sido capaces de devorar a un hombre. Si quiero atrapar a *Dylan* y vivir para contarlo, entonces necesito seguir los consejos del libro de Snake.

Ojeando con rapidez las páginas, encuentro un plan para atrapar tigres de Bengala cavando un hoyo trampa. Consiste en un hoyo profundo excavado en la tierra y cubierto de ramas y hojas para camuflarlo. Cuando, de paseo por la selva, el tigre de Bengala pisa el camuflaje, cae dentro del

hoyo y queda atrapado. En el libro, Snake dice que esta es una de las mejores formas de atrapar a un felino grande y peligroso.

Yo podría cavar un hoyo en el patio trasero, cubrirlo con ramas y hojas y limitarme a esperar a que *Dylan* realice su habitual ronda por el césped para mear en los lechos de flores y caiga en la trampa. Sin embargo, veo difícil que pueda llevar a cabo este plan sin que el abuelo Joe me vea y, por otro lado, mi padre se pondría de los nervios si cavo un hoyo en medio del césped.

De modo que es la segunda parte del plan de Snake la que me llama la atención.

Para capturar a este peligroso tigre será de gran ayuda dejar un rastro que pueda seguir. La carne de jabalí, cabra o ciervo puede emplearse como cebo para atraer al tigre hacia la trampa.

No creo que fabriquen comida para gatos con sabor a jabalí, y las únicas cabras y ciervos que hay cerca de aquí están en el zoo de Stormbridge. Pero es posible que en la cocina logre encontrar algo que me ayude a atraer a *Dylan* al interior de la caja.

Bajando por las escaleras, oigo los ronquidos del abuelo Joe, y al mirar dentro del salón lo encuentro profundamente dormido en su sillón, la boca abierta de par en par, mientras en la tele el doctor Brown le enseña a Marty MacFly su máquina del tiempo DeLorean. No habrá necesidad de explicarle al abuelo por qué busco comida para gatos en lugar de palomitas.

Gracias a un proyecto sobre mascotas que hicimos en la escuela sé que hay montones de alimentos que los gatos no pueden comer. Café, carnes frías, cebolla, chicle, chocolate... me acuerdo de todas esas porque la señorita Benjamin me dio la letra «C» para investigar. No consigo recordar todas las demás, pero mientras busco en los armarios de la cocina tengo muy claro que no quiero arriesgarme a escoger algo que vaya a envenenar a *Dylan*. No antes de que haya tenido la oportunidad de probar la teoría del plátano cuántico.

Encuentro lo que estoy buscando al fondo del armario de los cereales. Un paquete de galletas con pollo para gatos. Mamá las compró cuando la señora Carrington nos pidió cuidar de *Dylan* mientras visitaba a su hermana en Hull. Pero luego ocurrió el incidente con *Hawking* y mamá le dijo a la

señora Carrington que, dadas las circunstancias, pensaba que no podíamos ocuparnos de *Dylan*. La señora Carrington le dijo a mamá que yo no debería haber dejado que mi hámster corriera a sus anchas por el patio trasero y que *Dylan* probablemente pensó que se trataba de una rata. Lo cierto es que después de eso no volvieron a hablar mucho.

En un costado del paquete dice: *Estas sabrosas galletas harán las delicias de su gato. Una vez las pruebe solo tendrá que agitar el paquete para verlo llegar corriendo.* Lo único que espero es que sean lo bastante apetitosas como para tentar a *Dylan* a seguir mi rastro.

De regreso en mi dormitorio verifico que todo esté en su lugar. Pongo la caja de cartón mirando a la puerta, que dejo entornada para que *Dylan* pueda entrar con facilidad. En el fondo de la caja, el portátil de mamá sigue conectado al contador Geiger y el plátano convenientemente situado delante de él. Todo está listo, excepto yo.

Como es obvio, no voy a intentar atrapar a *Dylan*, el gato psicópata, sin algún tipo de protección. Cuando Snake Mason capturó al tigre devorador de hombres en el delta del Sundarbans, utilizó un mono camuflado hecho con Kevlar y un casco con una cara pintada en la parte posterior porque por lo general los tigres atacan por la espalda. Yo tendré que apañármelas con un par de guantes de jardinería, mi viejo equipo de protección para BMX (que ahora me queda dos tallas pequeño) y una máscara de payaso malvado de Halloween que me pongo del revés. Luzco ridículo, pero si eso me mantiene a salvo de las garras de *Dylan*, no me importa.

Con el paquete de galletas para gatos en mi mano enguantada, salgo al patio trasero. Estoy listo para dejar mi rastro.

Siento el estómago vibrar con pequeñas burbujas de excitación y no puedo impedir que se me escape un pequeño eructo. Si esto funciona, estaré un paso más cerca de encontrar a mamá.

Decido poner la primera galleta al final del sendero que atraviesa el jardín, junto al cobertizo, o lo que a mi padre le gusta llamar su taller, aunque ahora no entra allí prácticamente nunca pues se pasa todo el tiempo trabajando en el laboratorio en las profundidades de la mina. Los lechos de flores de esta parte son uno de los lugares en los que a *Dylan* le gusta

esconderse para emboscar a cualquier pájaro que cometa el error de aterrizar en nuestro patio.

Esta vez, sin embargo, no hay indicios de que *Dylan* esté acechando entre las plantas, y el único ruido que se oye es el zumbido de una abeja que vuela sobre los rosales. Ahora bien, Snake Mason dice que el sonido más peligroso que puedes oír en la selva es el silencio. El silencio es la señal de que un gran predador está merodeando y todos los animales se han dado el piro a toda velocidad. Por tanto, cuando hasta la abeja deja de zumbar, un sexto sentido para el peligro me hace dar media vuelta para toparme con *Dylan* agazapado delante del cobertizo, listo para lanzarse sobre su presa.

Mientras retrocedo muy lentamente, los ojos de *Dylan* captan la galleta de pollo que dejé caer en el sendero. Las galletas, es mi opinión, tienen más el aspecto de algo que un gato dejaría a su paso que de algo que les gustaría comer, pero *Dylan* debe de pensar diferente pues arquea la espalda y salta sobre la golosina. Un segundo después no queda nada de ella.

Lamiéndose los labios, *Dylan* vuelve a concentrar su atención en mí. Por su forma de caminar hacia donde estoy cualquiera diría que se está pavoneando. Debajo de mi equipo de protección siento el corazón golpeando contra el pecho.

—Gatito lindo —le digo, y continúo retrocediendo con lentitud.

Jugueteo con otra galleta en la palma de la mano, todavía enfundada en el guante de jardinería. Cada galleta pesa tres gramos y el paquete dice que el contenido total son sesenta gramos. Eso significa que me quedan diecinueve. He medido la distancia desde la caja de cartón en mi dormitorio hasta el cobertizo de papá y son treinta metros. Eso significa que puedo darle a *Dylan* una galleta cada metro y medio.

Sigo por el sendero del jardín hasta la cocina y luego vuelvo a subir por las escaleras (el abuelo continúa roncando), sacando con cuidado las sabrosas galletas de pollo y dejándolas para que *Dylan* se las coma de un bocado. Una por una. El paquete es más liviano con cada paso que doy, y mientras *Dylan* sube sigiloso el último escalón hacia mi habitación concentro todas mis esperanzas en que me queden suficientes para llevarlo hasta la caja de cartón.

Dentro de la caja puedo ver el brillo de la pantalla del portátil, los reflejos del flujo incesante de ceros y unos iluminan el contador Geiger. No hay todavía ningún ruido que indique que el plátano se ha vuelto radiactivo. Dejo caer en la mano el resto de las galletas. Solo quedan dos.

Dylan se detiene en seco y los pelos del lomo se le erizan cuando la puerta de la habitación se cierra detrás de su cola.

Ahora estoy atrapado en mi dormitorio con un gato psicópata.

Abro la mano temblorosa para enseñarle a *Dylan* las últimas galletas y luego, moviendo con rapidez la muñeca, las arrojo dentro de la caja de cartón abierta.

Dylan no necesita que se lo pida dos veces. Como un rayo peludo sale disparado hacia la caja. Y yo, con igual rapidez, cierro las solapas de la caja tras él, apoyo mi peso contra la tapa y me preparo para la explosión felina que inevitablemente tendrá lugar cuando *Dylan* descubra que está atrapado.

En el interior de la caja se oye el leve chasquido del contador Geiger seguido de un maullido desconcertado. Luego el maullido cesa de forma repentina, como si un gato hubiera sido expulsado de la cámara estanca de una nave espacial.

Espero un momento, procurando determinar si *Dylan* simplemente se ha atorado. Quizá se está haciendo el muerto para intentar engañarme y conseguir que abra la caja. Sin embargo, a medida que los segundos van pasando, sigo sin oír un solo sonido procedente del interior. Ni siquiera el más leve chasquido del contador Geiger.

Conteniendo la respiración, abro poco a poco las solapas de la caja, preparado para que *Dylan* salga de un salto con las garras por delante. No obstante, cuando miro dentro de la caja, todo lo que veo es el portátil, el plátano y el contador Geiger. No hay gato. *Dylan* ha desaparecido.

Mi cerebro intenta entender qué significa eso exactamente. Cuando Schrödinger puso el gato en la caja con un trozo de uranio radiactivo y una botella de veneno, sabía que el minino iba a terminar ya fuera vivo o muerto, o incluso ambas cosas a la vez. Pero a menos que el plátano radiactivo hubiera evaporado a *Dylan* solo hay una explicación para lo que acaba de ocurrir. La teoría del plátano cuántico funciona y *Dylan* se encuentra ahora en un universo paralelo.

Vuelvo a mirar el interior de la caja, los ceros y unos siguen desfilando por la pantalla del portátil. Mi cabeza es un frenesí de actividad debido a la excitación. Esta caja ha dejado de ser una caja: es una puerta a otra dimensión. Y es posible que al otro lado de esa puerta mamá me esté esperando.

No hay tiempo que perder. Es el momento de intentar repetir el experimento, esta vez conmigo como sujeto. Me meto dentro de la caja, las rodillas apretadas contra el pecho para caber dentro. Apenas si hay espacio, pero me las apaño para acomodarme y estiro el brazo para cerrar las solapas. Todo lo que tengo que hacer ahora es esperar a que el plátano emita un rayo gamma radiactivo y entonces el universo se dividirá en dos.

Mi estómago emite un quejido como el que hace al despegar la TARDIS, la nave del Doctor Who. Deben de ser los nervios o, quizás, una señal de que no debería haberme saltado la comida. La luz de la pantalla del portátil me permite ver el plátano descansando contra el contador Geiger digital, pero aunque mi estómago sigue rugiendo no creo que sea una buena idea comerme una parte del experimento.

Me siento como un astronauta sentado en un cohete mientras la cuenta regresiva llega a cero. La adrenalina fluye por mi interior y concentro todos mis esfuerzos en mantenerme quieto.

Abajo, el abuelo Joe probablemente sigue dormido delante de *Regreso al futuro* mientras que papá está en el laboratorio subterráneo intentando resolver los misterios del universo para fingir que todo está bien. ¿Yo? Yo de verdad estoy resolviendo esos misterios. Yo voy a reencontrarme con mamá.

Es entonces cuando oigo el chasquido, el revelador sonido mediante el cual el contador Geiger me dice que una partícula radiactiva dentro del plátano acaba de emitir radiación. Me pongo tenso a la espera de que el universo se divida en dos. Como he visto muchísimas películas de ciencia ficción, lo que imagino es que la caja empezará a sacudirse hasta hacerse pedazos y habrá luces brillantes y demás efectos especiales de verdad impresionantes; sin embargo, todo lo que percibo es que el portátil de mamá hace un pitido, y luego los chasquidos se detienen.

¿Esto es todo?

Con nerviosismo abro la tapa de la caja y me asomo al exterior. Puedo ver el telescopio aún apuntando hacia la claraboya, las pilas de libros, tebeos y cajas de cartón que abarrotan el suelo. Con el corazón encogido, salgo de la caja.

Nada ha cambiado. Allí está el escritorio y la silla giratoria, el mapa del sistema solar sigue desplegado en la pared junto a la cama. No ha funcionado.

Siento cómo las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos. Papá estaba equivocado. La física cuántica es un montón de chorradas. Los universos paralelos no existen. Solo tienes un mundo. Solo tienes una madre. Y yo nunca volveré a ver a la mía.

Con rabia, me froto los ojos y es entonces cuando advierto que algo no está del todo bien.

El póster del sistema solar que tengo encima de la cama debería tener ocho planetas alineados de izquierda a derecha: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Pero en cambio este póster parece mostrar nueve.

Niego con la cabeza, pensando que he debido de frotarme los ojos con demasiada fuerza. Pero, cuando vuelvo a mirar, sigue habiendo un planeta completamente nuevo entre Júpiter y Marte.

Observo el póster con atención e incredulidad, intentando encontrarle un sentido. En lugar del cinturón de asteroides hay un planeta color púrpura brillante flotando donde no debería haber ningún planeta. La leyenda del mapa me proporciona el nombre de ese planeta: Ceres.

Cuando me doy cuenta de lo que eso significa, no puedo evitar sonreír. El libro de papá decía que un universo paralelo podía diferenciarse del nuestro apenas por un cambio pequeñito. Pues bien, he de reconocer que un planeta completamente nuevo en el sistema solar cuenta como un cambio bastante grande. La teoría del plátano cuántico de verdad funciona. Tengo que estar en un universo paralelo.

—¿Qué demonios...?

El sonido de mi propia voz me hace dar media vuelta. Delante de mí está... bueno, estoy yo. La misma cara, el mismo pelo, el mismo uniforme escolar. Es como mirarme en un espejo salvo que este Albie no tiene puesto

un equipo de protección para BMX, guantes de jardinería y una máscara de payaso malvado puesta del revés.

Abro la boca para empezar a explicar quién soy exactamente, cómo he llegado desde un universo paralelo y cómo ahora todo va a estar bien.

Y es entonces cuando ese otro Albie me da un puñetazo en la cara.

7

Sir Isaac Newton inventó la gravedad. Bueno, no la inventó, pero sin duda la descubrió. Un día estaba sentado debajo de un árbol ocupado en sus asuntos cuando una manzana cayó del árbol y le golpeó la cabeza. La mayoría de las personas normales y corrientes se limitarían a pensar: «¡Ay!» o «¿Quién me mandó sentarme debajo de este condenado árbol?». Pero sir Isaac Newton era un científico y en lugar de ello se preguntó por qué las manzanas siempre caían hacia abajo y no hacia arriba.

Newton resolvió que la razón era la gravedad y propuso sus tres leyes del movimiento para describir de forma científica cómo se mueven las cosas. La tercera ley del movimiento de Newton dice que para toda acción hay una reacción igual y opuesta. Por tanto, cuando el Albie de este universo alternativo me golpea en la cara, yo termino golpeando el suelo.

Ahora bien, no es que me haya noqueado con un solo puñetazo. Lo que ocurre es que al retroceder sorprendido por el golpe tropiezo con una pila de tebeos, me doy en la cabeza contra el borde del escritorio y es entonces cuando pierdo el sentido.

Cundo vuelvo a abrir los ojos, descubro que mi gemelo malvado del universo paralelo me ha atado a una silla giratoria con cinta americana y ahora se inclina sobre mí con un compás en la mano. Y por la expresión de su rostro no parece que se proponga emplearlo para labores muy matemáticas que digamos.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —dice al tiempo que, amenazador, apunta el compás en mi dirección.

Quisiera intentar explicarle que he usado un ordenador cuántico, un contador Geiger y un plátano para viajar desde otro universo dentro de una caja de cartón, y que estoy buscando a mi madre para arreglarlo todo. Quisiera incluso preguntarle si ha visto al gato de mi vecina, pero dado que la cinta americana me tapa la boca lo único que consigo articular es algo como: «¡mff-SMURGLE-FLURGLE-GURGLE-mff!».

Además de la boca, también tengo los brazos y las piernas envueltos en cinta americana, lo que me mantiene sujeto a la silla. Tiro para intentar liberarme, pero eso solo sirve para hacer girar la silla y termino torcido en una incómoda posición.

El otro Albie se inclina hacia delante, la punta del compás peligrosamente cerca de varios de mis órganos vitales así como de unos cuantos más que probablemente no sean vitales, pero a los que de todas formas estoy apegado. En el pecho, el corazón late más rápido que un átomo circulando a toda velocidad por el Gran Colisionador de Hadrones. Bueno, quizá no tan rápido, pues en tal caso terminaría sufriendo un grave ataque cardiaco, pero sí lo bastante rápido como para evidenciar que estoy muy nervioso por toda la situación.

No porque esté asustado, aunque ciertamente no puedo quitarle los ojos de encima al compás, sino por la locura absoluta de estar viendo mi propia cara mirarme fijamente. Quizá pienses que todos los días ves tu propia cara en el espejo, pero lo cierto es que tú nunca te ves la cara de la misma forma en que la ven los demás. La cara que ves en el espejo está invertida. Si tienes una mancha en la mejilla derecha, el espejo te la muestra en la izquierda. Prueba tú mismo: sostén este libro delante de un espejo y verás que las palabras en las páginas parecen escritas al contrario. Por tanto, esta es la primera vez que tengo la oportunidad de ver qué aspecto tengo de verdad. Y para decirte la verdad la experiencia es un poco espeluznante.

El Albie de este universo paralelo (me limitaré a llamarlo Albie Malo para abreviar) tiene los mismos ojos verdes, el mismo pelo castaño oscuro, la misma boca y la misma nariz e incluso el mismo lunar en la mejilla que yo. De hecho, puedo verle partes de mi cara que nunca podría ver de forma

adecuada en un espejo, como el interior de la oreja y la parte inferior del mentón. Todos esos rasgos están unidos exactamente de la misma forma y, no obstante, este Albie luce diferente. Parece eso, malo.

—Sé lo que eres —masculla Albie Malo estirando el brazo para quitarme la cinta que me tapa la boca—: Eres un clon.

—¡Ay!

Aunque debería corregir esa idea de inmediato, estoy demasiado ocupado comprobando que no me haya arrancado media cara junto con el trozo de cinta americana.

—Así que eres el proyecto científico secreto en el que mi padre ha estado trabajando durante el último año —prosigue—. Todo el tiempo me dijo que estaba dedicado a perfeccionar la fusión fría cuando, en realidad, lo que hacía era crear un clon de mí.

Mientras Albie Malo me farfulla todo eso en la oreja, siento un vacío repentino en el estómago (una reacción retardada al viaje a un universo paralelo, supongo) y vomito por todo el suelo.

—¡Oh, no! ¡No en mis tebeos de los X-Men!

Por suerte, el haber expulsado mis entrañas sobre su colección de tebeos convence a Albie Malo de quitarme el resto de la cinta que me mantiene prisionero. Tras usar una toalla para cubrir el estropicio, se sienta en el borde de mi cama, su cama, quiero decir, y me mira fijamente.

—No vas a volver a vomitar, ¿verdad? —pregunta—. Seguro que es un efecto secundario de todas las drogas clonadoras que mi padre te ha dado.

Todavía tengo náuseas, pero me las arreglo para negar con la cabeza.

—No soy un clon —le digo.

Albie Malo se ríe con amargura.

—Por supuesto que eres un clon. Solo mírate.

En mi habitación hay un espejo en la pared enfrente de mí y al alzar la mirada veo que en esta también es así. Mi reflejo me devuelve la mirada con el Albie alternativo sentado junto a mí, cada uno creando su propia imagen especular.

—¿Y cuál era el plan de mi padre? —pregunta Albie Malo—. ¿Crear una nueva familia feliz con mi yo verdadero fuera de la ecuación? ¿Debías secuestrarme y ocupar mi lugar para representar el papel del hijo perfecto?

¿Le doy demasiados problemas ahora que es el científico superestrella de la televisión? ¿No tiene bastante con dejarme tirado en este pueblo estúpido mientras él vuela a la Casa Blanca? Sé que después de ese último castigo en la escuela me dijo que no volvería a haber advertencias, pero nunca se me ocurrió que pensara reemplazarme con un clon programado.

A medida que Albie Malo va soltando su enloquecida teoría me siento cada vez más mareado. Es posible que esté en un universo paralelo, pero no parece que la situación de mi padre, la superestrella científica, haya cambiado mucho. Sin embargo, ¿qué son todas esas tonterías acerca del secuestro y los clones?

Espera un minuto. ¿Acaba de mencionar la Casa Blanca?

—¿Qué quieres decir con la Casa Blanca?

—¡Bah! —Albie Malo pone una mueca como si le estuviera hablando a la persona más estúpida del universo—. ¿Acaso las drogas clonadoras también te frieron el seso? La Casa Blanca es donde vive el presidente de Estados Unidos.

Entonces saca su teléfono móvil y activa la pantalla.

—Echa un vistazo. Mi padre ha tuiteado esto hace un par de horas.

Bajo la vista y me topo con una imagen de la cara de papá mirándome desde su perfil de Twitter.

@DrBenBright

Físico. Filántropo. Padre.

Inventor de la fusión fría. Aficionado al café caliente.

TWEETS	SIGUIENDO	SEGUIDORES	FAVORITOS
4.572	**314**	**61.3 M**	**37**

Mi gemelo malvado pulsa el último tuit de papá, que aumenta hasta llenar la pantalla del teléfono.

Ben Bright @DrBenBright · 2h

Encantado de conocer al presidente Cruise y anunciar la construcción de la siguiente oleada de reactores de fusión fría a lo largo de EE.UU. #FundaciónCEB

Bajo este tuit hay una fotografía de mi padre en el Despacho Oval de la Casa Blanca, estrechando la mano de alguien que parece una estrella de Hollywood. Mientras la amplia sonrisa del presidente encandila a la cámara, mi padre apenas luce una sonrisa de empollón como si no acabara de creerse a quién le está estrechando la mano. Y tampoco yo me lo creo.

En su programa de televisión papá suele codearse con estrellas del pop y famosos, ya sabes, comediantes a los que pueda empujar a un tanque repleto de Coca Cola vestidos con un traje hecho de Mentos. Pero en esta fotografía le está estrechando la mano al presidente de Estados Unidos de este mundo paralelo.

Miro a Albie Malo mientras desliza el dedo sobre la pantalla para hacer desaparecer la foto y empiezo a darme cuenta de que el planeta completamente nuevo entre Júpiter y Marte no es la única diferencia entre su universo y el mío. En este universo, el perfil de Twitter de papá dice que es el inventor de la fusión fría, pero no tengo ni idea de lo que eso significa.

—¿Qué es la fusión fría?

Veo cómo la expresión de Albie Malo se endurece a medida que frunce el ceño.

—¿No sabes nada, Chico Clon? —dice con desprecio—. No vas a conseguir engañar a nadie haciéndote pasar por mí si ni siquiera sabes un simple dato como ese. La fusión fría es el brillante invento de mi padre: el invento que debería haberlo hecho multimillonario. Energía nuclear producida por un generador de fusión del tamaño de un horno microondas. El poder de las estrellas al alcance de todos los hogares y empresas del mundo entero: seguro, frío y limpio. No más calentamiento global, no más escasez de alimentos, no más pobreza. Energía ilimitada para ayudar a resolver todos los problemas que el mundo ha conocido a lo largo de la

historia. Y todo eso lo regala gratis la estúpida organización benéfica de mi padre: la Fundación CEB.

El Albie de este universo alternativo de verdad empieza a fastidiarme. Si mi padre es un genio científico en este mundo paralelo, ¿por qué soy yo semejante idiota? Intento mantener la calma. No he llegado hasta aquí para ponerme a discutir conmigo mismo. He venido aquí para buscar a mi madre.

—Y ¿qué piensa mamá de todo eso? —le pregunto, intentando no sonar en absoluto sarcástico—. Seguro que ella tiene algo que decir si averigua que papá planea cambiarte por un clon.

Albie Malo me mira como si acabara de pedirle que saltara en un agujero negro.

—Mi madre está muerta —pronuncia las palabras como si las escupiera, una a una, la cara enrojecida de ira—. Murió de cáncer cuando yo solo era un bebé.

De repente es como si se me congelara el corazón dentro del pecho. No. No es posible. Ella no puede estar muerta. No aquí. Papá dijo que la física cuántica probaba que mamá seguiría viva en un universo paralelo. Pero según Albie Malo eso sencillamente no es cierto.

—Es probable que tengas su nombre estampado en la planta del pie —dice, los ojos llenos de odio clavados en mí—. La Fundación Charlotte Elizabeth Bright es la que produce todas las invenciones de papá: desde la fusión fría hasta los clones. Él dice que le puso a la fundación el nombre de mamá para mantener viva su memoria, pero tiene prisa por olvidarse de mí. Tú eres la prueba de eso.

Levanto la cabeza hacia el póster del sistema solar que cuelga por encima de la cabeza de Albie Malo y mi mirada se pierde en el espacio. El planeta púrpura brillante entre Júpiter y Marte se torna borroso a medida que los ojos se me llenan de lágrimas. Papá dijo que un universo paralelo podría diferenciarse del nuestro solo por un cambio pequeñito, y en este universo he dado con el cambio equivocado.

El dolor que me produce el agujero negro del corazón es todavía más fuerte. Si tuviera una Estrella de la Muerte volaría en pedazos ese nuevo planeta. Pero en mi interior sé que eso tampoco me devolvería a mamá.

Me seco los ojos con rabia. Siento que la estoy perdiendo de nuevo. Nada de eso parece importarle a este otro Albie.

Detrás de él veo la caja de cartón, todavía de lado. Al fondo, en las sombras, series interminables de ceros y unos continúan desfilando por la pantalla del portátil de mamá. Sigue conectado al contador Geiger y el plátano sigue al lado, listo para emitir radiactividad de nuevo. Todo lo que tengo que hacer es esperar a que Albie Malo me dé la espalda, entonces podré meterme sigilosamente en la caja y escapar de este estúpido universo paralelo.

Pero en lugar de darme la espalda sigue mirándome fijamente y poco a poco una sonrisa maligna se despliega en su cara.

De repente me siento como si estuviera en uno de esos dibujos animados en los que el conejo de la suerte y el pato Lucas están hambrientos y Bugs comienza a imaginarse que Lucas se ha convertido en un perrito caliente gigante. O al menos esa es la forma en la que Albie Malo parece estar mirándome ahora.

—¿Qué? —le pregunto, todavía intentando calcular cuánto tiempo necesito para meterme en la caja.

—Si mi padre ha hecho un clon para ponerme bajo control, entonces lo mejor es que empieces a hacer tu trabajo —dice—. Si quiere que me porte bien en la escuela, entonces *tú* irás a la escuela en mi lugar.

Lo miro a los ojos con incredulidad. Ni hablar. No he viajado a un universo paralelo solo para regresar a la escuela. Vuelvo a mirar de reojo la caja de cartón, procurando decidir si podría arrojarme hasta ella y escapar. No: no tengo posibilidades. Ni siquiera tendría tiempo de cerrar la tapa.

—No puedo —le digo—. No puedo ir a la escuela en tu lugar —balbuceo las palabras mientras mi cerebro zumba, esforzándose por pensar una buena excusa—. Es como acabas de decir: no sé nada. ¿Cómo voy a convencer a alguien de que soy tú?

—Eres un *clon* —me espeta él con un leve tono amenazador—. Eso es lo que los clones hacen: fingir ser lo que no son. Si mi padre quiere un hijo perfecto, entonces tú serás el encargado de convertirte en el primero de la clase. Entretanto, yo puedo quedarme aquí y relajarme.

Recoge el compás que había dejado en la mesa del escritorio y lo agita en mi dirección.

—Además, ya estás disfrazado para el papel. Una vez te quites esa estúpida máscara y el equipo de protección. Pensaba que papá lo había tirado el año pasado cuando cambié la bici BMX por el escúter-aerodeslizador.

Abro la boca para protestar, pero me apresuro a cerrarla de nuevo cuando Albie Malo pincha con el compás la parte delantera de mi coraza protectora.

—Veamos qué tal haces de mí, Chico Clon.

8

Avanzo hacia la escuela primaria de Clackthorpe, pisoteando con fuerza el pavimento y asegurándome de hacerlo en cada grieta del camino. Llevo a la espalda la mochila de Albie Malo, que me ha puesto en las manos después de obligarme a salir de la casa a punta de compás. En mi cabeza se ha formado un remolino de tacos, cada uno de los cuales serviría para que me expulsaran de la escuela si llegara a brotar de mi boca.

Mientras miro a mi alrededor intento repasar cómo he terminado atrapado en esta pesadilla. Las calles lucen todas iguales. Las casas lucen todas iguales. Todos los coches se encuentran estacionados exactamente en el mismo lugar en el que los veo cada día de camino a la escuela. Giro a la izquierda al final de la calle Sharman y continúo por la calle Appleton antes de girar a la derecha en la avenida Priestley, donde las puertas de la escuela primaria de Clackthorpe me esperan al otro lado de la calle.

Todo es igual. Todos y cada uno de los objetos. Y en este estúpido universo mi madre sigue estando muerta.

Es solo después de empezar a cruzar la calle que advierto la primera gran diferencia. Un chillido de frenos y el súbito estrépito de una bocina me dan tal susto que casi se me sale el corazón por la boca.

—¡Tarado! ¿Qué crees que estás haciendo?

Con el corazón martilleando en el pecho, miro a la izquierda y me topo con un hombre de aspecto furioso, apoyado hacia fuera en la ventanilla de

una furgoneta blanca.

—¿Es que en la escuela no os enseñan cómo cruzar la calle? ¡Casi te atropello!

Estoy absolutamente confundido. Miro a la derecha y luego a la izquierda y luego de nuevo a la derecha: esa furgoneta ha salido de la nada y estaba circulando por el lado equivocado de la vía.

—Pero... pero...

Pero antes siquiera de que pueda empezar a protestar veo otro coche detenerse detrás del hombre de la furgoneta, y luego un escúter pasa zumbando por el otro lado de la calle. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda: ¡todos conducen por el lado equivocado de la vía!

Niego con la cabeza confundido, intentando entender por qué todos en Clackthorpe han olvidado de repente cómo conducir. Luego recuerdo lo que decía el libro de papá: *Un cambio pequeñito...*

¡Por supuesto! En este universo paralelo la gente debe de conducir por el lado contrario. Fue por eso que no vi la furgoneta hasta que estuvo a punto de atropellarme.

El coche que está detrás hace sonar su bocina, así que levanto la mano para disculparme y me aseguro de mirar a ambos lados de la calle antes de cruzarla rumbo a la seguridad de las puertas de la escuela.

—No dejes la cabeza en las nubes la próxima vez que cruces una calle —me grita el hombre de la furgoneta blanca antes de pisar el acelerador—. Recuerda que estás en el planeta Tierra con el resto de nosotros.

Mientras corro a través del patio de recreo vacío, pienso que solo desearía saber de verdad en qué planeta Tierra estoy.

Cuando abro la puerta de la clase de sexto grado, me resulta evidente que he llegado tarde, de nuevo. El resto de alumnos están sentados en sus mesas mientras la señorita Benjamin pasa lista.

—¿Kiran?

—Presente, señorita.

—¿Olivia?

—Aquí, señorita.

Con nerviosismo exploro la clase en busca de cualquier pequeño cambio en las caras de mis compañeros. Todos lucen exactamente igual. Intento llamar la atención de Kiran, que está sentado en nuestro puesto habitual al frente de la clase, pero su mirada me traspasa como si no existiera.

—¿Albie? —llama la señorita Benjamin.

—Aquí, señorita —respondo de forma automática, y cuando se gira en su silla para mirarme me llevo mi siguiente sorpresa.

Es vieja. Quiero decir: vieja de verdad. En mi universo la señorita Benjamin ya es un poco mayor (creo que debe de tener por lo menos veinticinco o veintiséis años). Pero en este universo paralelo tiene cantidades de arrugas alrededor de los ojos, y bajo el pelo teñido de rubio asoman mechones canosos. Parece más una pensionista que una maestra en prácticas.

—Llegas tarde, Albie —dice, golpeteando en su reloj con impaciencia —. Otra vez.

Miro a la señorita Benjamin fijamente sin dar crédito a lo que veo. ¿Cómo es posible que el resto de la clase luzca exactamente igual y en cambio ella parezca haber sido atropellada por una máquina del tiempo?

—No te quedes ahí de pie, Albie —suspira—. ¿Qué rayos te pasa?

Las palabras escapan de mi boca antes de que mi cerebro tenga oportunidad de cancelarlas:

—Señorita, es usted tan vieja...

Eso no es en absoluto lo mejor que podría decir. Mientras una oleada de risas recorre la clase, el ojo izquierdo de la señorita Benjamin comienza a temblar debajo de las patas de gallo.

—Siéntate, Albie —espeta—. O de lo contrario tendrás que irte a estudiar al despacho del director mientras el resto de la clase viene conmigo al museo.

Mientras mi cara se enciende de rojo, siento una gran decepción. Mi profesora quizá se haya vuelto geriátrica, quizás haya un nuevo planeta entre Júpiter y Marte, pero de algún modo parece que la única salida escolar que los estudiantes de sexto podemos hacer es al Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe.

Bajo la cabeza, y mientras la señorita Benjamin continúa pasando lista me encamino hacia mi lugar habitual al lado de Kiran. Sin embargo, cuando me siento Kiran me mira como si tuviera dos cabezas o algo.

—¿Qué estás haciendo? —me susurra.

—¿Qué quieres decir? —le replico, susurrando también para evitar llamar la atención de la señorita Benjamin—. Soy yo, Albie.

—Sabes que no se te permite sentarte a mi lado —responde Kiran, frunciendo el ceño con tanto enfado que su frente podría hacerle competencia a las arrugas de la señorita Benjamin—. Está en tu contrato de conducta.

Al comienzo de cada año escolar la señorita Benjamin nos da a cada uno un contrato de conducta en el que figuran las reglas que ella espera que cumplas en la escuela, cosas como no gritar, no parlotear mientras la maestra está hablando, no hacer ruidos estridentes y repentinos en el aula durante la clase. Aunque el contrato de conducta de Wesley MacNamara tiene cuatro folios, la mayoría de los alumnos solo recibe dos o tres reglas que hay que obedecer. No tengo ni idea de por qué el contrato de Albie Malo dice que no se me permite sentarme junto al mejor amigo que tengo en la escuela.

Toda la frustración por lo que ha salido mal desde que salí de la caja de cartón en este estúpido universo de repente sale a la superficie.

—Eso es ridículo —le digo a Kiran mientras la señorita Benjamin continúa llamando a lista—. ¿Por qué no quiere ella que me siente a tu lado?

—Porque yo se lo pedí —me suelta mi mejor amigo—. Por tu culpa terminé acusado de haber dejado salir al *Señor Mocos* de su jaula. Cuando saltó por la ventana del aula y se lo comió ese gato loco que apareció de la nada, fue a mí al que castigaron.

¡Espera un minuto! Eso no fue así. Fue Wesley MacNamara quien dejó escapar al *Señor Mocos* de su jaula, no yo. Y, además, la señorita Benjamin lo detuvo antes de que escapara por la ventana. Aunque, claro, en este universo paralelo debió de ser Albie Malo...

—Y si no hubiera sido por ti, habría ganado el primer premio en la Feria de la Ciencia —añade Kiran todavía con el ceño fruncido—. Pero pensaste

que sería gracioso reventar mis globos antes de que tuviera al menos la oportunidad de lanzar mi misión espacial.

Niego con la cabeza. Yo no haría eso, no a mi mejor amigo.

—Y ahora quieres involucrarme en ese plan demente para tener a quien echarle la culpa cuando todo salga mal.

—No sé de qué me hablas —digo, más y más confundido con cada cosa nueva que Kiran dice—. ¿A qué plan demente te refieres?

Kiran me mira como si acabara de tirarme un pedo en la cámara estanca de la Estación Espacial Internacional.

—Déjame en paz, Albie —susurra—. No quiero ser tu amigo nunca más.

Kiran es mi mejor amigo de la clase. Es mi único amigo de la clase. O al menos solía serlo, en otro universo. Justo cuando pensaba que las cosas no podían empeorar más, este mundo paralelo me demuestra de nuevo que estoy equivocado.

Cuando era pequeño, mamá y papá me llevaron al parque de atracciones de Ginebra. Lo pasamos superbién en los autos de choque, el barco pirata e incluso en el tren fantasma, pero todo se arruinó cuando me perdí en el salón de los espejos. Yo estaba con mamá, riéndonos de nuestros chistosos reflejos, pero entonces me adelanté para ver lo que nos aguardaba y al volverme ella había desaparecido. Lo único que podía ver eran copias infinitas de mí mismo.

Todo estaba retorcido. Nada se veía bien. Mi propia cara se distorsionaba de forma tan aterradora que ni siquiera podía reconocerme. Debió de pasar menos de un minuto hasta que mamá me encontró de nuevo, pero nunca olvidaré lo asustado que me sentí.

Y así es como me siento ahora. Todo está retorcido y mal. No reconozco al Albie Bright de este universo. ¿Qué pudo pasarle para que se convirtiera en semejante idiota?

Entonces recuerdo que él perdió a su madre, al igual que yo, pero la diferencia es que Albie Malo la perdió cuando era solo un bebé. ¿Fue eso lo que lo hizo retorcido en su interior? Y si es así, ¿significa eso que yo también terminaré convertido en un idiota?

Lo único que deseo es arrastrarme hasta el interior de la caja de cartón de mi dormitorio y esperar a que la teoría del plátano cuántico pueda sacarme de este lugar. Pero en este preciso instante no hay posibilidades de que pueda hacer eso y el final del pase de lista devuelve mi atención a un problema más inmediato.

—Muy bien, chicos, hoy vamos a ir al museo y quiero que todos os comportéis muy bien —dice la maestra. A medida que recorre la clase con la mirada veo temblar su párpado izquierdo y, cuando sus ojos finalmente se posan en mí, sus todavía sorprendentes arrugas se pliegan en un ceño fruncido—: Y eso te incluye a ti, Albie Bright. Ahora salid y formad una fila para que podamos ponernos en marcha.

Cada vez que salimos de la escuela la señorita Benjamin nos hace caminar en «cocodrilo». Eso no significa que use sus facultades extraterrestres para cambiar de forma y nos convierta en reptiles anfibios verdes y escamosos de dientes enormes (aunque sin duda Wesley MacNamara quedaría muy impresionado si lo hiciera). Cuando caminamos en cocodrilo, la señorita Benjamin va a la cabeza y todos los demás hemos de seguirla en fila, caminando de dos en dos, con nuestra pareja de cocodrilo.

Por lo general, mi pareja de cocodrilo es Kiran, así que me siento bastante perdido cuando lo veo formando en el patio con Timothy Chase. Cuando la señorita Benjamin comienza a recorrer la fila para comprobar que estemos en nuestros puestos, tengo la impresión de que toda la clase ya tiene pareja. Empiezo a entrar en pánico ante la idea de terminar caminando de la mano con mi anciana profesora cuando Victoria Barnes sale de la nada y enlaza su brazo con el mío.

—¿Buscando una nueva pareja de cocodrilo? —me pregunta, echándose la melena rubia por encima del hombro como una aprendiz de supermodelo —. ¿Es que mi novio es demasiado guay para llevarme al museo de su padre?

La pregunta me deja boquiabierto y mudo al mismo tiempo. La razón de ello es que mi cerebro acaba de entrar en ciclo de centrifugado y todos mis pensamientos chapotean en mi cabeza al triple de la velocidad normal.

Victoria Barnes me ha cogido de la mano. La chica más popular de la escuela acaba de decirme que soy su novio. ¿Qué nueva locura es esta?

Mi estropeado cerebro envía un mensaje a la boca y de repente me descubro repitiendo las palabras de Victoria como una impresora con un error del sistema.

—Novio... llevar... museo.

La cara se me pone roja tan rápido que me doy cuenta de lo estúpido que suena eso, pero Victoria se limita a reírse como si pensara que se trata de un chiste.

—Yo novio. Yo llevar —dice con una voz fingida de cavernícola de dibujos animados—. Eres tan gracioso, Albie.

Y entonces me aprieta la mano.

Eso solo sirve para que mi cara se torne más roja aún. Creo que prefería cuando me llamaba Lerdo Baboso.

En la cabeza de la fila, la señorita Benjamin pone en marcha el cocodrilo con una señal.

—Muy bien, chicos, seguidme y no olvidéis estar atentos a los coches y solo cruzar en verde.

La señorita Benjamin gira a la derecha, guiándonos fuera del patio de recreo, y el cocodrilo la sigue en fila. Otras escuelas realizan excursiones a Londres para visitar el Museo de Historia Natural o se desplazan a Manchester para explorar el Museo de la Ciencia y la Industria; nosotros, en cambio, solo podemos caminar media calle hasta el Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe.

Sin embargo, no tengo tiempo de quejarme de la calidad de nuestras actividades extracurriculares porque Victoria me lanza otra pregunta.

—Y entonces: ¿preparado para la fiesta de cumpleaños de mañana? —Sus ojos azules brillan de excitación—. Va a ser estupenda. No te olvides. Empieza a las siete en el salón de fiestas. Habrá DJ, fotomatón y a que no adivinas qué más...

Todo ello me suena extrañamente familiar.

—¿Un concurso de baile?

—¡Sí! —celebra Victoria con una sonrisa triunfal—. ¡Vamos a ganarlo sin duda!

—Pero yo no sé bailar —protesto, pensando que no voy a ir a la fiesta de Victoria ni de coña.

—No te preocupes. Quedé tercera en las eliminatorias regionales de «Buscando a una estrella de baile juvenil» —me dice, abriendo y cerrando los párpados con falsa modestia—. En tango tuve las mejores puntuaciones. Y espera a que veas el precioso vestido que mamá me ha comprado: ese viejo trapo rojo con lentejuelas me hacía parecer un tomate.

Yo he bailado muy pocas veces en la vida y siempre en la cocina, con mi madre. Cuando papá estaba de viaje, mamá solía poner sus canciones favoritas de la época en que se conocieron y juntos inventábamos locos pasos de baile mientras comíamos pizza. Recuerdo que había una canción en la que mamá se salía con lo que llamaba sus «pasos de hip-hop de la vieja escuela», lo que incluía ponerse hacia atrás su gorra del bosón de Higgs y rapear al compás de la melodía intergaláctica. Un día me hizo reír tanto que la pizza se me salió por la nariz.

—¿Te pasa algo? —pregunta Victoria, que advierte antes que yo que los ojos se me han aguado.

—No. Es solo alergia al polen —contesto rápidamente, y busco en el bolsillo un pañuelo desechable para secar los recuerdos.

El cocodrilo se detiene delante del museo, y cuando termino de limpiarme los ojos recibo mi siguiente gran sorpresa.

En mi universo, el Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe es una vieja casa independiente que parece más una tienda de antigüedades polvorienta o uno de esos hoteles en ruinas que suelen aparecer en las películas de terror.

En cambio, el enorme edificio que tengo delante está hecho de cristal y acero, una mole de ángulos de noventa grados y líneas rectas que suben hasta el cielo. Es como si una nave extraterrestre se hubiera equivocado de dirección en Marte y terminado aterrizando en Clackthorpe por error. Me froto los ojos, convencido de que esta vez sí tengo que estar soñando. Pero la nave espacial no despega. En lugar de ello, veo el cartel que se alza sobre la entrada al tiempo que la señorita Benjamin comienza a dirigir la clase al interior.

Mientras Victoria se apresura a seguir a los demás con un chillido de excitación, yo me siento de repente muy, muy lejos de casa.

9

—Bienvenidos a Fusión.

La sorpresa me deja boquiabierto: papá nos saluda a mí y al resto de la clase mientras esperamos en el enorme vestíbulo.

—En este museo interactivo descubriréis los secretos del universo sumergiéndoos en ellos. ¿Os atrevéis a mirar en el espejo del infinito? ¿O a dar una vuelta, casi a la velocidad de la luz, en el Gran Colisionador de Hadrones? Desde el Refrescador, donde aprenderéis cómo la fusión fría emplea la energía de las estrellas, hasta el Detector de Materia Oscura, donde buscaréis el ingrediente secreto del espacio mismo, todas las exposiciones interactivas están diseñadas para ayudaros a aprender cómo la ciencia consigue explicar las maravillas del universo.

Por supuesto, se trata solo de un holograma: una imagen tridimensional de tamaño natural de mi padre proyectada sobre una plataforma elevada en la entrada del museo. El verdadero doctor Ben Bright se encuentra al otro lado del océano Atlántico, probablemente desayunando en la Casa Blanca, pero el holograma tiene un aspecto tan realista que no puedo evitar estirar el brazo para tocarlo.

—¡Albie! —La voz de la señorita Benjamin resuena con un tono de advertencia.

Una colección de puntos coloreados recorre mi mano a medida que atraviesa la imagen de mi padre; son los rayos de luz que convergen para

crear el holograma: un truco barato para hacerte creer que el profesor Ben Bright de verdad está aquí. Incluso en este universo paralelo, la única oportunidad que tengo de ver a mi padre es virtual.

—Antes de que os marchéis tendréis incluso ocasión de inventar vuestro propio experimento en la Zona Eureka. —El holograma de mi padre me mira ahora directamente, el gesto repentinamente serio—. ¿Quién sabe? Quizás incluso podáis hacer un descubrimiento capaz de cambiar el universo.

Pienso en la teoría del plátano cuántico: el portátil de mi madre conectado al contador Geiger mientras dentro de la caja de cartón el plátano poco a poco se torna marrón. «Ya lo he hecho, papá. Pero no puedo contártelo porque no estás aquí.»

Cuando el holograma de papá se desvanece, la señorita Benjamin da una palmada para captar nuestra atención.

—Muy bien, chicos. Quiero que penséis acerca de las cuestiones que hemos estado indagando en clase. ¿De dónde viene la energía? ¿De qué está hecha? ¿Cómo de rápida es la luz? Hoy vais a tener que participar activamente para descubrir las respuestas a todas esas preguntas y otras más. Trabajad con vuestros grupos y explorad las exposiciones. A las doce nos reuniremos todos de nuevo en el Café Collinder para compartir lo que hemos averiguado.

Esa es la señal que la clase ha estado esperando. Con un murmullo excitado, todos se alejan en manada en busca de las piezas más interesantes y potencialmente peligrosas. Bajo el espectacular techo de vidrio, la inmensa sala del museo parece un gigantesco parque de atracciones científico. Cápsulas en forma de átomos pasan zumbando a gran velocidad en direcciones opuestas alrededor de una pista de carreras elevada que da la vuelta al museo. De unas columnas fluorescentes con los colores del arcoíris brotan burbujas multicolores que flotan en el aire, antes de estallar por un alfiler gigante que oscila de lado a lado. Veo exoesqueletos robóticos y dinosaurios, sondas espaciales y motores de vapor, un volcán a escala y algo llamado el Simulador del Big Bang. Puentes y galerías de cristal llevan al público de una zona a la siguiente, mientras que señales de neón te

dirigen a la Zona de la Clonación, el Espacio Cósmico, la Estación de los Inventos y montones de otros lugares con nombres asombrosos.

Este tiene que ser el mejor museo del mundo. Y está aquí en Clackthorpe.

—Nos vemos después —dice Victoria, y me da un besito en la mejilla —. Voy a dar una vuelta en el Gran Colisionador de Hadrones con Olivia y Kim.

En algún lugar dentro de mi cabeza, mi medidor de sonrojo sube hasta alcanzar el nivel máximo: rojo remolacha. Victoria se coge de las manos con sus amigas y desaparece en dirección al circuito atómico, dejándome con el aspecto de alguien que acabara de llegar de Marte.

No sé cuál es el color de mi grupo. No sé por qué Victoria Barnes piensa que soy su novio. Y mientras recorro el museo me digo que, en realidad, no sé qué estoy haciendo aquí.

—Espabila, Albie —me espeta la señorita Benjamin, chasqueando los dedos—. Tu compañero del grupo gris te está esperando.

Solo hay otro estudiante de sexto grado que no se ha lanzado ya a explorar el museo.

De pie junto a la señorita Benjamin, Wesley MacNamara tiene una sonrisa pícara en la cara. Es justo en ese momento cuando me doy cuenta de que odio este estúpido universo.

—¿Adónde vamos? —pregunto nervioso mientras sigo a Wesley a lo largo de la galería vacía que bordea el vestíbulo—. Todas las cosas guais están por el otro lado.

—Lo he encontrado —responde él, y se lleva un dedo a los labios como si quisiera recordarme que debo tener cuidado con lo que digo—. Podemos poner el plan en marcha.

—¿Qué plan? —le pregunto, cada vez más confundido mientras miro el espacio vacío a nuestro alrededor.

En este rincón del museo no hay demostraciones dinámicas, experimentos emocionantes o exposiciones interactivas. Aquí nunca encontraremos las respuestas a las preguntas de la señorita Benjamin. Echo un vistazo por encima del hombro y veo a mi anciana profesora inmersa en una conversación con uno de los empleados del museo. Como todos los

demás empleados que he visto, el hombre lleva una chaqueta de color rojo brillante adornada con el logotipo de la Fundación CEB.

Algo en el fondo de mi cabeza no puede evitar pensar que Wesley está intentando llevarme a un lugar aislado del museo para someterme a un experimento científico horripilante. Y eso me asusta. Pero, también pienso, al menos no me ha dejado entumecido el brazo con uno de sus golpes, todavía.

—Operación Ornitorrinco —responde Wesley con una sonrisita maligna —. No finjas que te has olvidado de nuestro brillante plan.

Oh, no, no me digas que el Wesley MacNamara de este universo paralelo está tan loco como el que dejé en mi mundo. Me había olvidado por completo de su fallido proyecto científico de diseccionar un ornitorrinco. Recordando las fotografías de animales embalsamados que vi en la página web del Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe, trato de convencerme de que en este parque de atracciones de alta tecnología no hay lugar para un ornitorrinco disecado. ¿O sí?

Sobre las puertas de vidrio esmerilado al final de la galería hay un cartel que responde a mi pregunta.

—Venga —dice Wesley abriendo la puerta, y vuelve a sonreír—. A por ese ornitorrinco.

Mientras se desliza al interior del Ala Montague Wilkes, yo me quedo petrificado, intentando idear una forma de escapar del desquiciado plan. Me vuelvo para mirar y veo al resto de mis compañeros divirtiéndose en el museo. En la Zona de Esferas Atómicas veo a Kiran rebotando dentro de una especie de rueda para hámster gigante. Y a Victoria Barnes haciéndose un *selfie* con sus amigas delante de un volcán en erupción. Incluso la señorita Benjamin participa de la acción: se ha metido en una de las

cápsulas de la Zona de Clonación y el hombre del museo presiona un botón para imprimir una copia tridimensional instantánea. ¿Cómo me he dejado involucrar en el secuestro de un ornitorrinco? Si la señorita Benjamin nos descubre...

En ese momento algo dentro de mi cerebro hace clic. Desde que llegué a este universo paralelo he sido atado a una silla con cinta americana, insultado por mi mejor amigo e incluso obligado a cogerme de la mano con Victoria Barnes. Este no es mi mundo y a la primera oportunidad tengo que volver a la caja de cartón y escapar de esta locura.

Así las cosas, ¿qué importancia tiene que ayude a Wesley MacNamara a robar un estúpido ornitorrinco embalsamado? Si me sorprende, la única persona a la que castigarán es al Albie Bright de este universo. De repente, ya no estoy asustado. Aquí puedo hacer lo que quiera sin tener que asumir las consecuencias.

—¿Albie? —La voz de Wesley me alcanza en la galería—. Ven a ver lo que he encontrado.

Tras echar un último vistazo por encima del hombro para asegurarme de que nadie está mirando, me deslizo con rapidez a través de la puerta abierta.

Guau.

Esa es la única palabra que se me ocurre para describir lo que encuentro dentro.

La sala es grande, está iluminada con lámparas fluorescentes brillantes y se encuentra repleta de animales embalsamados de todas las especies. Hay leones y tigres, leopardos y osos, monos, cebras y cocodrilos. Sin embargo, lo que me resulta de verdad inquietante es que cada uno de esos animales está vestido con ropa, como si se tratara de personas reales.

Hay una morsa vestida de novia que pareciera estarse casando con un oso polar que luce un terno elegante. Un mono con chaleco cabalga a lomos de una cabra montesa y a ambos los persigue un koala a bordo de un coche antiguo. Veo una escuela a escala repleta de mofetas sentadas en sus pupitres de forma ordenada y vestidas con uniformes blanco y negro. Hay incluso un equipo de canguros jugando al críquet contra una pareja de cocodrilos, todos ellos vestidos con jerséis blancos. Estas escenas extraordinarias se exhiben en plataformas repartidas por toda la sala, cada

una más alta que la anterior a medida que la pasarela gira alrededor de la exposición.

—Muy friki, ¿no? —dice Wesley inspeccionando el monitor que hay a la entrada del recinto—. Aquí dice que ese tío, Montague Wilkes, embalsamó todos estos animales él solito para que le recordaran a su país mientras viajaba alrededor del mundo en los viejos tiempos.

Yo mismo siento morriña, pero esta exposición espeluznante no hace que me sienta mejor en absoluto. Es como un zoológico en el que los animales se hubieran comido a los visitantes y luego se hubieran vestido con sus ropas.

—Y aquí está el monstruo peludo que estamos buscando —añade Wesley, apuntando con el dedo hacia la plataforma que ocupa el centro de la sala.

Alzo la cabeza y me encuentro con una orquesta animal dispuesta alrededor de un escenario. Hay un puercoespín tocando el violín, un grajo tocando el bajo, una mofeta tocando la trompeta y un león tocando el saxofón. A quienquiera que haya juntado esta orquesta de verdad le gustaba darle a cada animal un instrumento que rimara con su nombre.

Y en el centro de la plataforma, de pie sobre un podio que lo eleva por encima de los músicos que tiene a su alrededor, hay un ornitorrinco vestido con un esmoquin blanco y las aletas desplegadas. En una de ellas sostiene lo que parece ser un largo palo de madera: una batuta.

Siento una inyección de adrenalina al ver la meta de nuestra misión. Es hora de robar el ornitorrinco.

Al principio no veo cómo vamos a conseguir llegar hasta la plataforma de la orquesta. Hay una barandilla transparente para proteger a los animales embalsamados de cualquier visitante entrometido (aunque quizá sea al revés) y es demasiado alta para que podamos trepar por encima de ella. Al instante, sin embargo, llega Wesley empujando una escalera por la pasarela.

—Aquí vamos —dice con una sonrisa de excitación, al tiempo que pone la escalera en posición—. Debieron dejársela los encargados de montar la exposición.

—Deja, lo hago yo —le digo poniendo el pie en el primer peldaño de la escalera. Sobre mi cabeza, el director de orquesta espera encima de su

podio, preparado para que la banda empiece a tocar—. Cogeré el ornitorrinco.

Mientras subo por la escalera no puedo evitar sonreír. Por primera vez desde que llegué a este universo soy yo el que tiene el control. Mi cabeza es un torbellino de excitación. Estoy a punto de robar un viejo ornitorrinco y ni siquiera me preocupa que puedan atraparme.

Cuando mamá cayó enferma, yo me esforzaba muchísimo por hacer lo correcto todo el tiempo, pues no quería darle motivos de preocupación o hacer que las cosas fueran peor de lo que ya eran. Pero guardármelo todo (el acoso en la escuela, los actos de desaparición de mi padre) no sirvió para que mamá mejorara, y pese a mis esfuerzos solo pude ver cómo se desvanecía. En cambio, en este universo no hay madre por la que deba preocuparme. Aquí puedo hacer lo que me dé la gana, igual que Albie Malo.

Una vez llego a la parte alta de la escalera, descubro que el ornitorrinco está un poco más lejos de lo que me parecía desde el suelo y que de cerca resulta el doble de inquietante: vestido con el esmoquin blanco, una pajarita negra atada bajo el enorme pico, el animal me mira con desconfianza, sin quitarme de encima los ojos pequeños y brillantes.

—¿Lo tienes? —grita Wesley.

Agarrando la escalera con una mano, estiro el brazo hacia el ornitorrinco. Es tan grande como mi mochila, y tiene un par de pinchos de aspecto amenazador al final de cada aleta. Tengo la boca seca y puedo sentir el corazón retumbando en el pecho en el momento de agarrar su brillante pelo marrón. Y es entonces cuando todo empieza a salir mal.

—¡Estoy ansiosa por ver a los animales! —Es la voz de la señorita Benjamin, y se oye como si estuviera muy cerca—. Me encantaba llevar a los niños para que los vieran en el viejo museo. Gracias por dejarme echar un vistazo.

Entrando en pánico, miro en dirección a las puertas de vidrio esmerilado y veo dos sombras al otro lado. La señorita Benjamin está a punto de sorprenderme con las manos en la masa.

—¿Qué hacemos? —susurro.

No obstante, cuando miro hacia abajo descubro que Wesley ha soltado la escalera y se encamina hacia la señal de SALIDA DE EMERGENCIA. Estoy solo.

Entonces ocurren varias cosas a la vez.

Sin Wesley para mantenerla en su sitio, la escalera comienza a moverse hacia atrás, mientras que yo me inclino hacia delante, al vacío. En un instante paso de estirar el brazo para coger el ornitorrinco a aferrarme a él como único punto de apoyo en mi caída hacia la plataforma. Y en el camino, no sé muy bien cómo, mi codo entra en contacto con un botón en el costado del podio, que pasa de Apagado a Encendido.

Mientras la escalera, fuera de control, gana velocidad y rueda pasarela abajo hacia los cocodrilos y canguros que juegan al críquet, el sonido de una orquesta llena de repente el recinto. Una fanfarria de trompetas anuncia mi llegada justo cuando aterrizo en medio de la orquesta animal, donde una fila de perros esquimales flautistas amortigua mi caída.

Me quedo allí, aturdido, con un puercoespín embalsamado apuñalándome en las costillas con el arco de su violín, cuando oigo el estrépito que produce la escalera al estrellarse contra la plataforma que está al final de la pasarela. Todavía sigo aferrado al ornitorrinco, y cuando abro los ojos tengo su pico a apenas unos cuantos milímetros de mi cara, los ojos pequeños y brillantes diciéndome que he cometido un error tremendo.

Me apresuro a ponerme de pie con el ruido de la orquesta todavía sonando de forma atronadora, pero los músicos embalsamados están desperdigados por todo el escenario. En mi aterrizaje forzoso derribé a los que tocaban los metales y las maderas, y también a la mayoría de los puercoespines violinistas. Mientras tanto, en el otro extremo de la sala, la partida de críquet de los canguros ha quedado completamente destruida y uno de los bateadores cocodrilos se encuentra ahora incrustado en medio de la escalera. De Wesley, en cambio, no hay ni rastro.

—¡Albie Bright! —chilla la señorita Benjamin. Con desazón, me vuelvo para ver a la maestra prematuramente envejecida de pie en el umbral de la sala, el tic del ojo izquierdo a toda potencia. Junto a ella, el conservador del museo niega con la cabeza, incrédulo y horrorizado, a medida que evalúa los daños—: ¿Qué demonios has hecho?

10

En la tele, el doctor Brown cuelga de la torre del reloj mientras Marty McFly acelera el DeLorean hasta alcanzar los ciento cuarenta kilómetros por hora, listo para llevar la máquina del tiempo de regreso al futuro. Es extraño: debo de haber visto esta película por lo menos cincuenta veces, pero a pesar de que la historia es exactamente la misma, el Marty McFly de esta versión es completamente diferente. En este universo paralelo, es evidente, fue otro actor el que interpretó el papel. Con todo, yo en realidad no estoy viendo la peli, solo estoy sentado en el sofá del salón, esperando que el abuelo Joe me hable.

No ha dicho una sola palabra desde que se presentó en el museo para llevarme a casa y tuvo que escuchar en silencio mientras la señorita Benjamin enumeraba furiosa mis «delitos».

Destrucción de una orquesta de animales animatrónicos.
Derribo de la partida de críquet entre los canguros y los cocodrilos.
Intento de robo de un antiguo ornitorrinco embalsamado.

El abuelo Joe no había dicho una palabra ni siquiera cuando la señorita Benjamin le dijo que estaba expulsado de la escuela durante una semana, a la espera de una investigación formal. En lugar de hablar caminamos en silencio de regreso a casa y, una vez llegamos, lo que hizo fue sentarse en

su sillón, suspirar profundamente y encender la tele, donde seguían pasando la misma película que había visto por última vez en mi universo.

Esto debería parecer intrascendente. Podría limitarme a meterme de nuevo en mi caja de cartón y dejar que Albie Malo se ocupe de este lío. A fin de cuentas, nada de esto habría ocurrido si él no me hubiera obligado a ir a la escuela en su lugar. Pero entonces veo la decepción en la cara del abuelo Joe y no puedo evitar sentir que *yo* le he fallado.

—¿Abuelo? —digo, deseando de forma desesperada que me hable.

Sin embargo, él se limita a seguir sentado en el sillón, la mirada fija en la tele mientras el rayo alcanza la torre del reloj.

—¿Abuelo? —repito, algo más alto que antes en caso de que se esté quedando sordo.

El abuelo responde con un suspiro.

—Ni siquiera puedo mirarte, Albie —dice mientras en la pantalla el DeLorean desaparece entre destellos eléctricos—. No después de lo que has hecho esta vez.

—Pero yo no quería...

—Solía llevar a tu madre a ese museo cuando era niña —me cuenta—. Por supuesto, en esa época no se llamaba Fusión sino Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe. A Charlotte le encantaba mirar todos los animales. Y no paraba de hacerme preguntas. ¿Cómo de alto puede saltar un canguro? ¿En qué se diferencian las focas de los leones marinos? ¿Por qué todos los animales son tan diferentes? Tu madre me dijo en una ocasión que lo que la había hecho querer ser científica fueron esas visitas al museo para ver los animales. Y acabo de tener que escuchar a tu profesora decirme que destruiste la mitad de los especímenes con tu estúpida broma.

El abuelo Joe niega con la cabeza y se frota los ojos, intentando ocultar la tristeza que empieza a desbordarlo.

—¿Qué crees que diría tu madre? —me pregunta.

Eso hace que me sienta como si me dieran un puñetazo en el estómago. De todas las cosas que el abuelo Joe podría decirme esa es, sin duda, la peor. Todo lo que he hecho lo he hecho por mamá: inventar la teoría del plátano cuántico, arriesgar la vida secuestrando un gato psicópata, viajar a

este universo paralelo. Pero: ¿cómo puedo explicarle todo esto al abuelo Joe? Solo hay una cosa que pueda decir.

—Lo siento, abuelo.

—¿De verdad? —pregunta suspicaz, mirándome a la cara por primera vez—. Eso es lo que dices siempre. Mira, Albie, yo sé que tu padre no ha estado muy presente últimamente y se pasa el tiempo viajando de aquí para allá con sus chismes de fusión fría, pero eso no excusa la forma en la que te estás comportando. Sé que piensas que soy un viejo tonto que ni siquiera puede cocinarte la cena sin chamuscarla, pero tu padre está intentando hacer del mundo en el que estás creciendo un lugar mejor.

El abuelo hace una pausa. Y puedo ver las lágrimas que se acumulan en sus ojos cuando su mirada se clava en los míos.

—Cuando te veo, Albie —continúa—, también veo a mi Charlotte. Eres el vivo retrato de tu madre. Ella también quería hacer del mundo un lugar mejor y ahora depende de ti hacer que se sienta orgullosa.

Asiento con la cabeza, esforzándome por contener las lágrimas. *Hacer que se sienta orgullosa...* Eso es lo único que quiero hacer en la vida.

—No te preocupes, abuelo —le digo, intentando mantener mis emociones a raya, al tiempo que me levanto del sofá—. Voy a arreglar las cosas.

Mientras subo las escaleras rumbo al ático, la culpa me invade. Las palabras del abuelo se repiten en mi cabeza, pero no puedo enfrentarlas ahora. Lo único que quiero hacer es escapar de este lugar. Una parte de mí siente que estoy huyendo, pero para arreglar las cosas necesito primero encontrar a mi madre. La puerta de mi habitación está abierta y al entrar descubro que no hay moros en la costa.

La caja de cartón me espera en un rincón de la habitación: es mi billete para escapar de este universo paralelo. Solo espero que no sea un billete para un único trayecto. ¿Y si la teoría del plátano cuántico no vuelve a funcionar? Intento no pensar en esa angustiosa posibilidad.

Arrodillado en el suelo, verifico que todo esté en el lugar que le corresponde. El contador Geiger sigue conectado al portátil de mamá, el plátano delante de él está ahora cubierto de manchas marrones, pero sigue siendo un plátano. Parece que estoy listo para irme.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Al oír el sonido de mi propia voz, doy media vuelta y me topo con Albie Malo, de pie en el umbral, con un ceño fruncido de caricatura en la cara.

—Te mandé a la escuela para quitármelos a todos de encima, pero lo único que has conseguido es hacer que todo sea mil veces peor. Has arrasado el museo, has hecho que me expulsen de la escuela y cuando papá se entere me castigará para siempre. ¿Qué te dio? Pensaba que vosotros los clones hacíais lo que se os decía.

Me fulmina con la mirada como retándome a contradecirlo.

—Ya te lo dije —le espeto—. No soy un clon. Soy tú mismo, en un universo paralelo.

—¿Un universo para qué?

Pero antes de que pueda responder a esa pregunta una mancha de pelo rojizo entra disparada en la habitación.

—¿Qué demon...?

Con un maullido que suena como una pantera con resaca, *Dylan* pasa como un rayo por el lado de Albie Malo y se zambulle en la caja de cartón, cuyas solapas se cierran tras él. Durante un segundo los dos permanecemos inmóviles y en silencio, estupefactos, luego oigo el clic que produce el contador Geiger dentro de la caja.

¡No! ¡No sin mí!

—¿Eso era un gato? —pregunta el otro Albie, que camina hacia la caja con gesto preocupado y recoge del suelo los guantes de jardinería que yo traía puestos cuando llegué aquí—. Tenemos que sacarlo de esa caja antes de que se haga pis dentro y deje apestada la habitación. Prepárate para cogerlo cuando abra la caja —dice, poniéndome los guantes en las manos.

Albie Malo se inclina hacia delante y abre lentamente la caja, esperando que el gato salga de un salto.

Pero no pasa nada.

Con cara de desconcierto, se asoma dentro y encuentra el plátano, el contador Geiger y el ordenador de mamá, pero ningún gato. *Dylan* lo ha hecho de nuevo.

Rascándose la cabeza, Albie Malo se da media vuelta y me mira. La cara refleja su confusión.

—¿Dónde se ha metido?

Así que tengo que contarle la teoría del plátano cuántico.

Cuando termino de explicarle todo, Albie Malo sigue rascándose la cabeza.

—¿Me estás diciendo que el gato de mi vecina está ahora en un universo paralelo?

—No, *Dylan* no es el gato de tu vecina sino el gato de *mi* vecina —lo corrijo.

—¿Y tú también vienes de un universo paralelo?

—Sí, eso es lo que he dicho.

Una sonrisa enorme cruza la cara de mi gemelo malvado.

—¡Fenomenal!

Es entonces cuando descubro que algo peor que un Albie alternativo que no me cree es un Albie alternativo que sí lo hace.

—¿De modo que si me meto en la caja viajaré a un universo paralelo? —pregunta, al tiempo que echa un vistazo al flujo de ceros y unos que recorre la pantalla del portátil de mamá.

—Sí, pero... tienes que entender que lo importante es que encontremos a mamá y...

Albie Malo niega con la cabeza.

—A mí me tiene sin cuidado encontrar a mi madre. Yo ni siquiera la conocí. No, si esta caja mágica puede llevarme a otro mundo, voy a encontrar uno en el que mi estúpido padre no haya donado todo su dinero a obras benéficas —dice. Entornando los ojos y mirándome fijamente, agrega —: Debería ser millonario, y en un universo paralelo lo seré.

Durante un instante me quedo sin palabras. ¿Cómo puede decir que le tiene sin cuidado mamá? Ella es la razón por la que inventé la teoría del plátano cuántico. Lo único que de verdad importa es encontrarla de nuevo.

—Venga, vamos —gruñe Albie Malo—. ¿Qué tengo que hacer para que esta cosa funcione?

Si dejo que Albie Malo se meta dentro de la caja, lo arruinará todo. Tengo que pensar una forma de detenerlo.

Todavía tengo los guantes de jardinería, y al verlos se me ocurre una idea chiflada. Solo necesito convencer al otro Albie de que es cierta.

—Si quieres viajar a un universo paralelo, entonces tienes que llevar el equipo apropiado —le digo, arrojándole los guantes—. Igual que hice yo.

Albie Malo atrapa los guantes y me mira como si acabara de decirle que tiene que ponerse un tutú.

—¿Un par de guantes de jardinería?

Difícilmente podría sonar más suspicaz, pero para que mi plan funcione tengo que convencerlo.

—No solo los guantes. Necesitas la máscara y el equipo de protección. No querrás que las tripas se te vuelvan espagueti cuando atravieses el agujero negro de camino al universo paralelo, ¿verdad? El equipo de protección mantendrá todas tus partes en su lugar y la máscara te protegerá la cara de los rayos cósmicos.

Albie Malo baja la cabeza para mirar la máscara de payaso malvado y la coraza para BMX, que siguen allí donde las dejé en el suelo de la habitación.

—¿Estás seguro? —me pregunta, para nada convencido.

—Llegué aquí entero, ¿no es así? —Recojo el traje de protección y se lo pongo en las manos—. Pero si prefieres correr el riesgo de que las entrañas se te salgan por los ojos como por un tubo de pasta de dientes, adelante.

Sin dejar de gruñir, Albie Malo comienza a ponerse la coraza para el pecho.

No voy a tener otra oportunidad. Mientras está intentando ponerse un chaleco de protección dos tallas más pequeño, me escabullo dentro de la caja intentando no hacer ruido, cierro las solapas detrás de mí y busco a tientas el contador Geiger.

Miro la pantalla, pero el dispositivo no produce luz. Está muerto. Sobre la pantalla del portátil, los ceros y unos siguen desplazándose con tanta rapidez que casi forman un flujo homogéneo. Sin embargo, algo va mal. El contador Geiger no está recibiendo energía. Si el plátano emite radiactividad, ¿cómo voy a saber si el universo se ha dividido en dos?

Tanteando en la oscuridad, recorro el cable que conecta el detector de radiactividad digital con el ordenador hasta que mis dedos encuentran el conector USB en el extremo. *Dylan* debe de haberlo desconectado de algún modo.

—¡Eh! ¿Dónde te has metido?

Oigo mi propia voz fuera de la caja y no sueno precisamente contento.

Con mano temblorosa, conecto el contador Geiger al puerto USB del portátil. Y con la otra mano tomo el plátano y lo sostengo cerca del dispositivo.

—Vamos, vamos, vamos —murmuro entre dientes desesperado.

El costado de la caja se hunde hacia dentro cuando Albie Malo le da una patada.

—¡Pedazo de...!

Entonces oigo que el contador Geiger hace clic y el mundo parece congelarse durante un milisegundo. Siento como si en algún lugar fuera de la caja mil millones de gomas elásticas invisibles vibrasen. Un instante después el contador Geiger emite un nuevo clic y el grito de mi gemelo malvado se ahoga en el silencio.

Acurrucado en medio de la oscuridad, intento recuperar el aliento. Parece ser que la teoría del plátano cuántico ha funcionado una vez más. Lo único que quiero saber es dónde estoy ahora.

11

Esta vez he aprendido la lección. Abro las solapas de la caja y, con cuidado, cruzando los dedos para no recibir un puñetazo en la cara, me asomo fuera.

Mi habitación parece exactamente igual. Veo mi telescopio y las pilas de libros y tebeos; e incluso el póster del sistema solar pegado en la pared encima de la cama. Hago un recuento rápido de los planetas (Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno) y respiro aliviado al comprobar que esta vez son ocho.

Es solo al salir de la caja cuando me doy cuenta de que hay alguien sentado en el escritorio. Me da la espalda, pero de inmediato reconozco que soy yo, quiero decir, otro yo.

—No puedo creer que estés aquí.

Este otro Albie se da media vuelta y me deja absolutamente boquiabierto: delante de mí, mirándome, hay una chica. Es como mirarme en un espejo de feria. Su cara tiene el mismo aspecto que la mía: los ojos, la nariz y la boca tienen la misma forma y están en el mismo lugar; pero es definitivamente una chica.

Abro y cierro la boca varias veces, pero no consigo articular palabra.

Supongo que no debería sentirme tan sorprendido. Cada célula de tu cuerpo contiene los cromosomas que te hacen ser quien eres. El color de tus ojos, tu estatura, si vas a necesitar gafas o no: toda esa información se

encuentra en los cromosomas. Hay incluso un par de cromosomas especial que decide si serás un chico o una chica. Si tienes un cromosoma X y un cromosoma Y serás un chico, pero si tienes dos cromosomas X serás una chica. Tienes un cincuenta por ciento de probabilidad de ser lo uno o lo otro. El Albie de este universo tuvo que haber recibido dos cromosomas X.

Mientras sigo haciendo el papel de un pez fuera del agua, el Albie Chica me mira con la misma expresión estupefacta.

—Eres un chico —dice, negando con la cabeza con incredulidad.

¿Qué se supone que debo decir a eso? En el anterior universo paralelo que visité, el otro Albie pensó que yo era un clon, pero aquí no tengo forma de fingir que lo soy.

—Yo soy...

—Sé exactamente quién eres —me interrumpe Albie Chica con entusiasmo, y las palabras brotan de su boca como un torrente—. Eres de un universo paralelo. Dentro de esa caja de cartón hay un plátano, un contador Geiger y el ordenador cuántico de mamá, que está conectado con la Grid del CERN. Sus experimentos en el Gran Colisionador de Hadrones han creado un miniagujero negro que lleva a un universo paralelo. Has usado el miniacelerador de partículas del ordenador cuántico de mamá para reproducir ese resultado, con lo que has creado un agujero de gusano a través de la quinta dimensión que te permite viajar a través de estos mundos paralelos. En realidad, es bastante sencillo. La teoría del plátano cuántico funciona. —Hace una pausa durante un segundo para recuperar el aliento y esboza una sonrisa—. Debería haberlo sabido, yo también pensé en ello.

Vuelvo a quedarme boquiabierto. El Albie de este universo no solo es una chica, sino que además es un genio. Es posible que ambos hayamos inventado la teoría del plátano cuántico, pero para ser sincero no tengo ni la más remota idea de cómo funciona. Albie Chica, en cambio, parece haberlo resuelto todo.

—A propósito, me llamo Alba —me dice.

Esta vez al menos consigo tartamudear mi propio nombre.

—Yo soy Albie.

Alba se ríe.

—Doy por hecho que en honor a Albert Einstein, ¿cierto? —dice—. Mamá y papá nunca fueron muy creativos que digamos cuando se trataba de poner nombres. Papá incluso le puso a mi hámster *Hawking* por el famoso científico.

Desde el escritorio que hay a sus espaldas me llega un chirrido familiar y al mirar hacia allí entreveo a *Hawking* corriendo en su rueda.

—¡Al mío también! —exclamo con emoción.

Durante un segundo, sencillamente nos sonreímos el uno al otro. En este universo paralelo soy una chica, pero al menos mi hámster sigue vivo. Sin embargo, hay una cosa que no acabo de entender.

—Si sabes todo acerca de la teoría del plátano cuántico, ¿por qué no la has probado? —le pregunto a Alba—. También podrías haber viajado a un universo paralelo.

Todavía sentada, Alba aleja la silla del escritorio y entonces advierto por primera vez que tiene ruedas en lugar de patas.

—Desde que terminé en esto, las ganas de viajar se esfumaron —dice, y lentamente la sonrisa desaparece de su rostro.

Yo no puedo dejar de mirar la silla de ruedas.

—¿Qué ocurrió?

—Fue un accidente de coche —me explica—. Mamá conducía. Íbamos al aeropuerto a recoger a papá, que regresaba de una filmación. Esa mañana había niebla y en la autopista chocamos: un hombre ebrio circulaba en una furgoneta blanca en dirección contraria. Nos golpeó de frente. No recuerdo mucho después de eso. El coche quedó completamente destrozado y papá me contó que los bomberos tardaron tres horas en podernos sacar. —En la comisura del ojo aparece una lágrima—. Yo tuve suerte: solo quedé paralítica de cintura para abajo, pero mamá no lo consiguió.

En mi cerebro se enciende un mensaje de error: me siento incapaz de procesar lo que Alba acaba de decir. Esto no puede estar bien. He encontrado el camino hacia otro universo paralelo, pero en este otro universo tampoco está mamá.

—¿Qué me dices de tu mundo? —me pregunta Alba, enjugándose las comisuras de los ojos con la manga de la camisa—. Veo que todavía puedes caminar. ¿Sobrevivió mamá al accidente en tu universo?

Todavía confundido, niego con la cabeza, casi sintiéndome culpable de que yo pueda caminar y Alba no.

—No hubo accidente de coche —le digo.

—¿Entonces mamá sigue viva en tu universo? —pregunta con impaciencia.

Advierto la chispa de esperanza que de repente ilumina sus ojos.

Niego con la cabeza de nuevo, pues no quiero decirlo en voz alta. Eso basta para que lo ocurrido parezca más real, irreversible.

—No —me obligo finalmente a responder—. Murió de cáncer hace dos semanas.

La cara de Alba vuelve a encogerse, las lágrimas en sus ojos son un reflejo especular de las mías. Siento como si a ambos nos hubieran engañado. ¿Por qué no puede haber un universo en el que mamá siga viva? Así que nos quedamos ahí, mirándonos el uno al otro, compartiendo en silencio nuestra tristeza, hasta que oímos la voz del abuelo Joe que llega desde la escalera.

—¿Ya estás lista?

Alba y yo respondemos de forma simultánea:

—¡Ya voy!

El sonido de nuestras voces gritando a la vez crea un extraño eco y me llevo la mano a la boca cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Lo siguiente que oigo son los pasos del abuelo subiendo por la escalera.

—¿Hay un chico ahí contigo, Alba?

Alba me mira, los ojos como platos debido al pánico.

—Escóndete —me susurra.

Recorro la habitación con la mirada. Está tan desordenada como la mía. Solo hay un lugar en el que pueda esconderme: el mismo que me trajo hasta aquí. Justo antes de que el abuelo Joe abra la puerta me zambullo en la caja de cartón.

—Creí haber oído una voz de chico.

El abuelo Joe parece desconcertado, como si intentara entender cómo pudo Alba responder a su llamada en estéreo. Por suerte, Alba ya ha ideado una explicación.

—Estaba cantando con la radio mientras me preparaba, abuelo.

Permanezco muy quieto dentro de la caja de cartón. Tengo el plátano a apenas unos centímetros de la cara y la luz que emite la pantalla del portátil le da un brillo verde. Sin hacer ruido desconecto el cable USB, temeroso de que un clic del contador Geiger pueda delatarme.

—No me pareció la voz de un cantante —dice el abuelo Joe husmeando —. Deberías escuchar música de verdad como Bob Dylan. Él sí que es un cantante.

No puedo evitar hacer una mueca de dolor al recordar que cuando el abuelo Joe me llevaba al hospital para ver a mamá solía poner los grandes éxitos de Bob Dylan. Yo nunca había oído nada de Bob Dylan, pero recuerdo haber pensado que debía de llamarse así por *Dylan*, el gato, pues al menos sonaba como uno.

—Sea como sea, tienes que darte prisa si quieres que te lleve a la fiesta. Ya son casi las ocho. —El abuelo Joe hace una pausa durante apenas un segundo y pregunta—: ¿Has estado llorando?

—Es solo alergia —se apresura a responder Alba, y la oigo sonarse la nariz—. Bajo en un minuto, abuelo. Aún no he acabado de arreglarme.

—De acuerdo, pero hazlo rápido. La fiesta empezaba a las siete, ¿no es así? Y cuando regreses, hablaremos de cómo vamos a poner orden en esta habitación.

Oigo cerrar de nuevo la puerta del dormitorio y luego los pasos del abuelo descendiendo por la escalera. Entonces Alba abre la tapa de la caja, contorsionando la cabeza para echar un vistazo dentro.

—Tengo que ir —susurra, manteniendo la voz baja en caso de que el abuelo Joe tenga encendido el audífono—. Esta noche es la fiesta de cumpleaños de Victoria Barnes, en el salón de fiestas. El abuelo me llevará, pero necesito que vengas y me busques allí. Tengo muchas cosas que contarte. Si la teoría del plátano cuántico funciona, creo que sé lo que necesitas para encontrar a mamá de nuevo.

—¡Alba! —grita el abuelo con impaciencia.

Con una pequeña sonrisa cargada de esperanza Alba suelta la solapa de la caja y luego la oigo desplazarse en su silla hasta la puerta.

Dentro de la caja, la confusión de ceros y unos sigue desfilando por la pantalla del portátil, de algún modo el flujo de datos procedente del Gran

Colisionador de Hadrones se mantiene a través de los distintos universos. Tomo el contador Geiger en la mano. Si lo conecto ahora, el plátano emitirá una partícula radiactiva en cualquier momento y la teoría del plátano cuántico me enviará a otro universo paralelo. Quizás uno en el que esté mamá.

Más allá de la puerta de la habitación oigo un pitido sonoro seguido de un ruido chirriante, como si un ascensor estuviera descendiendo hacia la planta baja. Al principio no logro imaginar qué puede ser, y entonces recuerdo: si Alba está en silla de ruedas, entonces necesita un salvaescaleras para subir y bajar.

Niego con la cabeza. Sencillamente no es justo. Ambos hemos perdido a mamá, pero yo al menos sigo pudiendo caminar.

Dejo el contador Geiger desconectado y salgo de la caja. Alba dijo que sabía qué tenía que hacer para encontrar a mamá de nuevo. No voy a escapar a otro universo paralelo sin darle la oportunidad de decírmelo.

En la planta baja oigo la puerta principal cerrarse de un portazo. Alba está en camino hacia la fiesta de cumpleaños de Victoria Barnes y yo voy a reunirme con ella allí.

Oigo el ruido de la fiesta incluso antes de llegar al salón de fiestas, el golpeteo de una canción sonando a toda potencia retumba a lo largo de la calle. Reconozco la canción en el acto, a pesar de que la letra no es la correcta.

Cambios minúsculos. El libro de papá decía que eso era lo que iba a encontrar en cada universo paralelo: cambios minúsculos incluso en una canción que he oído miles de veces.

Fuera del salón de fiestas hay más globos colgados de los que Buzz Lightyear necesitaría para ponerse en órbita, y a través de la ventana puedo ver el tsunami de luces de colores que barren el techo.

—¡Albie! —me llama Alba desde la puerta y, con gran habilidad, mueve la silla de ruedas para cambiar de sentido—. Lo conseguiste.

Resulta un poco extraño verla de nuevo. Esta vez me fijo más en las cosas que la hacen una chica. El pelo es más largo que el mío, para

empezar; las pestañas más gruesas; y si bien nuestros ojos, nariz y boca son básicamente iguales, siguen existiendo algunas diferencias pequeñitas que hacen que ella parezca una chica y yo un chico. Tenemos un aspecto similar, pero somos diferentes. Alba no es mi gemela idéntica, pero podría ser mi hermana, si hubiera tenido una.

—Tenemos que entrar ahora mismo —dice Alba un poco agobiada—. Victoria se está volviendo loca porque algunas personas no han venido y le faltan dos parejas para el concurso de baile.

Yo pensaba que Alba solo quería que nos encontráramos aquí. No se me ocurrió que terminaría de verdad yendo a la fiesta de cumpleaños de Victoria Barnes. ¿Acaso no podemos sencillamente marcharnos y sentarnos en la parada de autobús para que Alba me diga lo que necesito saber?

Ella advierte en mis ojos el pánico repentino.

—No te preocupes —dice—. Le pregunté a la madre de Victoria si podía traer a mi primo a la fiesta y a ella le pareció bien.

—¿Tu primo?

—Bueno, no podía decirle: «¿Puedo traer a la fiesta a otra Alba procedente de un universo paralelo?» —responde con sarcasmo—. «Oh, y además no es una chica sino un chico.»

Puesto así, hasta coincido con ella.

A través de la puerta nos llega el estruendo de una nueva canción, así que sigo a Alba al interior del salón solo para descubrir que dentro me espera mi peor pesadilla.

12

Mi informe de calificaciones dice que tengo dos pies izquierdos. Cuando en educación física tuvimos que aprender bailes tradicionales del mundo, el resto de la clase bailó vals, rock and roll, pasodoble y tango, pero la señorita Benjamin me dijo que me concentrara en el baile de los pajaritos. Dijo que era el mejor baile para un principiante como yo, pero soy tan negado para el baile que tampoco pude hacerlo bien y terminé dándole un codazo en la cara a Timothy Chase cuando intentaba el paso de batir las alas. Después de eso, falsifiqué una nota del abuelo para librarme de hacer educación física, pero todavía tengo pesadillas en las que la señorita Benjamin me obliga a bailar foxtrot.

Por tanto, cuando entro al salón de fiestas y veo una enorme pista de baile con centenares de luces parpadeantes y una gigantesca bola de espejos de discoteca colgando del techo, es como si mi peor pesadilla hubiera cobrado vida. En la pista se encuentra Wesley MacNamara con Victoria Barnes, bailando al ritmo del chachachá una canción que me resulta familiar, pero que no acaba de estar bien. Victoria lleva puesto un vestido rojo brillante que parece hecho completamente de lentejuelas, mientras que Wesley lleva un mono de baile blanco, aunque parece que ha olvidado abotonarse la camisa.

Al acercarse el final, Wesley hace girar a Victoria y ella termina haciendo una apertura de piernas. El resto de la clase, que permanece de pie

alrededor de la pista mirando, rompe en un coro de hurras y silbidos. Al lado del DJ se encuentra un jurado, sobre el que ahora caen los focos. Los jueces son tres, la señorita Benjamin, la madre de Victoria y el pastor (ataviado con un traje de lamé dorado), y cada uno sostiene en alto una tarjeta de puntuación con un gran número nueve en ella.

—Qué sorpresa —murmura Alba al tiempo que impulsa la silla de ruedas hacia la pista de baile—. Victoria gana de nuevo.

—Odio bailar —le digo—. No hay ninguna razón científica por la que la gente deba bailar.

—A mí me gustaba —replica Alba, y de inmediato me siento la persona más estúpida de todo el recinto—. Mamá me decía que los átomos de nuestros cuerpos bailan constantemente, de modo que parece justo que les pongamos algo de música para bailar acompañados. Antes del accidente solíamos bailar juntas en la cocina e inventábamos rutinas para algunas de las canciones favoritas de mamá.

Yo también recuerdo los bailes en la cocina, pero eso solo sirve para recordarme por qué he venido hasta aquí.

Estoy buscando un rincón tranquilo para preguntarle a Alba qué quería decir cuando dijo que sabía cómo encontrar a mamá de nuevo, cuando veo una cara conocida. Es Kiran. Está esperando fuera de la cabina hinchable del fotomatón de la fiesta. Durante un segundo, olvido que el Kiran de este universo ni siquiera me conoce y lo saludo alzando la mano.

La mirada de Kiran me atraviesa como si yo fuera el hombre invisible. Entonces ve a Alba y aparece en su cara la sonrisa tímida que suele poner cada vez que una chica que le gusta entra en el salón. La saluda alzando la mano, y veo que ella le responde con la misma sonrisa tímida. No puedo evitar sonreír yo también. Al menos el Albie de este universo tiene el mismo mejor amigo que yo. Sin embargo, de inmediato un pensamiento horrible brota en mi cabeza: una pregunta incluso demasiado aterradora para plantearla.

—¿Kiran es tu novio?

Alba se pone colorada como un tomate.

—Es solo un amigo —replica con rapidez—. Quiero decir, Kiran me propuso que fuéramos a ver *Regreso al futuro IV* la próxima semana, pero

en realidad somos muchos los que iremos, un grupo grande.

Tras una breve pausa, levanta la cabeza para mirarme.

—¿Crees que eso quiere decir que le gusto? —pregunta con ilusión.

Antes de que la conversación se torne todavía más incómoda, Victoria Barnes irrumpe en la sala con su vestido de lentejuelas rojas, seguida de Olivia, Kim y el resto de su séquito habitual. Y al igual que Kiran, su mirada me atraviesa para concentrarse en Alba.

—Albs —dice con una sonrisa fingida—. Qué bueno que al final hayas venido.

—Lo siento, Victoria —responde ella, sonando más nerviosa, tan nerviosa como no la había oído hasta ahora—. Ocurrió algo en casa y no pude venir antes.

—¿Y quién es este? —pregunta Victoria por fin, prestándome atención —. ¿Tu cita?

La última vez que vi a Victoria Barnes me dio un beso en un universo paralelo; ahora, sin embargo, me mira como si yo acabara de salir reptando de debajo de una piedra.

—No, es mi primo, eh... Albie —dice Alba de forma atropellada—. Se quedará con nosotros el fin de semana. Tu mamá me dijo que no había problema en que me acompañara a la fiesta.

Victoria me mira de arriba abajo y sus labios relucientes pasan de una mueca desdeñosa a una sonrisa llena de suficiencia.

—Un atuendo perfecto para una fiesta, Lerdo Baboso —dice.

Y justo en ese momento me doy cuenta de que todavía llevo el uniforme de la escuela.

Olivia, Kim y el resto de la pandilla de Victoria comienzan a reírse tontamente mientras mi cara adquiere la misma tonalidad rojo tomate que la de Alba. Para ser franco, prefería a la Victoria Barnes del anterior universo paralelo.

—En cualquier caso, Albs —prosigue Victoria, agarrando el reposabrazos de la silla de ruedas de Alba para hacerla girar y quedar cara a cara—. Es tu turno de marcarte unos pasos en la pista de baile. Todos los demás ya lo han hecho y el jurado aguarda.

Una mirada de pánico cruza el rostro de Alba.

—No puedes estar hablando en serio —replica, y su voz se quiebra ligeramente—. ¿Cómo se supone que baile con esto?

Alba señala con un gesto la silla de ruedas en la que está sentada. Con solo ver su cara sé que está al borde de las lágrimas, pues se muerde el labio de la misma forma en que yo lo hago siempre que las cosas me sobrepasan. Miro entonces a Victoria, incapaz de creer que pueda ser tan ruin.

—Venga, no seas gallina, Alba —dice Victoria, ignorando las protestas de Alba con una lluvia de lentejuelas—. Todos los demás invitados lo han hecho, y tú eres la que siempre está hablando acerca de la igualdad.

El volumen de la música ha bajado y ahora la mayoría de la clase observa a Victoria, esperando a ver qué va a ocurrir a continuación.

—En cualquier caso —dice, apuntando el dedo hacia el marcador, donde su propio nombre aparece en primer lugar con veintisiete puntos—, nadie espera que ganes.

Alba le lanza una mirada fulminante. Si sus ojos enrojecidos fueran rayos láser, Victoria estaría ya completamente chamuscada.

—Pero no tengo nadie con quien bailar.

Victoria se gira y apunta hacia mí.

—¿Qué hay del Lerdo Baboso aquí presente? Acéptalo, Alba: tu primo es probablemente la única persona que querría bailar contigo.

Alba se muerde el labio con tanta fuerza que este se torna casi blanco y, al mismo tiempo, siento una rabia incontenible creciendo en mi interior. Victoria ha ido demasiado lejos. Es posible que yo tenga dos pies izquierdos. Es posible que lleve el uniforme de la escuela. Pero no voy a dejar que abuse de Alba y de mí en este universo paralelo.

—Prefiero bailar con Alba que contigo —le digo a Victoria, lo suficientemente alto como para que el resto de la clase pueda oírlo—. Ese vestido hace que parezcas un tomate.

Esto hace que todos se rían e incluso Olivia y Kim son incapaces de contener una risita nerviosa. Antes de que Victoria tenga oportunidad de replicar, tiendo la mano hacia Alba.

—Mostrémosle cómo se hace.

Alba me mira como si acabara de decirle que tenemos que pilotar una nave espacial a Marte. No obstante, me sigue y viene detrás de mí,

impulsando la silla de ruedas de alta tecnología con una mano de camino a la pista de baile donde el DJ nos espera.

—¿Qué estás haciendo? —me susurra, cuidándose de no alzar la voz—. Antes me dijiste que pensabas que bailar es estúpido, y ahora quieres que empiece a contonearme en esta condenada silla de ruedas. Todos se van a reír de mí.

Niego con la cabeza. Se me ha ocurrido un plan. Quizá no sea gran cosa en materia de bailes tradicionales del mundo, pero hay unos cuantos pasos de baile que todavía recuerdo. Y lo único que espero es que, en este universo, Alba los recuerde también.

—Dijiste que solías bailar con mamá en la cocina. ¿Te enseñó alguna vez sus pasos de hip-hop de la vieja escuela?

Alba parece desconcertada, pero aun así asiente con la cabeza.

—Fue con esa canción «intergaláctica». Me reí tanto que casi me atraganto con la pizza —dice, y se queda mirándome con los ojos como platos—: Oh, no. No puedes estar hablando en serio.

Con el gesto de asentimiento del DJ, Alba y yo ocupamos nuestros puestos en medio de la pista. El resto de la clase ha rodeado el escenario y aguarda expectante a que hagamos el ridículo. Alba está en su silla de ruedas a mi derecha, los brazos doblados sobre el pecho, mientras que yo he tomado prestada una gorra de béisbol, que me he puesto del revés para darle al uniforme de la escuela un toque hip-hop. Si todos se van a reír, mejor darles un motivo.

Suena la voz robótica que nos sirve de entrada y, cuando la canción empieza a retumbar, yo ya estoy moviéndome al ritmo de la música.

Con los brazos doblados en ángulo de noventa grados, me muevo y me detengo con cada paso, giro el tronco hacia la derecha y sacudo los brazos en un ritmo de apagado-encendido antes de girar la cabeza en la misma dirección. Veo a Alba hacer lo mismo, ambos estamos bailando como robots del año 3000 mientras se oye de nuevo el coro intergaláctico de la canción. Subo un hombro hasta la oreja, me ladeo y enderezo de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha. La ola robótica avanza a través de

nuestros cuerpos a medida que subimos y bajamos en perfecta simetría. Al frente de la multitud que nos observa, veo a Victoria decirle algo al oído a su amiga Kim, que se limita a responder con una de sus risitas nerviosas. Difícilmente podría verme más ridículo, pero me tiene sin cuidado, y me limito a sacudir los brazos al ritmo de las moléculas danzarinas que flotan en el aire desde que la canción se apoderó de todo el recinto.

Cuando el DJ hace un *scratching*, Alba y yo caemos de inmediato en una pose congelada. Una mano en la cadera, la otra apuntando al cielo mientras los raperos farfullan su parlamento al compás del ritmo tecno. Con cada verso del coro, cambiamos de posición con los brazos doblados en una pose de hip-hop, y luego, cuando la voz robótica suena de nuevo, empezamos a crear formas de Tetris.

Dentro de mi cabeza, puedo ver a mamá bailando el *voguing* en la cocina con una sonrisa enorme dibujada en la cara. Recuerdo gritar los nombres de las diferentes formas (cuadrado, rombo, triángulo) a medida que ella cambiaba de una pose estática a la siguiente.

Oigo la aclamación de los espectadores justo cuando retomo el baile robótico. Mis brazos se mueven de un lado a otro como si sufrieran tirones, tiemblan hasta detenerse y luego vuelven a acelerarse. A mi lado, Alba hace lo mismo al tiempo que rotamos para mirarnos el uno al otro. De algún modo, a pesar de que estamos bailando, no podemos dejar de sonreír y la sonrisa en la cara de Alba refleja la mía.

En los límites de la pista, el resto de la clase empieza a sumarse a nuestro baile. Puedo ver a Wesley MacNamara sacudiéndose robóticamente en su mono de baile blanco, e incluso a Olivia y Kim, que están subiendo y bajando las cabezas al ritmo de la melodía. La única que permanece quieta es Victoria, cuyos ojos se han convertido en dispositivos láser que emiten rayos letales en nuestra dirección.

Con los brazos en alto, apunto a las estrellas al tiempo que Alba hace lo mismo, y boto en el lugar como mamá lo hacía, justo en el momento en que la voz robótica invita al resto de la clase a unirse al coro.

Ahora todos nos imitan y nos rodean y la pista de baile bota entera. A nadie le importa cuán ridículo pueda verse. Alba y yo nos confundimos

entre la multitud, y todos los rincones del salón se sacuden al ritmo de la melodía robótica.

Justo entonces comprendo por qué la gente baila. Cuando estás absorto en una canción no te sientes solo. Cierro los ojos durante un segundo y vuelvo a vislumbrar a mamá en mi mente, la sonrisa en su cara mientras me ve bailar. Por desgracia, cuando los abro de nuevo, ella desaparece.

En el momento en que la canción termina con una fanfarria de *scratches*, se oye una aclamación atronadora. Miro en la dirección de los focos, que ahora alumbran al jurado, y entiendo el porqué. Todos los jueces sostienen las tarjetas de puntuación en alto y cada uno nos ha dado a Alba y a mí un diez perfecto.

13

—Gracias.

Alba se vuelve para sonreírme al llegar al final de las escaleras.

—¿Por qué?

Levanta la barandilla de seguridad y saca la silla de ruedas de la plataforma del salvaescaleras.

—Es la primera vez que bailo desde el accidente —responde—. Desde que mamá murió. Había olvidado lo divertido que puede ser.

Alba abre la puerta de la habitación con un leve empujón y entra. Yo la sigo. Cuando regresamos a casa, el abuelo Joe estaba roncando en su sillón, y al pasar a hurtadillas frente a la puerta del salón vi que en la tele estaban echando *Regreso al futuro*. Ahora ha llegado la hora de averiguar a qué se refería exactamente Alba cuando dijo que sabía qué necesitaba para encontrar a mamá de nuevo.

—¿Todavía la extrañas? —pregunto.

—Todos los días —responde. Alba dirige la mirada al recuadro de cielo estrellado que puede verse a través de la claraboya—. A veces me siento aquí, en la oscuridad, a mirar las estrellas con el telescopio y recuerdo todas las cosas que me decía. Eso me hace sentir que sigue aquí conmigo.

Pienso en cuán cerca estoy de encontrar a mamá de nuevo, y una punzada de excitación me recorre la columna vertebral. Entonces Alba

enciende la luz y ambos nos damos cuenta al mismo tiempo de que algo está muy mal.

El telescopio sigue apuntando a través de la claraboya del ático, pero las pilas de libros y tebeos están ordenadas y en medio de la habitación no hay señal alguna de mi caja de cartón.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto. De forma instantánea he entrado en pánico—. ¿Dónde está la caja?

Alba tiene la cabeza entre las manos.

—Lo siento. El abuelo Joe debe de haber arreglado la habitación.

Encontramos la caja de cartón en el cobertizo, medio aplastada bajo una pila de cosas para reciclar. Junto a ella hay un contenedor verde lleno de desperdicios orgánicos encima de los cuales destaca un plátano marrón. Y en la parte posterior del cobertizo, sobre el banco de trabajo, veo el ordenador cuántico de mamá y encima de él el contador Geiger. Ambos aparatos parecieran estar aguardando a ser desmantelados, pues a su alrededor se encuentran todos los proyectos y tareas de bricolaje que papá ha abandonado.

De inmediato voy a por el portátil y presiono el botón de encendido, pero la pantalla permanece negra. Supongo que la batería debe de haberse agotado, y con ella cualquier esperanza que tuviera de ver a mamá de nuevo.

—Lo siento —dice Alba, acercándose con su silla de ruedas al banco de trabajo—. No pensé que el abuelo Joe fuera a ponerse a arreglar mi habitación sin estar yo presente. Imagino que cuando vio la caja de cartón pensó que eran cosas viejas de papá, listas para el reciclaje.

Yo no digo nada en respuesta. La teoría del plátano cuántico era la única oportunidad que tenía de encontrar un universo paralelo en el que mamá siguiera viva. Con el experimento arruinado, estoy varado aquí. Sin posibilidades de encontrar a mamá. Sin forma de volver a casa.

Alba levanta la cabeza y me mira. En la tenue luz que ilumina el cobertizo veo mis propios ojos mirándome fijamente y advierto un destello de determinación en ellos.

—Podemos arreglarlo —dice Alba—. Y mientras lo hacemos, te contaré cómo la física cuántica puede ayudarte a encontrar a mamá.

Con el portátil conectado al cargador y el plátano rescatado de entre la basura orgánica, Alba comienza a explicarme lo que quería decirme.

—Los átomos y las partículas pueden comportarse de formas de verdad extrañas...

—Todo eso ya lo sé —la interrumpo mientras lucho por enderezar los lados de la caja de cartón, que se han combado hacia dentro. Una esquina de la caja está un poco húmeda y tiene un olorcillo raro, como si un gato se hubiera meado allí—. En ocasiones, la misma partícula puede estar en dos lugares diferentes a la vez; así fue como los científicos supieron de la posible existencia de los universos paralelos.

Frunciendo el ceño, Alba me mira de la misma forma en que papá suele mirar a los entrevistadores de la tele que lo interrumpen con una pregunta realmente estúpida.

—Eso no era lo que iba a decirte —replica con cara enfurruñada.

Dado que en este momento Alba está sentada junto a algunas herramientas de uso profesional, entre las que se incluyen un martillo de carpintero y un par de alicates de aspecto amenazador, me apresuro a cerrar la boca y dejarla seguir con la explicación.

—Lo más extraño acerca de la física cuántica —dice— no es que la misma partícula pueda estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo, sino el hecho de que dos partículas distintas pueden actuar como si fueran la misma partícula.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Los científicos lo llaman «entrelazamiento cuántico» —me explica—. Cuando dos partículas están unidas de una forma extraña y peculiar, cualquier cosa que descubras acerca de una de esas partículas de inmediato resulta verdadero de la otra partícula también, sin importar dónde se encuentre. Podrías llevar esas dos partículas a extremos opuestos del universo y seguirían conectadas. Si una de las partículas está girando, entonces eso significa que la otra partícula está girando de la misma

manera, incluso a pesar de encontrarse al otro lado del universo. Es como si existiera una especie de vínculo telepático entre las partículas entrelazadas que les permite comunicarse más rápido que la velocidad de la luz.

En este punto no puedo evitar interrumpir a Alba de nuevo.

—Eso es imposible —digo, recordando un dato que aprendí en uno de los programas para la tele de papá—. Albert Einstein dijo que nada podía viajar más rápido que la velocidad de la luz, ni siquiera unas extrañas partículas telépatas capaces de hacerse girar las unas a las otras. Va contra las leyes de la ciencia.

—Según la física cuántica, no —replica Alba—. Las partículas comparten el mismo estado cuántico, incluso a pesar de estar a miles de millones de años luz unas de otras. Albert Einstein lo llamó «espeluznante acción a distancia» porque pensaba que era tan extraño que era imposible, pero los científicos han realizado experimentos que demuestran que el entrelazamiento cuántico existe.

Para cuando llega al final de la explicación, me siento todavía más confundido que cuando empezó. El cerebro me duele. La física cuántica me ha causado dolor de cabeza. Ha llegado el momento de ir al grano.

—¿Cómo puede ayudarme eso a encontrar a mamá?

—¿No lo ves? —dice Alba, que a cada minuto que pasa se parece más y más a papá—. Si las partículas entrelazadas pueden mantenerse conectadas en extremos opuestos del universo, entonces ¿por qué no podrían mantenerse conectadas también a través de distintos universos paralelos?

Toma los alicates del banco de trabajo y por un instante temo que se disponga a hacer bricolaje conmigo por haberla interrumpido de nuevo, pero en lugar de ello lo que hace es darles vueltas en el aire.

—Las partículas de este par de alicates deben de estar entrelazadas con las partículas del mismo par de alicates en otro universo paralelo. Si quieres hallar el otro par, solo necesitas echar una mirada cuántica a estas y ellas te dirán lo que necesitas saber. Para encontrar a mamá, necesitamos algo que ella soliera ponerse todos los días, algo que ella atesorara, como un anillo o un collar, quizá. Con eso conseguiremos encontrar el universo paralelo en el que ella sigue poniéndoselo. El mundo en el que ella sigue viva.

Siento cómo cobra vida una pequeña chispa de esperanza dentro de mi corazón. Algo que ella atesorara...

Escarbando en el fondo del bolsillo saco la amonita que mamá y yo encontramos en el páramo. La espiral dorada destella en la media luz y Alba da un grito ahogado al reconocerla.

—Papá iba a hacer con ella un collar para mamá —digo—, pero nunca encontró el tiempo.

—En este universo sí lo hizo —contesta, estirando la mano para tocar el fósil como si no acabara de creerse que es real—. Mamá solía llevar el collar cada día. Pero después de que murió, papá regaló todas sus joyas. Dijo que era demasiado doloroso verlas por ahí sin mamá para usarlas. —Alba se seca una lágrima en la comisura del ojo—. Me hubiera gustado quedármelo.

Bajo la mirada hacia el fósil de cien millones de años que tengo en la palma de la mano. De algún modo ahora me resulta incluso más valioso que antes, pero no puedo evitar sentir también cierta envidia de Alba. Con su programa de televisión y todo lo demás, papá siempre estaba demasiado ocupado para hacerle a mamá su collar, pero en este mundo paralelo consiguió encontrar el tiempo que necesitaba.

¿Qué más me he perdido? ¿Es posible que haya nacido en el universo equivocado? Aprieto la amonita con fuerza. Es hora de que encuentre el correcto.

—Y bien: ¿qué tenemos que hacer con esto?

Alba estira el brazo hacia el banco de trabajo y agarra lo que parece ser un termo cubierto de alambres, cables y cinta americana.

—Lo ponemos dentro.

—¿Y qué es eso? —pregunto. Para ser sincero, no estoy seguro de que poner un fósil dentro de un termo para té de alta tecnología vaya a ayudarme a encontrar a mi madre.

—Es un enlazador cuántico —responde Alba—. Lo construí yo misma. Sirve para calcular el estado cuántico de cualquier partícula que se ponga dentro.

Entonces toma el cable USB que cuelga de la parte inferior del termo y me lo enseña.

—Si lo conectamos al ordenador cuántico de mamá, entonces debería poder localizar el universo paralelo exacto en el que se encuentra la otra amonita y en el que, crucemos los dedos, encontrarás a mamá llevando el collar.

No puedo contener una sonrisa. Si lo que Alba me está diciendo es verdad, ella ha inventado una versión cuántica de la navegación por satélite capaz de llevarme directamente con mamá. Es posible que suene jactancioso que yo lo diga, pero esta versión femenina de mí de verdad es asombrosa.

—¿Cómo fue que terminaste siendo semejante cerebrito? —le pregunto.

—Tú eres tan cerebrito como yo —responde Alba con una sonrisa idéntica a la mía—. A fin de cuentas ambos inventamos la teoría del plátano cuántico. Todo lo que tenemos que hacer ahora es reconstruir el experimento conectando también el enlazador cuántico. Eso debería bastar.

—¿A qué estamos esperando? —digo. Estoy desesperado por averiguar si esto realmente funciona—. ¡A enlazar se ha dicho!

Mientras trabajamos juntos en el montaje del experimento, empiezo a darme cuenta de cómo habría sido tener una hermana o un hermano. El hecho de que al nacer hubiera tenido algunos problemas de salud hizo que mamá y papá decidieran no arriesgarse a tener otro bebé. Yo nunca le di importancia. Mamá siempre estaba para mí: inventando juegos brillantes, respondiendo a todas mis preguntas, haciéndome sentir que nunca estaba solo. Pero ahora no tengo a nadie (aparte de papá, se entiende, y él nunca está en casa).

Mientras veo a Alba desenroscar la tapa del termo y poner dentro el fósil, pienso que habría sido muy divertido tener una hermana, alguien con quien pasar el rato, alguien a quien buscar cuando las cosas salían mal. Alba vuelve a tapar el termo. Alguien que compartiera su enlazador cuántico conmigo.

—Probemos —dice ella, mirándome con emoción.

Primero conecto el cable USB del enlazador al portátil, utilizando el puerto libre que hay al lado del puerto en el que está conectado el contador Geiger. Después, con el corazón retumbando en mi pecho, presiono el botón de encendido.

La pantalla del ordenador se enciende al instante y veo de nuevo el flujo brillante de ceros y unos: una avalancha de datos incesante. Miro a Alba, el mismo brillo ilumina su cara.

—Funciona —dice, y casi suena como si ella misma no pudiera creérselo.

—Pero ¿cómo? Estos datos provienen del Gran Colisionador de Hadrones de *mi* universo. ¿Cómo puede este portátil seguir conectado a la Grid?

—Es un ordenador cuántico —responde Alba—. Funciona utilizando copias de sí mismo en otros universos paralelos para procesar los datos. Eso es lo que lo hace tan potente. No solo está conectado a la Grid en tu universo, sino en cada universo paralelo...

Una voz fuera del cobertizo interrumpe la explicación de Alba.

—¿Alba, estás ahí dentro?

Es el abuelo Joe.

Cruzamos una mirada de pánico. Será imposible explicarle al abuelo qué estamos haciendo en el taller de papá. No hay tiempo para hablar y solo hay un lugar en el que pueda esconderme. Tomo el portátil del banco de trabajo y me meto en la caja de cartón reconstruida mientras Alba intenta ganar tiempo.

—¡Ya voy, abuelo! —grita—. Solo estaba clasificando las cosas para reciclar.

Acurrucado en el fondo de la caja, intentando no prestar atención al hedor a meados de gato, oigo que Alba me llama con un susurro.

—Albie.

Al alzar la cabeza veo que sostiene el plátano que rescató del contenedor de restos orgánicos. La piel antes amarilla está ahora casi completamente cubierta de manchas marrones y no ganaría ningún concurso de belleza frutal, pero es la pieza que me falta para que el experimento funcione.

—Gracias —digo, estirando el brazo para cogerlo. Pongo el plátano al lado del contador Geiger en un rincón de la caja, y me vuelvo para mirar a Alba—: Por todo.

—Buena suerte —responde ella, mordiéndose el labio para contener el llanto.

Yo también siento cómo mis propios ojos se llenan de lágrimas. Solo hay tiempo para preguntarle una última cosa:

—Si encuentro a mamá de nuevo, ¿qué debo decirle?

Alba se limpia los ojos con el dorso de la mano.

—Dile que la quiero.

Y acto seguido cierra las solapas de la caja sobre mi cabeza y me deja solo, en la oscuridad.

La pantalla del portátil emite el habitual brillo verde, los ceros y unos centellean mientras el ordenador calcula el estado cuántico del fósil que hemos metido en el enlazador cuántico. Fuera de la caja se oye la puerta del cobertizo al abrirse y la voz del abuelo Joe. Pero antes de que tenga oportunidad de oír lo que dice, el contador Geiger hace clic y el universo se estremece hasta quedar en silencio.

Ha ocurrido de nuevo.

Secándome una lágrima, respiro hondo antes de abrir la tapa de la caja. ¿Es posible que esta vez mamá esté esperándome fuera?

14

Levanto la tapa de la caja y sé de inmediato que algo ha salido mal. Cuando me metí en la caja en el otro universo, hace apenas unos segundos, la única luz visible era la que producía la única bombilla del cobertizo, pero ahora la luz del sol entra a raudales por la ventana del taller iluminándolo todo. Es casi como si además de viajar adelante en el tiempo hubiera saltado de la noche al día al pasar de un universo a otro.

Con nerviosismo, salgo de la caja, preguntándome qué otras diferencias voy a encontrar en este nuevo universo paralelo.

La puerta del cobertizo está abierta y al mirar alrededor casi caigo dentro de la caja conmocionado por la sorpresa: mi padre está sentado en el banco de trabajo. Sin embargo, él no me mira. Concentrado en su labor, inclina la cabeza mientras enhebra una cadena de collar a través de la espiral de la amonita. Durante un instante pienso que estoy de regreso en casa, en mi propio universo, pero entonces caigo en la cuenta de que el fósil de mi mundo sigue dentro del enlazador cuántico.

En mi universo, papá nunca tuvo tiempo para hacer ese collar, pero parece que he encontrado un universo en el que sí lo ha hecho, y este tiene que ser uno en el que mamá siga viva.

—¡Albie! —dice papá, que, sorprendido al verme, deja caer los alicates —. Ni siquiera te oí entrar.

Entonces niega con la cabeza y me mira con cara de confusión.

—¿No se suponía que volvías mañana? Te habría ido a recoger a la escuela si hubiera sabido que regresabas antes. ¿Te gustó el viaje a Londres? ¿Qué tal te ha parecido el Museo de Historia Natural?

He aquí una prueba adicional de que no estoy en mi universo. Yo nunca he ido al Museo de Historia Natural de Londres.

Papá no deja de mirarme a la espera de una respuesta, de modo que suelto la primera palabra que me viene a la mente.

—¿Dinosaurios?

—¿Dino-qué? —dice papá, frunciendo el ceño con desconcierto—. No creo que haya oído esa palabra antes. ¿Se trata de algo nuevo que estáis viendo en la escuela?

Confundido, me apresuro a cambiar de tema.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto—. ¿No se supone que tendrías que estar trabajando en la mina hoy?

Papá niega con la cabeza.

—Ya sabes que ahora solo trabajo tres días a la semana, como todos los demás. No queda suficiente carbón allá abajo como para trabajar todos los días —dice. Y baja la mirada hacia el fósil que tiene en la mano, cuya cadena sigue sin abrochar—. De modo que pensé que podía ponerme manos a la obra con un proyecto inconcluso.

Ahora sí que estoy de verdad confundido. Papá habla como si fuera un minero, no un científico famoso. Sin embargo, lo único que de verdad me importa es el fósil que reposa en la palma de su mano.

—Le estás haciendo el collar a mamá —digo.

Papá recorre con el dedo la espiral de la amonita, que a la luz del sol emite destellos dorados.

—Sí —responde, asintiendo con la cabeza con aire pensativo—. Mejor tarde que nunca, me dije.

No puedo seguir ocultando mi emoción por más tiempo.

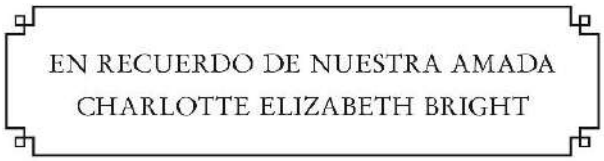
—¿Podré ver a mamá cuando se lo entregues?

Advierto un destello de dolor en los ojos de papá, pero él se apresura a ocultarlo.

—Buena idea —dice, obligándose a sonreír. Cierra el broche y se mete el collar en el bolsillo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que

fuimos a verla juntos.

Pese a que es un día soleado, no puedo librarme del frío que se me ha metido en los huesos mientras miro la lápida.



Papá pone el collar alrededor del cuello del ángel grabado en la parte alta de la piedra. Estoy en otro estúpido universo en el que mamá está muerta y ni siquiera sé por qué. Cáncer. Accidente automovilístico. Y tampoco me siento capaz de preguntar. Pensé que esta vez sería diferente. Aunque no dejo de morderme el labio, ya no puedo controlar el llanto.

—Está bien —dice papá, rodeándome con el brazo—. Yo también sigo echándola de menos. Creo que por eso quería terminar el collar... después de todos estos años. Mientras lo hacía, pude olvidarme por un momento, solo por un momento, de que ella ya no está aquí.

Se saca un pañuelo de papel del bolsillo y me lo pone en la mano.

—No es justo —sollozo. Y me sueno la nariz con un estremecimiento.

—Sé que no es justo —dice papá—, pero mientras estemos juntos como nos dijo, todo estará bien.

Desde el páramo llega un viento frío que recorre el cementerio y me hace tiritar, mientras la sombra del chapitel de la iglesia de Santo Tomás se acerca más a la tumba.

—Cuando tu madre murió me sentí completamente perdido —continúa papá, abrazándome con fuerza para protegerme del frío—. Lo único que podía hacer era trabajar a todas horas, todos los días, e intentar olvidar. En ese entonces todavía había suficiente carbón en la mina, obvio. Pero tú me ayudaste a afrontarlo, Albie. Me hiciste ver que la vida seguía valiendo la pena, incluso sin tu madre.

Giro la cabeza y la alzo para mirar la cara de mi padre. Las lágrimas titilan en sus ojos.

—El mejor de la clase; listo como tu madre. Ella estaría tan orgullosa de ti, Albie. Tanto como lo estoy yo.

No sé qué decir. Yo no soy el Albie que él cree que soy. Pero con su brazo en mi hombro, decido que por el momento no me importa.

El viento empieza a soplar con más fuerza y azota las flores que papá ha puesto sobre la lápida de mamá.

—Se está levantando un buen viento —comenta, echando un vistazo al páramo—. ¿Qué tal si volvemos al taller y empezamos a trabajar en esa cometa que te prometí?

De regreso en el cobertizo, papá me enseña cómo hacer una cometa. Toma dos varas largas y delgadas y yo le ayudo a pegarlas formando una cruz. Tras reforzar la unión con un trozo de cuerda, papá ensarta otro trozo en las muescas que ha hecho en los extremos de las varas para crear un marco para la cometa. Luego rescatamos algunos periódicos viejos de la pila de reciclaje y los usamos para cubrir el marco.

Leo algunos de los titulares de las portadas mientras pegamos los periódicos. CRISIS ENERGÉTICA. SIN CARBÓN IMPOSIBLE. LLEGAN LOS CORTES DE ELECTRICIDAD. No parece que las cosas estén marchando muy bien en este universo paralelo. Quizás a eso se refería papá cuando dijo que solo trabajaba tres días a la semana. Sin embargo, no tengo tiempo de averiguar más al respecto ahora que papá ha fijado un ovillo de cuerda al marco.

—Creo que ya está lista —dice, alzando la cometa de papel de periódico —. Vamos al páramo a hacer un vuelo de prueba.

Ya mientras la llevo colina arriba, el viento empieza a tirar de la cometa, ansioso por liberarla. En el camino, papá me hace toda clase de preguntas acerca del viaje con la escuela a Londres, mis amigos y mis planes para el resto del fin de semana.

La cabeza me da vueltas. No tengo ni idea de qué respondería el Albie de este universo a esas preguntas. Él sigue en Londres, de paseo con sus compañeros, y desde mi punto de vista lo que estoy haciendo es tomarle prestado a su padre por un día. La cuestión, no obstante, es que en el fondo de algún modo he empezado a desear que fuera posible quedarme.

En la cima de la colina, yo me encargo de la cuerda y papá corre para lanzar la cometa al aire. Tan pronto como la deja ir, la cometa se eleva hacia el cielo como un avión de papel. Con rapidez le doy más cuerda a medida que se retuerce, gira y tira con fuerza. La cometa vuela más y más alto con cada nueva ráfaga del viento que barre el páramo. Desde aquí puedo ver la iglesia de Santo Tomás, papá se reúne conmigo para ver cómo la cometa se alza incluso por encima del chapitel.

—Agárrala con fuerza, Albie —dice, levantando la mano para protegerse los ojos del sol—. Nunca la dejes ir.

Y yo pienso en mamá y en que eso es algo que nunca haré.

Sentado en la cocina, miro a papá preparar emparedados de queso para ambos.

Estoy cansado pero feliz. Después de volar la cometa durante una hora o dos, regresamos al taller y papá decidió que debíamos construir un Transformer de tamaño natural con cajas de cartón, uno capaz de convertirse en coche, en avión y finalmente de nuevo en robot. Papá incluso encontró una vieja cámara de vídeo y pasamos el resto de la tarde haciendo una película en la que yo fingía salvar al planeta Tierra de una invasión de robots malignos.

No os preocupéis, fui prudente y me aseguré de poner a salvo la caja de cartón con el experimento del plátano cuántico. Le pedí a papá que me ayudara a subirla a mi habitación con la excusa de que era para un proyecto de la escuela en el que estaba trabajando. Él me preguntó si podía ayudarme, pero pensé que sería un poco extraño ponerme a explicarle a mi padre en qué consiste la física cuántica.

Lo curioso es que en todo el tiempo que estuvimos juntos, no dejamos de hablar: papá respondía a cuanta pregunta le planteaba, justo como mamá solía hacer. Nunca antes me había divertido tanto con él. Es como si en este universo paralelo hubiera recibido un trasplante de personalidad e intercambiado cerebro con el padre de ese libro que la señorita Forest me dio a leer, *Danny, el campeón del mundo*.

Ahora, mientras fuera de la cocina la luz del sol empieza a desvanecerse, papá sirve los emparedados de queso en dos platos, el mío con Marmite derretida, justo como me gusta.

—Estás un poco callado, Albie —dice mientras lleva los platos a la mesa de la cocina—. ¿En qué piensas?

Es entonces cuando decido dejar de preocuparme por lo que el Albie de este universo diría y en lugar de ello comienzo a contarle a papá todo. Que Wesley MacNamara siempre me pega exactamente en el mismo lugar del brazo, de modo que cada vez me duele un poco más. Que Victoria Barnes me llama Lerdo Baboso. Y que mi mejor amigo, Kiran, quiere enviar al espacio algo que nadie haya enviado nunca allí, pero no sabe qué elegir. Y mientras comemos nuestros emparedados, papá solo me escucha, preguntando de vez en cuando, o comentando algo que hace que todo parezca estar bien.

Estoy a punto de decirle que en realidad soy un Albie procedente de un universo paralelo, que me he topado ya con un gemelo malvado y una versión femenina de mí mismo, y que pensaba que podría usar la física cuántica para encontrar a mamá de nuevo, pero al parecer no termino de hacerlo bien. Sin embargo, antes de que tenga la oportunidad de hablar, todas las luces se apagan.

15

—¿Es un apagón? —pregunto.

Oigo a papá escarbar en los cajones de la cocina buscando algo y luego veo la chispa de una cerilla.

—Ya deberías estar acostumbrado al corte nocturno, Albie —dice mientras enciende una vela y la lleva a la mesa—. Con el carbón agotándose, el gobierno sigue racionando el suministro eléctrico. Es posible que en Londres tengan electricidad hasta más tarde, pero aquí a las nueve se apagan las luces, todas las noches, sin importar si has acabado tu emparedado de queso o no.

Papá pone la vela sobre la mesa entre ambos y luego coge el último trozo de su emparedado. En el resplandor naranja de la vela, advierto una mueca de preocupación en su rostro.

—¿Te sientes bien, Albie? —me pregunta—. No te diste un golpe en la cabeza o algo mientras estabas en Londres, ¿verdad?

Niego con la cabeza, pero por dentro me riño a mí mismo. Desde que me metí por primera vez dentro de la caja de cartón, no me había sentido tan en casa como me siento ahora mismo. Sé que mamá también está muerta en este universo, pero de algún modo papá se esfuerza por compensarlo como mejor puede. Y yo he estado a punto de delatarme por hacer la pregunta equivocada. Necesito aclarar mis ideas antes de decir alguna otra cosa que deje en evidencia que este no es mi lugar.

—Estoy bien, papá —le digo con rapidez—. Solo necesito un poco de aire.

Papá mira a través de la ventana, el cielo está ahora casi completamente negro y las estrellas empiezan a brillar.

—¿Qué tal si sacamos el telescopio? —dice al retirar los platos—. Las lunas deben de salir pronto.

Mientras papá instala el telescopio en el patio, me acurruco dentro de mi forro polar (quiero decir, el del Albie de este universo). El viento sigue soplando con fuerza desde el páramo, moviendo las nubes con rapidez a través del cielo y haciéndome tiritar.

A mi espalda, la casa se encuentra a oscuras. No habrá electricidad hasta mañana por la mañana. Sé que debería mantener la boca cerrada, pero todos los titulares que he leído y lo que papá ha dicho han sembrado la semilla de la preocupación dentro de mi cabeza.

—Papá —digo—: ¿Qué pasará cuando el carbón se agote definitivamente?

Papá levanta la cabeza del visor del telescopio, la cara medio escondida en las sombras.

—Tendré que buscarme otro trabajo —bromea—. Sería absurdo seguir bajando a la mina si no hay nada allí que extraer.

—Pero tú eres un científico.

Papá se ríe.

—Ya quisiera —dice—. Hoy estás muy chistoso, Albie. Soy un minero, como lo fue tu abuelo Joe antes de morir.

Las últimas palabras me golpean como un puñetazo invisible en la tripa. Me había preguntado dónde podría estar el abuelo Joe en este universo paralelo, pero no encontraba la forma de plantear la pregunta. Muerto, igual que mamá. Tengo la impresión de que el universo se encoge un poco más.

Pensé que la física cuántica me ayudaría a arreglar las cosas, pero parece ser que solo me está sirviendo para alejar de mi lado a las personas que quiero una y otra vez. Me muerdo el labio inferior para contener las lágrimas.

—No te preocupes, Albie —dice papá al advertir la tristeza en mi cara —. El gobierno encontrará el modo de que todo vaya bien. Desde que el petróleo se agotó hace unos cuantos años, puso a los mejores científicos a buscar nuevas fuentes de energía. El carbón durará todavía unos años, y para cuando se acabe ellos habrán encontrado la solución.

Mientras que en otro universo papá ha inventado la fusión fría (energía ilimitada y gratuita), en este lo único que puede hacer es sentarse en la oscuridad y esperar.

—Mira —dice señalando al cielo, la cara iluminada por una nueva y extraña luz—. Las lunas han salido.

Las nubes que cubrían el cielo han empezado a despejarse y, al levantar la cabeza, no puedo creer lo que ven mis ojos. Hay dos lunas llenas en medio del cielo, una junto a la otra. Parpadeo con fuerza, pensando en un primer momento que estoy viendo doble, pero cuando vuelvo a abrir los ojos las dos lunas siguen ahí. Las palabras del libro de papá se repiten en mi mente. *Un cambio pequeñito...*

—Dos lunas —suspiro.

—Igual que siempre —dice papá sonriendo—. No tienes que fingir que estás sorprendido. Venga, veamos si podemos encontrar los lugares en los que aterrizaron Armstrong y Gagarin en cada una.

A través del telescopio me enseña la geografía de la Luna Uno y la Luna Dos. Señala el mar de la Tranquilidad y el océano de las Tormentas, los montes Apeninos y el cráter de Fra Mauro, donde, según me cuenta, aterrizó la misión Apolo 13. Las llanuras y valles, los cráteres y las montañas de la Luna Uno me resultan todos muy familiares. Hasta donde puedo ver, la Luna Uno es un gemelo perfecto de la luna que miraba con mamá todas las noches antes de que muriera.

La Luna Dos, en cambio, tiene una extraña tonalidad gris azulada y al mirarla a través del telescopio tengo la impresión de estar explorando un mundo completamente nuevo. Papá identifica el océano de la Incertidumbre, donde, me dice, Yuri Gagarin aterrizó en el *Lunar 3 Lander*. Me muestra el mar de la Miel, que se encuentra rodeado por las montañas Heisenberg, y en medio de él, el inmenso cráter Everett, que nos mira como

si fuera un ojo gigante. En esta segunda luna todo parece diferente, y las sombras desconocidas para mí le dan un rostro nuevo y extraño.

Sorbiendo de la taza de cacao que papá calentó en el hornillo de campaña, me siento a su lado en los escalones que dan al patio y permanecemos ahí bajo las dos lunas. Sentado junto a papá, siento que por fin estoy en casa. Sin embargo, cada vez que alzo la cabeza para mirar al cielo veo un recordatorio gigante de que este no es mi mundo.

—¿Sabes? —dice después de probar su taza de cacao—. Apuesto a que tu madre ya habría resuelto esta crisis energética. A ella siempre se le estaban ocurriendo ideas brillantes. Cuando eras un bebé, solíamos sacarte a pasear por el páramo para que durmieras, y mientras caminábamos hablábamos acerca de lo que se podría hacer si el carbón se acababa. Tú ibas ahí, en tu cochecito, con tu molinete de juguete girando enloquecido en la brisa, y tu madre y yo ideábamos toda clase de planes descabellados. En una ocasión, propuse construir una cadena de turbinas de viento que atravesara todo el páramo. Pensé que podríamos usar la energía del viento para proveer a Clackthorpe de su propia electricidad. Sé que suena un poco loco, pero tu madre creía que podría funcionar. —Termina su taza de cacao y deja escapar un suspiro de fatiga—. Pero entonces se puso enferma y ya no hubo tiempo para perseguir imposibles.

Las lunas gemelas iluminan la tristeza que se refleja en sus ojos mientras mira hacia la oscuridad. En otro mundo es un científico. En otro universo ha salvado el mundo. Y ahora tiene la oportunidad de hacer lo mismo aquí.

—¿Por qué no intentamos hacerlo ahora? —pregunto.

Papá se vuelve a mirarme con sorpresa y luego suelta una carcajada. En sus ojos, reconozco la misma mirada que, en mi universo, papá tiene cada vez que realiza uno de sus experimentos locos en la tele.

—De acuerdo —dice con una sonrisa—. Hagámoslo.

Armados con velas y faroles para iluminar el taller, nos ponemos manos a la obra. Papá se ha encargado de sacar el alternador del viejo Ford Ka del abuelo Joe y lo ha puesto sobre el banco de trabajo, donde ahora espera,

listo para convertirse en el generador de la turbina de viento. Yo estoy ocupado quitándole a «mi» bici la rueda y los engranajes traseros (y rogando para que el Albie de este universo no se moleste cuando descubra lo que he hecho).

En el banco de trabajo, papá está ensamblando las aspas que ha hecho con las persianas venecianas de la cocina. Corta a medida las láminas de la persiana y luego las une con tornillos para conseguir que cada aspa sea más resistente. Cuando termina con la última, se acerca para ayudarme a liberar la rueda y llevarla al banco de trabajo, donde le pondremos las aspas de la turbina.

—¿De verdad crees que va a funcionar? —me pregunta.

Asiento con la cabeza emocionado mientras papá comienza a atornillar cada una de las aspas a la rueda de bici.

—Es la energía del futuro —le digo, pensando en la cadena de turbinas eólicas que se extiende a lo largo del páramo en mi universo—. Y lo mejor de todo es que nunca se agotará.

El reloj que cuelga en la pared del cobertizo dice que es casi medianoche. No puedo creer que no haya dormido durante casi veinticuatro horas, y que en ese tiempo haya viajado a tres universos paralelos, conocido versiones diferentes de mí mismo, robado un ornitorrinco animatrónico y triunfado en la pista de baile con los pasos hip-hop de la vieja escuela que me enseñó mamá. Sin embargo, lo más gracioso es que, como descubro mientras terminamos de poner en su sitio las poleas y engranajes de la turbina de viento, no me siento cansado en absoluto.

Pienso que lo que siempre he querido es que papá deje de viajar por todo el mundo y pase más tiempo conmigo. Que no sea un padre a tiempo parcial sino un padre de verdad, uno que esté a mi lado cuando lo necesito. Un padre que escuche lo que tengo que decir, igual que hacía mamá. Ahora, en este mundo con dos lunas brillantes en el cielo, finalmente he conseguido lo que quería.

Levanto la cabeza hacia el techo del cobertizo, donde papá ha fijado la turbina de viento casera que hemos hecho. Las aspas y la rueda de bicicleta

se recortan contra el globo gris azulado de la Luna Dos a medida que esta empieza lentamente a ponerse.

—¿Preparado? —pregunta papá.

Asiento con la cabeza y él estira el brazo para activar el interruptor. Cuando las aspas de la turbina giran y la rueda de la bici da vueltas, las guirnaldas de luces que hemos colgado por todas partes se encienden de repente e iluminan el jardín, convirtiendo al instante la noche en día.

—¡Funciona! —exclama papá, moviendo la cabeza de un lado para otro con asombro—. Tu madre siempre dijo que así sería. Con bastantes turbinas de viento como esta podríamos generar suficiente electricidad para abastecer a todo el pueblo. Quizás incluso al mundo entero. —Se vuelve hacia mí con una gran sonrisa—. ¡Lo hicimos, Albie!

De repente, me siento increíblemente cansado. Quiero decirle a papá cuán contento estoy, pero todo lo que sale de mi boca es un bostezo gigante.

—Venga, a descansar —dice, pasándome un brazo por encima del hombro—. Ya hemos salvado el mundo lo suficiente por una noche. Es hora de irse a la cama.

En un rincón de la habitación del ático, veo mi caja de cartón puesta bajo el alero, el experimento del plátano cuántico escondido y a salvo dentro.

Me siento en el borde de la cama, incapaz de mantener los ojos abiertos mucho más tiempo.

—Y ahora a dormir, Albie —dice desde el umbral—. Tendremos tiempo de sobra para decidir qué vamos a hacer con nuestro invento mañana. Quizá podamos ir a Londres y mostrarlo a los científicos del gobierno que están trabajando en la crisis energética. Enseñémosles que hemos encontrado por fin una solución posible.

—Eso suena estupendo, papá —le digo, luchando contra otro bostezo—. Ha sido un día magnífico.

Papá sonríe.

—Tu mamá tenía razón —agrega—. Si nos mantenemos juntos, podemos hacer cualquier cosa.

Luego cierra la puerta de la habitación sin hacer ruido y me deja solo en la oscuridad.

Permanezco allí sentado durante un segundo, mirando las lunas gemelas a través de la claraboya del techo. Sé que el Albie de este universo llega mañana de su excursión escolar. Debería ponerme de pie y meterme en mi caja de cartón. Pero sencillamente estoy demasiado exhausto y no puedo evitar echarme en la cama. Solo necesito cerrar los ojos un minuto...

—¡Papá, estoy en casa!

El sonido de mi propia voz subiendo por las escaleras me despierta del más profundo de los sueños de los que tenga memoria. Durante un segundo no sé dónde estoy. Luego veo el póster del sistema solar colgado encima de la cama, con dos lunas en órbita alrededor del planeta Tierra.

Ahora recuerdo. Esta no es mi habitación. Este no es ni siquiera mi universo.

La voz de papá flota escaleras arriba en respuesta.

—Albie —dice, e incluso desde aquí puedo distinguir la sorpresa en la voz—. No esperaba que fueras a despertar tan temprano después de que trasnocháramos tanto. Acabo de salir al jardín a comprobar la turbina de viento. Sigue funcionando.

—¿La turbina de qué?

Salgo de la cama de un salto y corro hacia la caja de cartón que se encuentra bajo el alero. No puedo estar más tiempo aquí. Quien está en la planta baja no es mi padre. Solo ha sido un préstamo.

Me meto dentro de la caja, pegando las rodillas al pecho para caber bien, y cierro las solapas una vez estoy acomodado. En la esquina, el ordenador de mamá sigue funcionando en silencio, la mancha de ceros y unos deslizándose por la pantalla. Hay un puñado de plumas dispersas sobre el teclado. Con rapidez verifico que el contador Geiger y el enlazador cuántico sigan conectados, y en ese instante oigo el ruido de pasos subiendo por la escalera.

Agarro el plátano, que ya está asquerosamente blando. En el supermercado donde hacemos la compra los plátanos tienen una fecha de consumo preferente, pero lo único que me importa ahora es saber su vida media radiactiva. Tan pronto como un solo átomo de todos los que

conforman el plátano se desintegre, el contador Geiger hará clic y me sacará de este lugar.

En todos los universos paralelos que he visitado hasta ahora, mamá ha muerto. No voy a poder encontrarla nunca, pienso. Pero entonces recuerdo lo que papá me dijo ayer:

«Cuando tu madre murió me sentí completamente perdido. Pero tú me ayudaste a afrontarlo, Albie. Me hiciste ver que la vida seguía valiendo la pena.»

En mi propio universo papá continúa perdido, pero ahora sé que él también me necesita a mí.

Sostengo el plátano cerca del contador Geiger, rezando para que esta vez me lleve a casa.

CLIC.

Y el universo se estremece y la caja queda completamente a oscuras.

16

Al principio, estoy demasiado asustado para abrir la caja. Me da miedo lo que pueda encontrar cuando me decida a mirar fuera. Para ganar tiempo, recojo el enlazador cuántico de Alba, desenrosco la tapa del termo y dejo caer la amonita espiral en la palma de la mano. Era un gran plan, me digo a mí mismo. Es una pena que no funcionara.

Respiro hondo y luego abro las solapas que cierran la caja. Todo está oscuro. La teoría del plátano cuántico debe de haber repetido el truco de saltar del día a la noche al viajar a este nuevo universo. Sin embargo, al salir de la caja y mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que no me ha llevado a casa.

Este no es mi dormitorio. La claraboya está en el mismo lugar, pero no hay telescopio ni pilas de libros y tebeos en el suelo. Luego, a medida que mis ojos se acostumbran a la penumbra, veo algo en la pared que me hace detenerme y observar con atención.

Se trata de un oso Paddington con la gorra roja y la parka azul. Está sentado sobre una maleta comiendo un emparedado de mermelada. De hecho, hay docenas de osos Paddington por toda la pared. Es el papel pintado que tenía en mi dormitorio cuando era bebé y al dar media vuelta veo que donde debería estar la cama hay en cambio una cuna blanca.

Me quedo petrificado durante un segundo. Mientras intento entender qué puede significar esto, los mensajes de error se suceden en mi cerebro.

Luego oigo ruido de pasos subiendo por la escalera y antes de que pueda hacer algo la puerta se abre y alguien entra en la habitación.

—Si es ese gato de nuevo...

Es mi madre.

Puedo verla enmarcada en la luz que llega desde el descansillo, el pelo negro largo, igual que antes de que cayera enferma. Mamá mira en dirección a las sombras donde me encuentro.

—¿Quién está ahí?

Durante un instante sigo congelado, incapaz de creer que por fin la haya encontrado. Luego doy un paso adelante y salgo de entre las sombras.

—Soy yo: Albie.

Mamá me mira fijamente, con una mueca de confusión total. Se pone la mano en el estómago y al ver su barriga me doy cuenta de que está embarazada. Entonces las rodillas le fallan y tengo que correr a su lado para evitar que se caiga.

—No puede ser... —murmura mientras la ayudo a sentarse en la poltrona que hay junto a la puerta. Alrededor del cuello lleva el collar con la amonita que encontramos juntos. En la penumbra, la espiral fósil emite destellos dorados—. Es imposible.

Niego con la cabeza en respuesta.

—El único modo de averiguar qué es posible es intentando hacer lo imposible. Eso fue lo que me enseñaste, mamá.

Abro la mano para mostrarle lo que tengo en ella. En la palma, la amonita de mi mundo emite también destellos dorados, una imagen especular del fósil que cuelga alrededor de su cuello.

Mamá observa el fósil con incredulidad. Luego alza la cabeza y me mira con ojos maravillados.

—Eres tú —susurra, estirando el brazo para tocarme la cara—. Nunca podría olvidar tus ojos.

Una lágrima desciende por la mejilla de mamá y no logro entender del todo por qué está tan triste. Por fin la he encontrado.

—Pero ¿cómo...? —Las palabras brotan de su boca con un suspiro ahogado.

Así que le cuento todo. Que ella murió y que papá me contó que la física cuántica decía que había otro universo en el que ella seguía viva. Que inventé la teoría del plátano cuántico para encontrarla de nuevo, para lo cual había tenido que secuestrar al gato de la vecina y visitar varios mundos paralelos. Le cuento de mi gemelo malvado y del ornitorrinco que tuve que robar en el museo. Le hablo de Alba y el accidente de coche y le digo que Alba quería que ella supiera cuánto la amaba. Le digo que papá está perdido sin ella, tan perdido como yo.

Y ella me escucha, sosteniendo mi mano entre las suyas, como siempre hacía.

Finalmente, cuando me quedo sin aliento, hago una pausa y miro alrededor.

—¿Dónde están todas mis cosas? —pregunto—. ¿Me habéis sacado de aquí por lo del nuevo bebé?

Mamá me mira con lágrimas en los ojos.

—Esta es tu habitación —dice, y la voz se le quiebra ligeramente—. Moriste cuando eras solo un bebé, Albie. Los doctores hicieron cuanto pudieron, pero tu corazón sencillamente no era lo bastante fuerte.

Sigo aferrado a la mano de mamá, pero siento como si cayera en un agujero negro. El libro de papá decía que los universos paralelos podían diferir solo mínimamente, y en este universo el cambio pequeñito soy yo.

—Fue un golpe devastador para mí y para tu padre —prosigue mamá, secándose una lágrima—. Durante años mantuvimos el cuarto del bebé como lo ves ahora. Ni siquiera podíamos pensar en intentar tener otro hijo. Yo solo te tuve en mis brazos durante muy poco tiempo, pero no creí que fuera a sentirme igual nunca. Luego, este año, descubrimos que estaba embarazada. La ecografía dice que será una niña.

Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que casi lo hago sangrar, pero aun así no puedo contener el llanto.

No sé si lloro por el bebé Albie que nunca tuvo oportunidad de crecer o por la hermanita que nunca llegaré a conocer. Por Alba, por el abuelo Joe, incluso por mi gemelo malvado, pero sobre todo por mamá.

Y mientras lloro mamá me abraza, me acaricia el pelo y me dice que ella está aquí.

Alzo la mirada para verle la cara, que es tal y como la recordaba, amable y tierna, y pienso que hay todavía una pregunta que necesito hacerle.

—¿Crees en el cielo?

Mamá apoya mi cabeza contra su pecho, de modo que estoy mirando hacia la claraboya del techo. Veo las estrellas brillando en el firmamento, puntos diminutos de blanco contra la negrura de la noche.

—Hace cientos de años la gente solía pensar que el cielo del que hablan las religiones estaba allá arriba —me dice, y el sonido de su voz me envuelve como una manta acogedora y cálida—. El sol y la luna y unos miles de estrellas era todo lo que podían ver. Hoy sabemos que solo en nuestra galaxia, la Vía Láctea, hay cien mil millones de estrellas. Y que en el universo hay cien mil millones de galaxias. Miles de estrellas nuevas nacen cada segundo y miles mueren, también. Y cuando esas estrellas explotan convertidas en una supernova, dispersan los elementos de los que está hecha la materia, hidrógeno, helio, oxígeno, etcétera, por todo el universo para formar nuevas estrellas y nuevos planetas y, en última instancia, nuevos seres como nosotros. —Mamá baja la mirada hacia mí, una sonrisa dulce en el rostro—. En ese sentido, hay un trozo del cielo dentro de ti y hay un trozo del cielo dentro de mí. Todos estamos hechos de polvo de estrellas. —Entonces me abraza y me susurra al oído mientras me aprieta con fuerza—: Sé que existe el cielo, Albie, porque me ha dado la oportunidad de verte de nuevo.

Me aferro a sus brazos tan fuerte como puedo. No quisiera que este abrazo terminara nunca, pero tiene que hacerlo.

Todo lo que he hecho lo hice porque no podía imaginar el mundo sin mamá, pero ahora sé que hay alguien más que me necesita.

—Tengo que irme —digo. Y me seco los ojos mientras me pongo de pie —. Tengo que volver con papá.

Mamá mueve la cabeza despacio en señal de asentimiento, las lágrimas todavía brillando en sus ojos.

—Adiós, Albie —dice—. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá. Siempre te querré.

Luego doy media vuelta y sin mirar atrás me meto de nuevo en la caja de cartón. Si lo hago, no creo que sea capaz de marcharme. Tras cerrar la

tapa a mis espaldas, me acurruco en el fondo, los hombros temblando mientras me esfuerzo por no ponerme a llorar a moco tendido. Y justo entonces *Dylan* salta en mi regazo.

En un primer momento temo que vaya a arañarme, pero en lugar de eso ronronea, así que lo agarro con fuerza mientras la pantalla del ordenador se llena con una avalancha de números. Ni siquiera sé si la teoría del plátano cuántico nos llevará a casa. Papá dijo que podía haber un número infinito de universos paralelos, pero *Dylan* parece creer que yo conozco el camino de regreso.

—Solo tenemos que esperar a que una partícula se desintegre —le susurro en la oreja, su pelo cálido y un poco pegajoso contra mi cara—. Vamos a ver dónde terminamos esta vez.

Y en ese momento *Dylan* decide comerse el plátano.

Tan pronto como le da un mordisco, *Dylan* comienza a hacer un ruido realmente extraño, como si intentara expulsar una bola de pelo. Clava las garras en mis piernas y su maullido parece el estertor de un moribundo. Estoy atrapado en una caja con un gato psicópata y parece que se está convirtiendo en zombi justo encima de mí.

Entonces *Dylan* vomita el plátano con piel y todo sobre el contador Geiger.

Mientras sus garras dejan en paz mis piernas, advierto luz a través de una rendija en la tapa de la caja. De nuevo hemos pasado de la noche al día. El universo debe de haber cambiado sin que me diera cuenta.

No sé lo que voy a encontrar fuera, pero dado que *Dylan* está aquí dentro y no rondando por ahí, tengo una cosa menos de la que preocuparme. Finalmente, es él quien abre las solapas de la caja con la nariz y sale disparado como una bala.

—¿Qué fue eso?

Me asomo fuera de la caja para toparme con mi padre en el umbral de la puerta de mi dormitorio, mirando sorprendido mientras *Dylan* pasa corriendo entre sus piernas y desaparece escaleras abajo.

Miro alrededor de la habitación con cuidado, tratando de asegurarme de que esta vez he encontrado el universo correcto. Todo parece estar en su lugar: el telescopio, los libros, los tebeos; y cuando miro el póster del

sistema solar sobre mi cama, todos los planetas están donde les corresponde y tienen el número adecuado de lunas. Todo parece indicar que estoy en casa.

Es posible que al morder el plátano, *Dylan* haya causado una especie de cortocircuito en el experimento y la teoría del plátano cuántico se restaurara con los valores en cero, lo que nos devolvió a nuestro universo original. Suelto un suspiro de alivio. Le debo a ese gato otra de sus galletas de pollo.

Papá me mira con socarronería mientras salgo de la caja de cartón.

—Tu abuelo me dijo que habías regresado temprano de la escuela.

Asiento con la cabeza, esperando que empiece a sermonearme con lo importante que es que volvamos a la normalidad.

—Yo también —dice.

Y entonces veo sus ojos llenos de lágrimas. Papá me rodea con los brazos. Yo también estoy llorando, pero entre mis sollozos le oigo decir que vamos a estar bien.

A pesar de lo que diga el libro que me dio el pastor acerca de las cinco etapas del duelo, no creo que haya un conjunto de pasos que debas seguir cuando pierdes a alguien a quien amas. Lo único que puedes hacer es tener la esperanza de que encontrarás una forma de superarlo.

Papá se saca un pañuelo de papel del bolsillo y me lo pone en la mano.

—Ya que ambos hemos terminado temprano —dice, su otro brazo todavía apretándome con fuerza mientras me seco las lágrimas—, ¿qué tal si aprovechamos para hacer algo juntos?

Mamá se ha ido, pero papá sigue aquí y tenemos que seguir adelante con nuestra vida. Eso es lo que mamá quería y eso es lo que vamos a hacer.

17

El salón de actos de la escuela está a rebosar para la Feria de la Ciencia. Todas las mesas se han dispuesto en filas como si fuera época de exámenes, solo que esta vez lo que hay en ellas no son pruebas aburridas. En cada una se exhibe un proyecto científico diferente: el reloj con batería de patata de Olivia Appleby, los corredores robot de Michael Bedford y la máquina de burbujas de hielo seco de Meera Patel. Cada vez que hace una burbuja gigante, Meera la pincha con una aguja de coser y la hace estallar en una lluvia de humo.

Todas las madres y padres de sexto grado recorren los pasillos formados por las filas de mesas y parecen realmente orgullosos mientras inspeccionan los experimentos. Una pequeña multitud se reúne alrededor de la mesa en la que Victoria Barnes alardea de su modelo del Vesubio mientras se dispone a mostrar cómo funciona. Victoria vierte una botella de vinagre en el cráter y retrocede con gesto teatral mientras una erupción de lava de espuma brota de la cima de la montaña. El pegote rojo y naranja desciende por la ladera del volcán de papel maché, arrasando la Pompeya de Lego y cubriendo a los soldados de juguete y los animales de plástico con una capa de lava falsa. Todos los presentes aplauden y Victoria se comporta de forma tan engreída que parece convencida de que ha ganado el primer premio.

Sin embargo, la señorita Benjamin ya ha empezado a pedir a todos los presentes que nos sigan afuera a Kiran, a papá y a mí. Nos dirigimos hacia

las puertas dobles rumbo al patio de recreo llevando entre los tres un globo enorme. Al pasar junto a su mesa, Wesley MacNamara me ofrece una sonrisa amistosa. Wesley se encuentra de pie, delante de un cartel hecho por él mismo en el que puede leerse: «EL ORNITORRINCO: ¿EXTRATERRESTRE O NO?». Y sobre la mesa, protegido por una vitrina de vidrio, está el ornitorrinco embalsamado que, gracias a papá, el Museo de Historia Natural y Maravillas Mecánicas de Clackthorpe aceptó prestar a la escuela con motivo de la Feria de la Ciencia. Creo que no voy a tener que preocuparme nunca más por los golpes con los que solía dejarme el brazo entumecido.

El resto de la escuela ya está esperando fuera, en el patio, todas las clases formadas con su director de curso para ver el gran final de la Feria de la Ciencia. A todos les emociona ver a un famoso de la tele, también conocido como papá, si bien algunos de los pequeños de preescolar parecen un poco decepcionados de que el famoso en cuestión no sea una estrella de los teleñecos.

Siguiendo el consejo de papá, Kiran abandonó la idea de enviar al espacio sus globos de Mi Pequeño Pony, y en lugar de ello empleará un globo meteorológico de gran altitud que papá pidió prestado a su programa de televisión. Sujeto a la parte baja del globo se encuentra el enlazador cuántico de Alba, y dentro de él he puesto las cenizas de mamá.

—Lamento que no vayan a ser las primeras cenizas en el espacio —le digo a Kiran cuando llegamos al centro del patio—. Ese tío de *Star Trek* se nos adelantó.

Kiran niega con la cabeza y ambos levantamos la mirada hacia el claro cielo azul.

—Tu mamá será la primera ganadora del Premio Nobel en el espacio —comenta—. Era una científica genial. Eso es lo que dijeron en la tele.

Dado que durante el experimento del plátano cuántico utilicé el portátil de mamá, todos los datos que capturó se enviaron al CERN a través de la Grid. Cuando los científicos vieron lo que decían los datos, quedaron superemocionados. Dicen que los datos que mamá encontró podrían demostrar de forma fehaciente la existencia de los universos paralelos. Aunque algo así nunca ha ocurrido, algunas personas están diciendo que

mamá podría incluso recibir el Premio Nobel de Física a pesar de haber fallecido.

Papá pone la mano sobre mi hombro mientras aguanto el globo con una mano. Siento el helio que lo llena tirando de mi muñeca, tirando de mi brazo hacia el cielo.

—¿Preparados? —pregunta.

La mayor parte del tiempo necesitas agarrar con fuerza las cosas que quieres para evitar perderlas. Es como volar una cometa. Pero a veces te das cuenta de que lo que necesitas hacer es lo contrario: dejarlas ir.

Levanto la cabeza para mirar a papá y hago un gesto de asentimiento. Y entonces abro la mano.

Todos los presentes silban y aplauden cuando el globo sale disparado hacia el cielo. Protegiéndome los ojos de la luz del sol con la mano, lo miro ascender. Ahora tiene el tamaño de una pelota de playa, y se hace más y más pequeño con cada segundo que pasa. Debajo del globo todavía puede verse el enlazador cuántico, que centellea al ser alcanzado por la luz solar. El altímetro que hemos fijado en él abrirá automáticamente la tapa cuando llegue al borde del espacio para dispersar las cenizas de mamá entre las estrellas.

Todos nosotros estamos hechos de polvo de estrellas. Y cuando mire al cielo en la noche, mamá siempre estará allí.

Agradecimientos

«Si crees que entiendes la física cuántica es que, en realidad, no entiendes la física cuántica.»

Eso, según Internet, era lo que decía el físico estadounidense Richard Feynman, no obstante quiero agradecer a los autores de los siguientes libros por ayudarme a fingir que entendía un poco más de ella que antes de empezar a escribir este libro: *The Hidden Reality: Parallel Universes and the Deep Laws of the Cosmos*, de Brian Greene [hay traducción en español: *La realidad oculta: universos paralelos y las profundas leyes del cosmos*, Crítica, Barcelona, 2011]; *Quantum Theory: A Graphic Guide*, de J. P. McEvoy y Oscar Zarate; *In Search of Schrödinger's Cat*, de John Gribbin [hay traducción en español: *En busca del gato de Schrödinger*, Salvat, Barcelona, 1994]; *The Particle at the End of the Universe*, de Sean Carroll [hay traducción en español: *La partícula al final del universo: del bosón de Higgs al umbral de un nuevo mundo*, Debate, Barcelona, 2013]; *Knocking on Heaven's Door*, de Lisa Randall [hay traducción en español: *Llamando a las puertas del cielo: cómo la física y el pensamiento científico iluminan el universo y el mundo moderno*, Acantilado, Barcelona, 2013]; y *The Quantum Universe*, de Brian Cox y Jeff Forshaw [hay traducción en español: *El universo cuántico. Y por qué todo lo que puede suceder, sucede*, Debate, Barcelona, 2014].

Gracias también a Ben Thomson y al profesor Dan Tovey, que enseña Física de Partículas en la Universidad de Sheffield, por sus sabios consejos y asesoría científica. Todos los errores y exageraciones que persisten en el texto, en particular el uso del enlazador cuántico para comunicarse entre universos paralelos, son, como es obvio, míos, y en caso de haber cometido algún error especialmente espectacular, espero que se considere licencia poética.

Muchas gracias a mi fantástica agente, Lucy Juckes, y a mi maravillosa editora, Kirsty Stansfield, sin quienes este libro no existiría. Gracias también a todo el personal de Nosy Crow por haberme ofrecido el mejor hogar posible. Y un agradecimiento muy sentido a mi familia por todo su amor y apoyo, en especial a mi madre por todo lo que ha hecho por mí en este universo.

En memoria de Jo Pettman.